



# NOSOTROS

---

## NUESTRA TERCERA ENCUESTA

### LA GUERRA EUROPEA Y SUS CONSECUENCIAS

*Proseguimos en este número la publicación de las respuestas que hemos recibido a nuestra encuesta sobre la guerra europea y sus consecuencias. (1) El prestigio intelectual de los firmantes y el valor de sus contestaciones, generalmente extensas, y que son a menudo hondos estudios sobre el tema propuesto, dan a nuestra encuesta una significación e importancia que muy legítimamente nos enorgullece. Los fundamentos y las proposiciones de la circular en que planteamos este fecundo debate, han sido acogidos y juzgados de muy diversa manera: así nos han valido el elogio como la censura. A todos quedamos igualmente gratos; a los unos como a los otros, que, si ciertamente nos complace la amistosa palabra de alabanza, está también en la tradición intelectual de NOSOTROS, aceptar con ánimo abierto la crítica, aun la más severa. Amamos la vida, que es siempre lucha y contraste; no tenemos la pretensión de no equivocarnos; hemos abogado en todo momento por la libre discusión de las ideas y no por nuestro*

---

(1) Ver en el número anterior los fundamentos de la encuesta y las contestaciones de los señores Augusto Bunge, Luis R. Gondra, Juan Mas y Pí, Guido Anatolio Cartey, Julio Molina y Vedia, Ernesto Mario Barrera, Clemente Onelli y Juan Torrendell.

*pontificado: ¡ay si todos estuviéramos de acuerdo! Por eso, rechazamos indignados las indicaciones que se nos han hecho de publicar sólo las contestaciones que defiendan un determinado orden de ideas; por eso hemos protestado en nuestra circular contra los que ya nos “embanderaron” por el solo hecho de haber dado a luz un artículo francófilo. Reclamamos el derecho de insertar en NOSOTROS cualquier opinión bien fundada, bajo la responsabilidad del firmante, sin que el pensamiento de la revista y de sus directores quede por ello comprometido en tal o cual sentido. Esta ha sido durante los ocho años de existencia de NOSOTROS, la afirmación fundamental de su programa y no estamos dispuestos a modificarla. Así también nos han entendido mal los que han creído que nosotros “prohibíamos” — ni más ni menos — toda discusión sobre las causas y efectos inmediatos de la guerra, de orden político, geográfico o dinástico. Nosotros no prohibimos nada, porque no tenemos derecho alguno para hacerlo. En una nota a la contestación del señor Juan Mas y Pi, publicada en el número anterior (págs. 154 y 155), hemos expuesto brevemente las razones que nos guiaron a eliminar de las preguntas de la encuesta aquellas cuestiones antedichas; pero, ¡librenos el Cielo de prohibir nada a nadie! Era necesario que encauzáramos el debate y lo hemos hecho según nuestro criterio: eso fué todo. La lectura de las respuestas publicadas, demostrará que no se nos ha ocurrido ejercer ninguna ridícula vigilancia sobre nadie para que no saltara el presunto alambrado.* (1)

---

(1) La importante revista internacional de síntesis científica, *Scientia*, que aparece en Bolonia, redactada a la vez en italiano, francés, alemán e inglés, ha abierto en su primer fascículo de 1915, entre los más ilustres sabios del mundo, sus habituales colaboradores, una encuesta sobre las causas de la conflagración actual. Entre los fundamentos de la encuesta, leemos: “Se trata naturalmente, no ya de imitar la prensa cotidiana y de empequeñecer este grandioso acontecimiento, el más grande tal vez de toda la historia, atribuyéndolo superficialmente al Kaiser o al Zar, o a tal o tal otro personaje político, sino más bien de señalar y analizar las grandes causas profundas, los factores sociológicos poderosos, que temprano o tarde habrían vuelto el cataclismo igualmente inevitable”. Aparte lo que nos complace haber coincidido con la reputada y seria revista en la manera *objetiva, serena, científica* — para emplear sus mismas palabras, — de encarar la conflagración, es nuestro objeto en esta nota, indicar que, a pesar del contenido de la encuesta de *Scientia*: *señalar y analizar las grandes causas profundas, los factores sociológicos poderosos* de esta guerra, muy escasos colaboradores se han atenido a dichos términos; así Ashley escribe sobre las repercusiones económicas de la conflagración,

*La cantidad de las contestaciones que ha motivado la encuesta, nos obliga a dejar para el número próximo las últimas llegadas, pues es de elemental justicia y cortesía ir dándolas a luz en el orden en que se reciben.*

**Del doctor Gregorio Uriarte**

Distinguidos señores directores de la Revista NOSOTROS: Me es grato contestar a la solicitud que se han servido ustedes dirigirme para que exprese mi opinión sobre los siguientes puntos:

1.º ¿Qué consecuencias se entrevé para la humanidad, como resultado de la actual guerra europea?

2.º ¿Qué influencia tendrán los acontecimientos actuales en la evolución moral y material de los países americanos, y especialmente de la República Argentina?

## I

Por lo que respecta al primer punto, estoy firmemente convencido de que los resultados de esta guerra habrán de ser benéficos para la humanidad; y así lo creo, porque no participo de la opinión de los desencantados de la primera hora, que ante la catástrofe que aflige al mundo, han anunciado la bancarrota de la civilización, parodiando la frase de Brunetière. Creo, más bien, que asistimos a la bancarrota de la barbarie; a la crisis y liquidación de todos los prejuicios, errores y egoísmos que han maleado la organización político-social de las naciones europeas — en diversos grados — como resabios de la edad media, y que han

---

Wundt polemiza con publicistas neutrales y enemigos sobre las acusaciones que se formularon contra Alemania, von Below intenta demostrar la estrecha vinculación que existe entre el militarismo y la cultura alemana, Lodge encara algunos aspectos de la guerra desde un punto de vista inglés; en resumen, la casi generalidad se despreocupa de la pregunta central de la encuesta. Así como en ésta de *Scientia* la mayoría no se ha atrevido a afrontar — o no ha querido — la cuestión de las causas profundas de la guerra, así, nada más explicable que no todos los interrogados en la encuesta de Nosotros se atrevan o quieran afrontar el problema; lo importante es que las cuestiones propuestas sirvan para suscitar algún original punto de vista sobre el acontecimiento terrible de que somos algo más que espectadores pasivos, y eso lo hemos conseguido.

actuado en el orden interno y en las relaciones internacionales de los tiempos modernos.

Claro está que el resultado del actual conflicto cruento no habrá de ser inmediatamente favorable para las naciones beligerantes, ni aún para las vencedoras, porque las ventajas del triunfo no compensarán los perjuicios y calamidades que cueste; pero el beneficio será usufructuado por la civilización en general, pues que se habrá desvanecido el falso y vano empeño de exaltar la grandeza de una nación en detrimento de las otras; quedará destruído el inconsistente fundamento de la política europea, llamada "de equilibrio", que ha buscado engañosamente su punto de apoyo en la fuerza y nó en la justicia; será detenido, si nó quebrantado, el imperialismo anexionista y conquistador; y a la política de expansión colonial, so pretexto de civilizar, será antepuesta la doctrina humanitaria de la formación de las nacionalidades por la confluencia de pacíficas corrientes inmigratorias que llevan caudal de esfuerzos, de ideas y de inteligencia para fecundar las tierras que al amparo del Derecho se ofrecen a todos los hombres del mundo que quieran habitarlas.

Pero afirmar que la actual conflagración haya de ser, en definitiva, benéfica para la humanidad, no importa decir que la guerra es una necesidad imprescindible del progreso, ni que éste sea una consecuencia forzosa de aquella.

Ocurre muchas veces al hombre robustecerse después de una grave enfermedad; pero razonará mal quien de tal hecho infiera que sea necesario enfermarse para gozar de salud. Lo que hay de cierto en esto, es que las dolencias son a modo de apercibimientos de la naturaleza para cumplir estrictamente sus leyes y precaverse de recaídas.

Hay una funesta doctrina histórica, expuesta hasta en los textos de que se sirven los jóvenes educandos, repetida y glosada por profesores adocenados, que prestigia la influencia bienhechora de las guerras, desde Alejandro Magno hasta Napoleón. El conquistador macedónico, se dice, llevó al Asia la civilización griega; la unidad imperialista realizada por las legiones romanas, enseña Bossuet, facilitó el advenimiento del cristianismo; la invasión de los bárbaros preparó la difusión de esa doctrina porque permitió a la iglesia católica "echar vino nuevo en odres nuevos"; las cruzadas contribuyeron a la formación de las nacionalidades europeas al disminuir la influencia de los señores feudales, diezmos y

empobrecidos en esas empresas, lo cual fortificó, de contragolpe, el poder central de los reyes. Cambiando los términos, pero siempre con ese criterio sistemático, afirmase que la guerra de las Dos Rosas fué favorable al progreso de la libertad institucional de Inglaterra, porque desapareció en ella la mayor parte de la nobleza opositora; las campañas napoleónicas, por fin, después de las guerras de la república francesa, sirvieron para desprestigiar el deleznable principio de derecho divino invocado por los monarcas europeos.

Quienes tal doctrina profesan, confunden la simple y accidental ocasión con la idea de causa. Razonan con el sofisma que los escolásticos formulaban así: "después de esto, luego a causa de esto". Exactamente lo mismo que si se aconsejara el incendio de los viejos edificios para edificar en su terreno lujosos palacios.

Suele compensar sus estragos el torrente devastador dejando limo fecundante en las tierras que atraviesa. Pero si la previsión humana hubiéralo a tiempo contenido en diques, o canalizado el caudal de sus aguas, habría evitado el daño, y asegurado solamente el beneficio de su acción.

A fin de dilucidar por completo el aspecto del problema que estudio, debo aclarar una cuestión implícita en los conceptos precedentes. Si, como he dicho al comenzar, trátase, a juicio mío, de la crisis y liquidación de antiguos regímenes europeos en pugna con los ideales de la civilización moderna, ¿no podrían resultar, una vez más, triunfantes aquellos, y desvanecer toda esperanza de beneficios inmediatos para la humanidad, al retardar indefinidamente el reinado de la justicia y el derecho?

Ello es posible; pero yo abrigo una especie de presentimiento, que al imponérseme con la sinceridad y el imperio de una intuición aleja toda sospecha de jactanciosas conjeturas, el cual me anuncia que esta guerra no se resolverá por el triunfo absoluto de ninguno de los beligerantes y menos por el aniquilamiento y exterminio que dejaría simiente de odios y rencores seculares, gérmenes de futuras revanchas. Creo que el mismo exceso de atrocidades y horrores que el mundo contempla, cuyo proceso calamitoso no ha terminado aún porque falta la intervención de los flagelos con que la naturaleza ha azotado a la humanidad, toda vez que así se ha violado sus leyes; paréceme que las naciones que asisten neutralmente a tan pavoroso espectáculo, habrán de mediar un día con eficacia para no llegar a los extremos de la complicidad,

o para salvarse del contagio, o por instinto de conservación. Y si esto no sucediese; si la fuerza sola hubiera de resolver el conflicto, quedará todavía la esperanza de que los ideales humanitarios, amenazados en estos momentos de zozobrar en Europa, entre lágrimas y sangre, se salven, como en el arca bíblica, en el mundo americano.

## II

Paso ahora a ocuparme de la segunda cuestión planteada, acerca de la influencia que la guerra europea pueda ejercer en la evolución material y moral de los países americanos, y especialmente del argentino.

Complejo y vasto como es el problema, no es difícil resolverlo, si se ha de inferir las consecuencias futuras del conflicto por las que desde ahora se manifiestan, a menos que acontecimientos imprevistos modifiquen sus actuales caracteres.

Prescindiré de los fenómenos económicos que ha producido el conflicto europeo en América. De sobra han sido estudiados, para que haya algo que agregar al respecto. Apenas si cabe enunciarse, en resumen, la probabilidad de que estos países se prevengan para robustecerse, en lo futuro, desarrollando sus propios recursos, y subvenir a sus necesidades, toda vez que el esfuerzo y el trabajo transforme y beneficie los dones de la naturaleza. Acaso las tribulaciones actuales entrañen una advertencia, de la que parecen, desde luego, haberse apercibido las naciones americanas, especialmente la del norte, por razones de antecedentes históricos, de carácter y de medios de acción.

Pero nótase otra consecuencia que actúa directamente sobre la evolución educacional de nuestro país, en su más vasto concepto, y cuya consideración no ha sido abordada metódica y enérgicamente, como el caso lo exige.

Al estudio de esta faz del problema me limitaré, siquiera sea sintéticamente.

Sabido es que la actual conflagración ha trastornado las más arraigadas convicciones, en punto a cultura y progreso moral; ha conturbado los cerebros más fuertes, y apocado los corazones más animosos; ha producido en las almas el eclipse de los ideales que estimulan y confortan. Obsérvase este fenómeno especialmente en los escritores europeos.

“Para creer en el reinado de la moral y de la justicia sobre la tierra — escribe Max Nordau — hay que huir de la realidad y refugiarse en el imperio de las ilusiones. Digno de envidia es el que en presencia del espectáculo del mundo, sepa conservar el optimismo de moralista”. (1)

Cuando nó la decepción y el pesimismo, es el más sistemático, antojadizo y extraviado criterio el que inspira sus juicios a oradores y publicistas europeos al estudiar las causas de las tribulaciones que los conturban y exaltan. Ya confunden razas con nacionalidades, atribuyendo a las de sus simpatías la misión de salvar a la humanidad, como si a todas no correspondiese una influencia proporcional en el progreso universal; ya declaman por el triunfo de la civilización latina, abrogándose representaciones de los países que á ellas están vinculados, como si la cultura institucional y científica nada debiese a la civilización anglosajona y a la germánica; ya, por fin, parecen empeñados en alarmar a estos pueblos de *South America* con el fantasma de futuras calamidades, si triunfase la tendencia que impugnan.

El mayor peligro para estos países está en el contagio de tales extravíos. Impónese el establecimiento de un cordón sanitario, de un sistema de profilaxis rigurosa que nos preserve de esas enfermedades. No se nota tentativa alguna en ese sentido; en cambio, hay fenómenos alarmantes, si bien aislados, que indican la presencia del germen morboso en nuestro país.

Bien está que despierten simpatía y condolencia las víctimas de la guerra; que se deplora la destrucción de los monumentos de la civilización europea. Pero al lado de tal sentimiento humanitario, no es discreto sembrar en los corazones odios y rencores, haciéndonos solidarios de extrañas pasiones.

Aparentemente inofensivos y pueriles, hay hechos semejantes a los descuidos de higiene, que a la larga producen las epidemias.

No hace mucho, el profesor de ejercicios físicos de una escuela de Deán Funes armaba en dos bandos de *boy scouts* a sus alumnos; y de más está decir, que cada cual tendría su respectiva insignia beligerante, aun cuando fuera mentalmente.

Muchos niños han jugado recientemente “a las escuadras” en las piletas de Mar del Plata; y en las calles apartadas de Buenos

---

(1) *La Nación* del 20 de Febrero próximo pasado.

Aires, a menudo se ve grupos opuestos de criaturas que simulan ejercicios militares, con actitudes agresivas.

Es la influencia del hogar que trasciende y se revela en la niñez por la acción atávica de simpatías y antipatías nacionales.

Tal influencia perniciosa debiera ser contrarrestada directamente por la propaganda escolar; y si la tarea de las autoridades educativas debe consistir en algo más eficiente que en la adaptación de planes y programas de estudio exóticos, nunca como ahora se requiere la observación de las tendencias y desviaciones de los sentimientos colectivos que actúan sobre el espíritu de la niñez, para encauzarlas y dirigir las.

La escuela es almacigo de ideas y de nociones morales. Hay quien afirma que la actual guerra se ha preparado en sus bancas.

En el Congreso Internacional de Ciencias Históricas, reunido en Roma en 1903, el profesor Moritz Harmann formuló la siguiente proposición: "La sección II del Congreso hace votos por que el método de enseñanza en todos los países sufra una transformación en el sentido de dar la mayor importancia a la historia de la cultura, de la economía y del derecho público, y de omitir *todos aquellos recursos historiográficos con los que suele excitar, pasando contra la objetividad histórica, el odio hacia las naciones extranjeras*". (1)

El procedimiento impugnado por el joven profesor alemán, implica un peligro que hoy amenaza nuestro ambiente educacional. En medio de la crisis moral que sufre una parte de la humanidad, pero que se refleja en toda ella, es de urgente necesidad salvar el alma de la juventud argentina. El pesimismo y el descreimiento de los ancianos, así como las pasiones antihumanitarias que sientan, constituyen un estado esencialmente individual, que poca o ninguna influencia puede tener sobre la sociedad, porque la ancianidad es de suyo quieta y pasiva. Por otra parte, no es de extrañar que en los corazones quebrantados por el bregar de la vida se acumule sedimento de amargura. Pero cuando esas dolencias morales aquejan a la juventud, implican un grave peligro social, porque trascienden en las iniciativas propias de esa edad.

Impónese, pues, como un deber estricto de los educadores, ilu-

---

(1) Esa proposición fué desaprobada. V. Rafael Altamira, *Cuestiones modernas de Historia*, página 195 y siguientes.

minar la conciencia juvenil infundiéndole los principios de justicia humanitaria, que estimulan y fortifican.

Voces aisladas, si bien sinceras y autorizadas, han interpretado ese deber de la hora presente.

El doctor Del Valle Iberlucea ha influido benéficamente en la mente y en el corazón de sus discípulos al estudiar en la cátedra con alto criterio histórico-filosófico la política internacional europea en sus relaciones con la actual guerra, haciendo notar, de paso, comparativamente, los principios que han inspirado a la diplomacia americana, en casos análogos a los que analiza y juzga. La palabra del mismo orador, a par de la del doctor Joaquín V. González, ha resonado patriótica y humanitariamente en el Senado Nacional a propósito del reciente tratado pacifista celebrado entre los Estados Unidos de América y la Argentina. <sup>(1)</sup> Pero la doctrina que informa los discursos de ambos maestros debiera tener mayor trascendencia que la ocasional de una sesión parlamentaria o de una lección desde la Cátedra, porque, como lo observa el primero de aquellos, al citar las opiniones del profesor Mr. Murray Butler y de Alberdi, hay que fomentar "el espíritu internacional" sobre la idea de solidaridad, que es el pensamiento moderno del género humano" . . .

Para fomentar ese espíritu, es forzoso difundir la doctrina que lo forme; y ninguna más eficiente y de actualidad, que aquella que surge de las tradiciones argentinas en materia internacional, sin excluir las otras naciones americanas, así del Sud como del Norte, que también proporcionan copiosa enseñanza.

Podráse discutir la existencia de un Derecho internacional americano, como lo ha hecho el distinguido profesor brasileño doctor Sá Vianna, con el natural aplauso de los internacionalistas europeos, al refutar la notable obra de su digno adversario en ideas, el profesor chileno, doctor Alejandro Alvarez. <sup>(2)</sup>

Pero lo que nadie negará, porque está escrito en la historia de

---

(1) El discurso del doctor González ha sido traducido al inglés y difundido en Norte América por la Sociedad Americana de Conciliación Internacional.

(2) En el Anexo II del libro del doctor Sa Vianna. *De la non existence d'un droit international américain*, se transcribe un artículo de *La Nouvelle Revue*, del 15 de Noviembre de 1912, (el cual se debe atribuir a la dirección de la misma, por no estar firmado), del cual transcribimos los siguientes acápites:

"Au fameux "L'Amérique pour les américains" des Etats Unis, Le Bré-

América, es que los principios de justicia, teóricamente formulados por tratadistas europeos, escasamente incorporados en los Congresos, y con frecuencia desconocidos en la práctica, han sido lealmente cumplidos en las relaciones internacionales de América, y proclamados con sinceridad y altura por sus representantes en todas ocasiones, desde 1810 hasta la última conferencia de La Haya. Ha sido en el nuevo continente donde se ha podido conciliar estos conceptos, constantemente en conflicto en las nacionalidades europeas: Patria y Humanidad.

Es urgente y necesario, entonces, confortar el alma de las nuevas generaciones, iniciándolas en los precedentes históricos que constituyen nuestra herencia de justicia y libertad, ya que a ellas está encomendada la misión de conservarla y acrecentarla. Nadie más preparada para realizar tan noble tarea que la misma juventud argentina mediante la propagación de las doctrinas que surgen de aquella fuente purísima. Concurrirían eficazmente a este fin, la organización de un núcleo con propósitos análogos a los de la "Sociedad Americana para la Conciliación Internacional", con la que se podría poner en comunicación para promover, de común acuerdo, asociaciones similares en Sud América. Idea es esta que debiera ser patrocinada por el profesorado nacional — en todas sus categorías — desde el modesto maestro hasta el catedrático universitario; y centros de sobra existen ya para dar ambiente a esta obra humanitaria, como la *Liga Nacional de Educación*, la asociación del profesorado, la liga liberal y otras congéneres.

La tarea exige tiempo y perseverancia. Interesa al verdadero patriotismo, vale decir, al que no es exhibición, pero sí, el más útil y fecundo en la época que nos ha tocado en suerte.

Promedia, también, un interés inmediato en esta propaganda, no sólo para los argentinos, sí que también para quienes en lo futuro se incorporen a su nacionalidad.

Terminada la tragedia europea, vendrán a este país, en luctuosa caravana, los que hayan quedado con alientos para reconstruir sus hogares, lejos de los sitios que a diario renovarían su dolor.

---

sil, depuis longtemps déjà, a opposé sa doctrine : "L'Amérique à l'humanité".

Nosotros sabemos a qué atenernos sobre la procedencia de este aforismo. Concluye así el artículo:

"L'auteur rappelle en terminant la parole *du savant argentin* Rodríguez Larreta, qui ne veut pas non plus admettre une "vérité transatlantique", contraire à nos principes". Vaya lo uno por lo otro.

Traerán en el fondo de su alma la imagen de la patria dolorida, y el recuerdo de sus muertos; traerán también la protesta sombría y amarga contra la injusticia. Y las madres transmitirán esas impresiones á los hijos del nuevo hogar.

Debemos precavernos: por ellos y por nosotros. Que encuentren en nuestra patria un ambiente moral propicio para consuelo y olvido de sus penas, y trazado el derrotero de la nueva vida.

#### Del señor Clemente Ricci

Respondiendo a la primer pregunta diré que, en mi concepto, las consecuencias que la humanidad puede esperarse de esta guerra, dependen del resultado final de la misma.

Este resultado podría ser previsto bajo estas tres hipótesis:

- 1.<sup>a</sup> Triunfo de Alemania.
- 2.<sup>a</sup> Triunfo de los aliados.
- 3.<sup>a</sup> Terminación de la guerra por agotamiento general, sin vencedores ni vencidos.

Si mi intensa simpatía hacia Alemania no me engaña, paréceme que la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> hipótesis entrañarían un desastre para la humanidad; mientras la 1.<sup>a</sup>, por la que se supone el triunfo y la expansión del espíritu germánico en el mundo, podría significar la definitiva sanción del modo de civilización iniciado en el Renacimiento italiano, cuya perduración evolutiva en el porvenir quedaría asegurada para siempre.

En esta primer respuesta creo puede ir implicada la segunda, por cuanto nada de lo que afecte la humanidad y la civilización, puede dejar de afectar ineludiblemente los pueblos de América y, en primer término, al pueblo argentino.

Creo, por lo tanto, que el triunfo de Alemania resultaría en extremo beneficioso para estos países. Por de pronto, el monroísmo quedaría salvado del grave peligro que le incumbe por la amenaza que para los Estados Unidos significa el compromiso existente entre Inglaterra y el Japón, que acaba de revelarse en forma tan brutal, tan abrupta y tan intempestiva. Si en el conflicto que ya se perfila por momentos entre el Japón e Inglaterra por un lado, y los Estados Unidos por el otro, estos últimos llegaran a sucumbir, entonces toda garantía de seguridad para las

Américas desaparecería. Las costas del Pacífico tendrían que sufrir la tutela del Japón; las del Atlántico la tutela incontrastada de Inglaterra. Y no olvidemos que esta potencia tiene una base formidable en las Malvinas.

Por todo esto — y sobreponiéndome al sentimiento de adhesión y de admiración que todo hombre amante de la libertad abriga naturalmente para Inglaterra — veo en el triunfo de Alemania el triunfo de la civilización occidental. Y como hombre de estudio, veo en ese triunfo la continuación y el perfeccionamiento del método científico que nos ha llevado a las más altas conquistas del saber, que valen por sí solas más que cualquier preocupación de un nacionalismo histórico y exaltado, o la codicia de una riqueza que lentamente está transformando a uno de los más grandes pueblos de la tierra en algo parecido a la loba dantesca que

... dopo 'l pasto ha piú fame che pria.

#### Del doctor Enrique Herrero Ducloux

##### *Mañana?*

Zur Eintracht, zu herzinnigem Vereine,  
Versammle die liebende Gemeine.

SCHILLER, *Das Lied von der Glocke*.

Être c'est lutter, vivre c'est vaincre.

LE DANTEC, *La lutte universelle*.

Aunque la vida que vivo no es la más a propósito para resolver con alguna autoridad, problemas como los que plantea la revista NOSOTROS, no he creído que debía negarme a contestar el amable e insinuante pedido de sus jóvenes directores, porque la visión del mundo exterior adquiere, a través de los ventanales del laboratorio, un carácter especialísimo, cuando el químico ha establecido el paralelo perfecto de los seres y de las cosas, de los átomos, y de los astros.

Lejos de las charlas de café, de los mariscaleos de sobremesa y de las discusiones estériles de sentimientos indiscutibles, sólo queda a quien ha abandonado su labor, sorprendido en el surco por la tempestad de hierro y de fuego que sobre el mundo se

desencadena, una impresión de horror indecible, de angustia sin límites, de profunda pena que se agiganta cuando deja espacio a la meditación y se impone al espíritu con toda su amargura la verdad que el filósofo naturalista pone al frente de uno de sus libros, desvaneciendo el ensueño que el genio alemán creó al escribir *Das Lied von der Glocke*. La catástrofe en su inmensidad desaparece ante la conciencia clara, el convencimiento íntimo de que el fenómeno es fatal, ineludible, inevitable, como fermento maldito que nace de la humana condición, de la organización del mundo físico entero y que los hijos de nuestros hijos están condenados a despedazarse, a morderse como los hombres de la cavernas, sin que podamos evitarlo como no está en nuestra mano quitar la salsedumbre al mar, las arenas movedizas al desierto y los vientos a la atmósfera.

Hace tres años, contestando a una encuesta de la revista *Humanidad Nueva*, en discrepancia con casi todos los colaboradores, colocando a la cabeza de mis páginas el pensamiento de Empédocles: "El universo existe por el amor y el odio de sus elementos", concluía diciendo: si los hombres se decidiesen a vivir la vida contemplativa y estéril de los anacoretas de la Tebaida, la guerra pasaría al reino de la leyenda; pero mientras coman algo más que raíces y no se contenten con beber agua, mientras aspiren y ambicionen, mutiplicándose y creando necesidades e intereses, mientras haya mercados y fábricas, la guerra persistirá sobre la tierra como crisis más o menos frecuentes de una lucha sin término.

Pero volvamos a las preguntas formuladas que tienden a descubrir el mañana. Dejemos a internacionalistas y economistas los amplios horizontes, contentándonos con un punto de vista limitado y encerrando el alcance de las dos preguntas al campo del estudio y de la investigación científica.

La primera consecuencia de esta guerra será, más aún, es ya, la destrucción de la hermandad universal de los hombres de ciencia que se cimentaba en los congresos y en las asociaciones y academias, uniendo inteligencias de todas las zonas, borrando fronteras y desvaneciendo distancias, construyendo una colmena gigantesca que hubiese asombrado a Maeterlinck, porque sus obreras eran policromas y multiformes y no existían zánganos. Todo esfuerzo era estimado, toda labor valorada, todo sacrificio premiado y la intimidad de las relaciones entre estos hombres — niños por

más de un concepto — parecía dar la razón a Schiller en este mundo de lucha.

Y la razón de esta conquista del siglo XIX la ha dado el ilustre profesor de Göttingue, Woldemar Voigt, hace algunas semanas, cuando dirigiéndose a sus colegas y discípulos, ante el espectáculo de la guerra, decía:

“En la industria y en el comercio, los pueblos trabajan en última instancia, los unos *contra* los otros; en las bellas artes los unos *al lado* de los otros, mientras que en las ciencias todos trabajan *juntos* (zusammen). El resultado de las investigaciones de uno de ellos es una conquista para todos”.

No puede explicarse de otro modo la magnitud de la obra realizada en estos últimos años y lógico es pensar que ha de repercutir en ese mundo, en forma perfectamente visible, no sólo la desaparición de un gran número de inteligencias jóvenes y poderosas, en plena floración, sino también el “abismo infranqueable” que entre los sobrevivientes se ha abierto, imposibilitando o dificultando enormemente toda tarea de colaboración, condición *sine qua non* para que la curva ascendente del progreso en el terreno científico no se detenga o descienda de pronto.

Lo que se ha dicho en libros y opúsculos, en discursos y proclamas, no puede borrarse: asoman los prejuicios y los odios, las preocupaciones y las desconfianzas, pasiones dormidas que el cataclismo ha hecho despertar y que día a día se avivan y enconan por todas partes.

En mi insignificancia, en mi pequeñez, pero considerándome oscuro soldado de la gran cruzada, desde el 1.º de Agosto inolvidable no he escrito una línea a ninguno de los sabios extranjeros con cuyos consejos trabajaba, a quienes admiraba como guías superiores y veneraba como maestros. ¿Para qué escribir? En su dolor, en su justa tristeza, ante su orgullo herido, mis palabras no hubiesen podido ser justamente interpretadas y en el mejor de los casos, si dejaba de lado la cuestión obsesionante, se me hubiese tachado de tibieza o indiferencia, cuando no de traición o ingratitud.

El desgarramiento ha sido brusco y profundo, los antagonismos surgidos son brutales y los ríos de sangre que corren, van ahondando sin tregua la línea de separación olvidada por varias décadas: es desesperante pensar en nuestra impotencia para evitar

en este terreno la destrucción de la gran familia, como somos pigmeos para que nuestra espada pesase en la balanza.

Alguien ha visto en esta crisis una circunstancia favorable al desarrollo de los países americanos, como si el aniquilamiento o disminución de unas fuentes, hiciese brotar manantiales en otras rocas por la invariabilidad supuesta de una presión interna. Desgraciadamente no creo que así sea, desde el punto de vista que he elegido, aunque se me tilde de pesimismo exagerado: no debemos ilusionarnos por los agasajos que se nos brindan, por la atención que hemos despertado, por los adjetivos elogiosos y hasta ditirámicos con que se nos regala, por los himnos de confraternidad de todo género que se cantan con música más o menos inspirada. El concepto de *South America* — cuya justicia no discuto — no se borra en seis meses y debemos prepararnos a ocupar nuestro puesto, cuando la paz se firme. No olvidemos que nosotros, los más favorecidos, los que ocupamos la vanguardia del mundo latino, somos un país *agrícola-ganadero* y nada más, aunque quieran hacernos creer que creen lo contrario los que han seguido las huellas del hombre del hacha nueva de Franklin o se han aleccionado del parásito que burló a Gil Blas en la posada.

La producción científica argentina seguirá creciendo paulatinamente, modesta y silenciosa, mientras gocemos nosotros de los beneficios de la paz y puedan desenvolverse y arraigarse los institutos de investigación que se señalan ya como *islas afortunadas* en estos mares de trigo, maíz, lino y alfalfa, poblados por su fauna de fina lana, valiosas pieles y suculentas carnes.

La inmigración poco probable de intelectuales, tras los últimos combates, que también se ha entrevisto como favorable promesa, no la considero realizable, después de las pérdidas irreparables sufridas por los países beligerantes entre el elemento universitario, cuya consecuencia será una mayor facilidad de vida para los que quedan, remediando en cierta medida el estado de crisis producida por la superabundancia de diplomados que más de un profesor europeo me ha indicado como latente desde hace varios años.

Tratemos de *asimilar* a nuestro medio los elementos extranjeros de valer que hoy poseemos y reconozcamos que son nuestros; avivemos en su espíritu el cariño a esta tierra grande, abierta y pródiga; que compartan nuestros ensueños y nuestros pesares y se consagren por entero a construir la ciencia argentina del fu-

turo, elevando el nivel de nuestro núcleo intelectual y aumentando el número de los estudiosos desinteresados.

Y por este camino, cuando la densidad de nuestra población diez veces mayor y las modificaciones profundas del medio, de aquella derivadas, nos permitan ser, no *espectadores* sino *coparticipes*, en el concierto mundial de la alta cultura, por el número y calidad de nuestros intelectuales y el poder de atracción e irradiación de nuestras instituciones, habremos olvidado las congojas de la hora presente y aprovechado sus enseñanzas.

#### Del señor Alberto Tena

Antes de entrar a contestar las dos preguntas que sirven de base a la encuesta sobre la guerra europea abierta por NOSOTROS, permítaseme que señale mi crítica a la forma en que ha sido planteada. En primer término, no creo justo el reproche que se puede haber hecho a NOSOTROS por haber dado abrigo en sus páginas a un artículo favorable a uno de los dos bandos que actualmente se bañan en sangre en el Viejo Mundo. Y menos justo aún me parece que NOSOTROS se haya determinado a abrir la encuesta por motivo tan pueril. (1) No habiendo fijado la revista un rumbo franco de simpatías para los aliados o para los austro-alemanes, el caso de publicar una colaboración favorable para éstos o aquéllos no compromete para nada la imparcialidad de la dirección.

Pero esto, ¿será bueno y prudente? ¿No será malo y censurable?

Para mí es lo segundo. Estimo que para nosotros, los hombres cuyos corazones aceleran sus latidos ante cualquier asunto grave que conmueva a la Humanidad o que pensamos con tristeza en el mar de sangre que ha derrumbado estrepitosamente todo el esfuerzo idealista, pacifista y social del siglo XIX y de los tres lustros del actual, no podemos permanecer indiferentes ni neutrales.

Eso de la *neutralidad* está bien para las cancillerías y las em-

(1) NOSOTROS no ha declarado en ninguna parte haber abierto la encuesta por el motivo que enuncia el señor Tena. La abre para que todo el mundo defina su posición. Desea que todos los puntos de vista sean discutidos en sus páginas. — N. DE LA D.

presas de comercio. Pero los hombres a los cuales NOSOTROS acude en demanda de ideas para esta encuesta, escritores, poetas y hombres de ciencia, ¿podemos detener acaso el ritmo ideológico o pasional que sentimos para no herir la susceptibilidad de aliados o austro-alemanes?

Eso no es normal, ni lógico, ni noble...

Vengan en buena hora los ataques para cualquiera de los beligerantes. Expónganse las ideas que se sientan con altura y serenidad. Pero que sean abiertas, que azoten como el viento a la mala hojarasca. Pero definámonos. NOSOTROS, al iniciarse esta gran tragedia, dado el enorme tono cíclico de la lucha, debería de haber adoptado una bandera, aliada o germana, pero una bandera, para no desmentir la primavera intelectual de sus directores ni el espíritu culturalmente combativo de sus páginas.

Dicho esto, termino con el preámbulo y paso a concretarme a los dos interrogatorios de la encuesta.

I. Se hace indispensable para vaticinar o manifestar presunciones sobre el resultado de esta guerra ver previamente las consecuencias que la hicieron estallar. De este modo, teniendo el extremo del cabo, iremos recorriéndolo, como un marino que lo va recogiendo antes de darse a la vela.

La contienda europea de hoy fué provocada y resuelta por una apoplejía militar. Acero, plomo y pólvora atropellábanse en un tumulto fragoroso a través del organismo de los veintidós estados dinásticos de Alemania y de las tres *repúblicas* de Hamburgo, Bremen y Lübeck.

Corría el riesgo de asfixiarse de hierro y era, por lo tanto, necesario violentar la salida de la fuerza acumulada en cuarenta y cuatro años de minuciosa preparación. El alma directora de esa energía mecánica fué la de Federico, príncipe de Prusia y de las de su hijo y nieto Federico Guillermo y Federico el Grande, representados con la fidelidad de una gota de agua a otra gota de agua por Guillermo II, descendiente y olímpico mantenedor del Aguila de los Hohenzollern.

El primero se declaró a sí mismo rey de Prusia en el año 1701. Y sostuvo su declaración ante los demás príncipes y duques de Alemania con un ejército de disciplina militar desconocida entonces. Formaba parte de este ejército un regimiento compuesto de gigantes, reclutados en todo el Viejo Mundo, pues a eso dedicó el príncipe de Prusia la actividad de sus embajadores en el extran-

jero. Tenían orden de pagar cualquier precio por hombres de altura de colosos. Y a varios de éstos les pagaba una soldada igual y a veces superior a los dineros que abonaba a sus embajadores. <sup>(1)</sup>

Federico Guillermo, hijo del príncipe, siguió en mayor escala la elevación de la torre militar y a expensas de otros Estados aumentó considerablemente el territorio de su reino fundando su derecho en un ejército formidable que en tiempo de paz constaba de sesenta mil hombres disciplinados como autómatas. Federico el Grande, hijo del anterior, cuando joven repudiaba las armas y, en cambio, gustábase la música, las obras de Corneille y las costumbres de Francia. Esto, cuando mozo, casi le cuesta la vida, pues, su padre, Federico Guillermo, hombre de carácter brutal, cruel y arbitrario, caso de verdadero alienismo, dióle cierta vez tan gran paliza por la flauta, el francés y la desertión del ejército, que a no haber acudido la madre lo despedaza a golpes. Empero, como la cabra siempre tira al monte, Federico el Grande, una vez muerto su padre, muerte lenta, en la cual el rey recordaba sólo la marcialidad invencible de sus granaderos, tornóse también genio militar. Así, después de haber rendido acatamiento, vasallaje y humildad a María Teresa que ceñía la corona de Emperatriz de Alemania, invadió con un ejército poderoso la Silesia y una vez que los cañones prusianos estuvieron listos para hablar en Breslau, palabras de las más verídicas y elocuentes de los Hohenzollern, envió a la Emperatriz el siguiente mensaje:

“Dejadme la Silesia y yo me obligo a defenderos contra todos los que intenten despojaros de algún otro territorio de vuestro imperio...”

Guillermo II hizo otro tanto con Bélgica, la noble, la heroica y la bien llamada.

El instinto o genio militar, pues, es viejo. La Prusia, de un origen precario y humildísimo en relación a los demás Estados de la Alemania ulterior, creció siempre y a toda hora con el estrépito del cañón y el brillar de las espadas. Tal como sus estudiantes que aprenden ciencias en las Facultades y luego se aleccionan acuchillándose las caras, matizando el espectáculo con el eructo de cerveza y de rábanos de Westphalia, aleccionanse así para imponer luego su ciencia a fuerza de hierro. Es el pueblo guerrero ante cuyo fusil se desploma el espíritu civil como un alud. Es cues-

---

(1) MACAULAY. — *Estudios históricos.*

tión de oficio. La Prusia, absorbió a Alemania por la disciplina y el poder de sus ejércitos. Ha venido hiriendo paulatina y tenazmente el romanticismo y la independencia de una gran parte de los Estados y hoy es dueña de todo el territorio, con su Emperador Cesáreo, guerrero y militar, absoluto y tiránico, sumando su poder al poder de los reyes y príncipes de los otros Veintidós Estados, con lo cual la decantada libertad del pueblo se convierte en una servidumbre por partida doble, una vez que además de rey saben que tienen Emperador. Con esto, Prusia cubrió con la sombra de su flagelante espada a toda la Alemania y se hizo invencible. Hasta que vino la formidable coalición, la misma por espíritu y definición históricas, que fué contra Napoleón, y la cual, lo espero, deshará con el hacha republicana del 89, con enorme trabajo, pero indefectiblemente, el férreo casco imperial.

\*

Las consecuencias que sentirá la Humanidad han de ser dolorosas y crueles. Debemos acatar con valentía las mil y una hecatombes que se han producido ya en el horrible choque.

Las pérdidas de vidas tanto germanas, austriacas, francesas, inglesas y belgas hay que llorarlas por igual. Un determinismo humano nos enseña que las falanges de soldados que van a matar y hacerse matar no son más que fuerzas movidas por una imposición tiránica. Sólo existe el patriotismo puro cuando se defiende una invasión en casa propia o cuando se ampara a un débil, tal como Bélgica ante la agresión de Alemania, Inglaterra ante la situación angustiosa de Bélgica y de Francia, o bien como los boers en el Transvaal, los hispanoamericanos en Cuba o nosotros en la epopeya de Mayo. Ningún movimiento popular que no abarque o sustente la defensa o la independencia de un Estado estará animado por el patriotismo espontáneo y vigoroso de un pueblo. Será suplantado artificialmente por la obligación que impone la ley inexorablemente al ciudadano. En cuyo caso, claro está, todo el mundo va a la fuerza y termina por entusiasmarse, después de haberse resignado, pues de no hacerlo así ya sabemos cuán expedita es la justicia militar para abonar los cuatro tiros de marras.

Por lo demás, el odio de la contienda actual mantiénelo Inglaterra y Alemania. Odio, en verdad, provocado rigurosamente por la rivalidad comercial. Lo que indica, ostensiblemente, que sin el

militarismo germano y el navalismo inglés la actual guerra acaso no se hubiera producido. Por deducción natural y visto que Francia, madre de la Libertad se acollara con Rusia, madre de la Esclavitud; que Alemania, país de ciencia y de civilización inmensas a pesar de sus Krupps se une a la caduca y turbulenta Turquía; que el Imperio del Sol Levante se junta con Inglaterra y todo ello para comenzar con el aplastamiento de Bélgica y de Servia, los muchachos atrevidos y valientes de la partida, se piensa que la paz armada viene a ser, por extensión categórica, además de la delicia de la gente militar, el principio de la guerra.

En lo sucesivo, cerrada esta tragedia, las Naciones pensarán que las conquistas territoriales o de plazas mercantiles no solucionan nada más que un problema material a expensas exclusivas de un derramamiento de sangre más valioso y más estupendo que cualquier dominio que se intente adquirir.

Las guerras deben cambiar de curso en los países de civilización occidental. Las muchedumbres que forman los ejércitos van siendo cada momento menos militaristas. Las de Inglaterra, Francia y Estados Unidos están, fieles a la civilización contemporánea, dominadas por el espíritu civil y por el científico. Quiere decir, entonces, que la grandeza de las naciones debe de residir en el progreso de sus industrias, en las conquistas científicas y sociales, firmes y escalonadas, para la salud de los pueblos. Y estas cosas no salen de la paz armada, con la cual se aminora la vitalidad y el enriquecimiento, ni en la guerra, con la que se derrumban, una vez que ella es un arte maléfico que con los adelantos de la ingeniería y la química militares acerca a las fieras a los hombres. Bueno es recordar que la toma de Namur y de Lieja costó la vida a cien mil alemanes y cuarenta mil belgas, hechos edificantes que algunos, engañándose a sí mismos, y apelando al patriotismo y a la fuerza aceptan muy gustosos y sacan a relucir los grandes terremotos. . .

El bíblico Jaurés vaticinaba pocos días antes que entregara su vida a una bala torpe, con su gesto de apóstol generoso y maravilloso, que esta gran guerra nadie la podría evitar porque los gobiernos habían estado engañando a los pueblos bajo pensamientos e inspiraciones abominables. De no ser así, los pueblos de por sí solos no habrían empuñado las armas homicidas.

Los pavorosos resultados de esta contienda ya los estamos palpando. Los beligerantes, además de palparlos están sangrando y

viviendo con alientos débiles y torturantes. El hambre, la ruina, la miseria, tienen su reinado completo. Marte ha tenido su alzada más rotunda y completa en tanto que a Palas Atenea se le han nublado sus ojos claros, serenos y salientes para tenerlos ahuecados y vacilantes, consumidos por torrentes de lágrimas.

¿Cómo es posible que en el devenir las naciones piensen más en la guerra? ¿Cómo la comunidad de cada país con serenidad sentimental puede justificar una expansión nacional a costa de arrasar cien, doscientas, quinientas mil cabezas de hombres jóvenes, nobles y útiles para el mundo?

Yo soy de los que creen en la bondad infinita que pueden alcanzar los seres humanos a fuerza de ejercitar los dones divinos de que les ha dotado la naturaleza. Por lo tanto, creo que una vez seco este mar de sangre y de dolor que desborda en Europa, vendrá una era de paz eterna.

Los conflictos guerreros serán sucedidos por las cortes de arbitraje. La nacionalidad de las provincias o territorios determinados se definirán categóricamente, no por lucha de razas, sino por la voluntad única y soberana de sus habitantes, por el plebiscito, voz inapelable, dogma moderno que establece el derecho y los deseos de todo un pueblo.

Y el desarme se iniciará. ¿Cuándo?

Acaso sea una de las condiciones preliminares de la paz.

II. Demás está decir que las verdaderas conquistas comerciales las adquieren los países con un perfeccionamiento industrial o con leyes aduaneras benignas. Esas conquistas son las más sólidas y duraderas y ahí están para afirmarlo Inglaterra y los Estados Unidos.

Para la América latina, la presente guerra no tiene nada más que enseñanzas fecundas. Se dará cuenta que cuando los gobiernos no están orientados hacia una democracia franca y leal, hacia el progreso de la producción y el bienestar cultural, higiénico y económico del pueblo y, en cambio, cultivan solapadamente un espíritu rival hacia la producción o el progreso de tal o cual vecino, van irremediabilmente hacia los armamentos. Y a esto añádese la desviación que se le hace tomar al sentimiento público, cuya parte retrógrada y conservadora, termina por ayudar al gobierno al juego excitante del peligro de guerra.

Bien que la América Latina haya surgido a la vida libre bajo el impulso de sus armas y que, más tarde, durante muchos lustros,

ha tenido, como nosotros, su anarquía sangrienta y atropellada, no quiere decir que ella sea militarista. La República Argentina lo es menos que ninguna otra, afortunadamente.

Nosotros, unificado el país, tranquilizado el interior, no hemos tenido ningún gran soplo popular que nos revelara un pueblo militarista. Aun los mismos profesionales de escuela como Mitre y Roca, encarnaciones de la milicia superior, fueron hombres civiles y estadistas en toda la extensión de la frase.

Así, pues, creo que la República impresionada por los desastres espantosos de la guerra europea actual, escarmentará en carne y en sangre ajenas, todo lo calamitoso, ruinoso y feroz que es para un país el meterse en una danza de shrapnells, fusiles y dreadnoughts. Los principios pacifistas de los dos grandes ciudadanos nombrados, agregados a los de otros muchos, están bien esparcidos por el país. Se robustecerán en nuestro pueblo.

Nuestra evolución, pues, juvenes, ágiles y llenos de gracia como somos, nos llevará a debilitar siempre la tendencia militarista que se intente acrecentar a expensas de nuestra solidaridad con el resto de América.

En cuanto a nuestra evolución material creo que es asunto grave. Hasta ahora nos hemos nutrido con el oro de Inglaterra y de Francia. En cambio de ese oro hemos dado nuestra producción agropecuaria, pero como no hemos sido economizadores y hemos ignorado el verdadero valor del dinero, — nuestra crisis actual nos lo canta claro y con buena voz, — nos encontramos que una de las mayores partes de nuestras ganancias se vuelven al extranjero en forma de dividendos, de suerte que el capital, bien tratado por nosotros para que nos beneficie, cuando da producto, éste, como una querida veleidosa, nos es infiel y se embarca para París o para Londres. Por otra parte, medio país ha estado engañando al otro, alternativamente, con la especulación de tierras y, en eso, se han perdido las energías y por definición la verdadera moral del trabajo.

Si en lo sucesivo no se especulara más y cada cual, desde el gobierno hasta el más modesto sirviente dignificaran su vida y gastasen lo justo a sus capacidades financieras, el país podría vivir de sus propias fuerzas, con el simple giro de la exportación.

Lo que hay que subdividir es la propiedad rural para entregarla al colono nacional y al extranjero con bases generosas y liberales.

Y, después de esta guerra, estoy seguro, es lo que hará la Re-

pública para engrandecerse con el trabajo de la tierra, madre que pare muchos hijos. Los que, a su tiempo, engendran muchas industrias, mucho progreso, mucha libertad y mucho arte.

**Del señor R. Monner Sans**

Señores Directores de la revista NOSOTROS:

La inquisición <sup>(1)</sup> por ustedes abierta, y no digo encuesta aunque lo permita la Real Academia, pone en serio aprieto a cuantos, más que en rápidos movimientos bélicos de los combatientes, se preocupan en escudriñar el porvenir, buscando a guisa de nuevos astrólogos, en el tempestuoso cielo de los actuales momentos, la estrella que indicar pueda su benéfica influencia sobre la atormentada vida del género humano.

Como no hay efecto sin causa, entiendo que hablar de la guerra actual, por lo poco que de ella se va sabiendo, es tomar el camino por los rodeos y perder el tiempo en sentimentales quejas, de gran efecto en las almas cándidas y sencillas, pero sin base de apoyo, ni finalidad lógica. Sólo conociendo lo que *fué*, y apreciando en su legal valor, sin sensiblerías cursis, lo que *es*, podrán los pensadores, cuantos no son rebaño, tener la aproximada visión de lo que *será*. Sin previo estudio de las cortes de Luis XIV y XV, de las tendencias analíticas del siglo XVIII y del estado general de Europa en el último tercio de dicho siglo, no se puede apreciar en su justa medida la Revolución francesa, ni sus lúgubres cuadros, ni la aparición del corso inmortal; como sin seguir atentamente las palpitaciones de los pueblos europeos ante los felices pero brutales avances de Napoleón, resulta poco menos que un enigma la derrota de Waterloo.

Por esto entiendo que para opinar con probabilidades de acierto sobre el porvenir, forzoso es no seguir al hilo la gente, sino, prescindiendo del hoy, echar una rápida ojeada sobre el ayer.

La presente lucha no depende de la altanería de un hombre; ni de habilidades o torpezas diplomáticas de tal o cual Estado, ni del militarismo alemán, ni del marinismo inglés; es el resultado de la concreción en forma brutal de los anhelos de unos y otros de los estados en guerra. Diré más; de europeos y de americanos, pues

---

(1) Del verbo *inquirir*, averiguar.

todos, directa o indirectamente, fueron acumulando material para que el incendio, al estallar, asumiera no sospechadas proporciones. Cuando un ideal, la aspiración de un gobernante, no encuentra ambiente entre sus gobernados se esfuma sin trocarse en realidad. Grande y noble, y político y levantado era el ideal de Cisneros, y sin embargo no pasó de ensueño: el heroísmo lo derrochó España y enormes sacrificios hizo por y para América, y menos gasto de uno y otros hubiese hecho el pueblo peninsular para adueñarse de Marruecos.

De suerte que hablar de prepotencia individual, es olvidar que los grandes políticos, los estadistas, son aquellos que en los momentos decisivos para la vida de los pueblos, saben proceder de acuerdo con el común pensar. Grandes fueron los Reyes Católicos, al clavar su enseña en las torres de Granada, y grandes, declamen en su contra cuanto quieran los que juzgan los hechos por las apariencias, al decretar la expulsión de moros y judíos por sus súbditos solicitada. El error, si lo hubo, estaba envuelto en las nebruras del porvenir y éste rara vez logran descifrarlo los mortales.

De que el mapa europeo se modificará notablemente no creo pueda haber duda, pero esto tiene escasa importancia. ¡Se ha modificado tantas veces durante el pasado siglo, por no retrotraerse más!

Podrá desaparecer Bélgica como nación independiente, como antaño desapareció Polonia y recientemente el Transvaal, sin que nadie protestara del atropello, y el sol seguirá alumbrando, y el linaje humano peregrinando inconscientemente, casi sin volver la vista atrás para compadecer a los caídos. Podrá el momentáneo aplastamiento de Alemania unir en fraternal banquete de triunfo a pueblos de intereses antagónicos, a reserva a los pocos lustros de unirse varios de los que ahora entre sí guerrean, para oponerse al amenazante despertar de aquel pueblo que hoy envía a millones los hombres para que sean barridos por la metralla, y a pesar de ello continuará el sol alumbrando, y el pobre género humano seguirá tranquilo su pedregosa ruta en pos de ideales que nunca alcanza. Podrán los países escandinavos agruparse hasta formar un solo Estado, comprendiendo que hoy, más que nunca, sólo priman las grandes nacionalidades, y podrán Italia y España convertirse en las únicas dueñas y señoras del Mediterráneo mar, alejando insulares predominios, y el sol alumbrará impávido a

unos y a otros, y los mortales seguirán preocupándose más de los intereses individuales que de los colectivos. Podrán estallar conflictos parciales que ensanchen o restrinjan fronteras de pueblos en perenne descontento y eterna fermentación, y podrán desaparecer imperios reputados hoy como colosos, y el astro del día seguirá vertiendo calor y energías sobre vencedores y vencidos, y cuantos vivan caminarán con su pesado fardo de odios y de rencores, de anhelos de desquite y ambiciones de poderío. ¡Mas qué importa! Nada hay eterno bajo el cielo que a todos cobija: a un imperio sucedió otro imperio. Grecia es inmortal porque luchó por grandes ideales: de la infeliz Cartago guarida de mercaderes y usurpadores, ¿quién se acuerda?

Que la presente contienda clava un nuevo jalón en el no interrumpido camino del linaje humano, es verdad evidente, y sin ser zahorí se puede adivinar que para él comienza, de conformidad con leyes históricas, una nueva etapa que ha de ser, o mucho me engaño, visible trasmutación de valores morales y materiales, engendradora de cambios profundos en el trazado de ya viejos y gastados raíles.

Quebrantada la más que real, supuesta y consentida influencia inglesa; puesta de relieve la ligereza simpática, pero ligereza al fin, de la nación francesa, y debilitada la genérica impotencia rusa; herida en su entraña la pujanza intelectual y mercantil de Alemania, y quebrantada la unidad del imperio austro-húngaro, surge como corolario final de tanto desquicio y de tanto desacuerdo diplomático, que América, y especialmente la República Argentina, ha de sacudir, aprovechando las actuales circunstancias, la tutela europea, en economía, en ciencias y en artes. El lema ha de ser "por y para la patria", y sin rechazar en absoluto los restos de civilización que el naufragio europeo arroje a estas playas, propender a que la nación cobre vida independiente, y sin preconizar el aislamiento engendrador casi siempre de nuevas debilidades, procurar que en el enorme crisol del suelo argentino, y al calor de su refulgente sol, se vaya plasmando la nueva raza, que no corra a París en pos de devaneos, ni a Londres en procura de accionistas, sino que contenta con el ancho y feraz escenario en que le es dado moverse, se afane por trocarlo en suntuoso alcázar do hallen cómodo aposento todos los grandes pensadores de la tierra, todos los geniales artistas del mundo, todos los que llevan en su mente la sed de redentores ideales.

¡Ah! yo lo veo con los ojos del alma: de esta tremenda conflagración europea surge, con el atardecer de viejas naciones, el amanecer de dos grandes imperios en América: el del Norte, cual centro serán los Estados Unidos, hasta Panamá, y el del Sud cual eje principal ha de ser la República Argentina, imperio éste que ha de poner a contribución más que diplomáticas sutilezas, ancestrales lazos de cariño, para que unidos espiritualmente los pueblos, desde Venezuela al Estrecho, sirvan de pacífico contrapeso a las lógicas expansiones, no siempre dignas de aplauso, del imperialismo del norte.

Lejos de ser esta visión un ensueño, se corporiza a mi entender, sirviéndole de báculo en su andar la tradición y la historia. Basta abrir este gigantesco libro para leer en él como la civilización fué siguiendo la marcha del Sol; de China a Persia y Arabia; de ahí a Egipto; de este país a Grecia; del Partenón al Capitolio; del Forum romano a Salamanca, científico prólogo del descubrimiento de América y zapapico destructor de las legendarias columnas. Hizo alto aquí, para, desviándose momentáneamente de este curso, delirar con los volterianos, materializar con los Pitts, filosofar con los Schopenhauers; pero satisfecha la curiosidad, y ante el evidente derrumbe de seductoras fantasías, vuelve a tomar la ruta anteriormente seguida. Trozadas las bambalinas del arlequinesco teatro europeo, hecho astillas el tablado y rotas las carátulas de bien o mal intencionados comediantes, la civilización a bordo del navío "Adelante" traspone los mares para despararramarse por el mundo descubierto por "el de la capa raída". Así como el Sol no detiene su curso, aun cuando velen su luz por un instante negros nubarrones cargados de tormenta, la civilización, a despecho de esfuerzos en los que priman más que anhelos de perfección, tendencias egoístas, y por consiguiente irritantes, ha de trasladarse lógicamente de los países en que se la burla, a naciones que la aguardan con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios.

Siguiendo esta vía razonadora, la fantasía puede ir aun más lejos.

Despierto ya el Japón, en lucha más temprano o más tarde con China; vencedora ésta y fatigados ya a su vez los imperios americanos; allá, a lo lejos, tal vez dentro de cuatro, cinco o diez siglos, la civilización mundial volverá a descansar en el palacio de sus abuelos, después de haber recorrido en un abrumador viaje

de siglos la redondez de la tierra, así como el sol recorre en determinado espacio de tiempo la órbita trazada alrededor del globo.

Síntesis de lo escrito.

El género humano sigue su derrotero a pesar de momentáneos entorpecimientos, siendo la presente guerra, agudo toque de clarín para que los distraídos se fijen en la aun virginal América; y

La actual contienda al dar a los americanos la clara noción de las ligerezas de unos, de los egoísmos de otros y del fracaso del socialismo universal, les aconsejará a replegarse en sí mismos, y sacudido el protectorado europeo, fomentar un imperialismo sano que les permita levantar en alto, con potente mano, la antorcha de la civilización y del progreso.

Sé que las ideas aquí esbozadas darían material para un libro, como sospecho que, de leerse, han de ser controvertidas pública o silenciosamente, como también adivino que suscritas por firma más autorizada que la que al pie figura, serían discutidas con calor o aplaudidas con entusiasmo; pero ni me inquieta la censura, ni me preocupa el arma de los débiles, la conspiración del silencio. Contesté a las preguntas a fuer de caballero, y las contesté con lealtad; queda tranquila mi conciencia.

#### Del señor Emilio Becher

Si se examina las opiniones de los pangermanistas que parecen traducir, cada vez más, la verdadera aspiración alemana, se llega a una síntesis parecida a ésta: "El pueblo alemán es el primer pueblo del mundo; es superior a todos los otros por su inteligencia y por su moralidad. Su "Kultur" representa el grado máximo de la cultura humana. Esta superioridad notoria hace indiscutible, no sólo su derecho de crearse un imperio capaz de permitir su expansión máxima, sino el de dominar a todas las demás naciones, imponiéndoles su forma particular de civilización. Como los demás pueblos podrían resistirse a este predominio legítimo es necesario someterlos por la guerra o aniquilarlos. Los pueblos germánicos de raza o de historia serán incorporados por la fuerza al imperio; los demás quedarán en tal estado de extenuación que no serán capaces de trastornar la paz del

mundo, es decir, estorbar el ejercicio de la omnipotencia alemana”.

Es, como se ve, la misma concepción del Islam, que se expresa en los términos de una filosofía más complicada, pero que, en el fondo, responde a un misticismo tan simplicista y grosero como aquél. Debajo de todo el aparato de cultura que encubre los apetitos brutales de la “veltpolitik”, sorprende la analogía histórica de prusianos y turcos. La víspera de la batalla del Marne, el mundo ha estado en la misma situación que la víspera de la batalla de Lepanto. Los ejércitos franceses, contra los cuales se estrelló el esfuerzo de los invasores apercebidos a la destrucción de París, prestaron a la civilización el mismo servicio que las flotas de la coalición mediterránea. Una vez más la humanidad se salvaba de caer bajo el imperio de un despotismo militar. Una vez más la fuerza inteligente de los latinos triunfaba de la fuerza ciega de los bárbaros.

Pregúntase uno qué ha podido dar a los alemanes esa impresión de ser superiores a los demás hombres. Su contribución intelectual no resulta de un mérito desproporcionado si se la compara con la de Inglaterra o la de Francia; y en cuanto al término medio de la inteligencia nacional parece más bien inferior al de los demás países. Ello se ha visto a las claras en los folletos y periódicos que nos envía su propaganda organizada: la adulteración de los hechos es grosera, la invención pueril, el razonamiento extravagante. Suponer — como lo suponen — que van a influir así sobre el espíritu público es una verdadera afrenta a la credulidad humana. Y no es que se trate de la obra de periodistas inferiores, pues todos hemos leído el manifiesto de los 93, monumento de necedad y de cinismo. Esta propaganda se desdobra, a veces, de una extraña manera: no sabemos qué pensar cuando leemos, el mismo día, que no han destruido la catedral de Reims y que han tenido razón de destruirla. Una sensiblería inepta orna, de tanto en tanto, este monótono panegírico de la violencia. Así se nos invita a admirar el “noble rasgo de un oficial alemán” que adopta la huérfana belga después de haber fusilado a toda su familia; diversas fotografías nos muestran al soldado prusiano ofreciendo una taza de caldo al chiquillo francés, en medio de las ruinas; o bien la consabida banda militar ejecutando su repertorio ante la gratitud de los vencidos, pues nada enorgullece tanto a los alemanes como su afición a

la música. El lloriqueo de las sonatas se agrega, durante todo el avance sobre París, al estruendo de los bombardeos y a la fusilería de las ejecuciones. (1)

Hay más. El profesor Oncken escribe un folleto donde se declara que los pequeños estados no tienen derecho a la existencia: lo reparten en Suiza; el profesor Ostwald escribe otro donde demuestra que, en la Europa regida por Alemania, los noruegos estarán sometidos a Suecia: ese lo reservan para los noruegos. Un ministro de Estado, el señor Zimmermann, conversa con un periodista holandés y le anuncia que el triunfo de los alemanes determinaría probablemente el fin de la independencia de Holanda. Esta falta de habilidad no es sino falta de delicadeza. No hay en toda la propaganda que nos llega de Alemania — de la monografía científica a la cinta de cinematógrafo — una sola nota que sea un llamamiento a la simpatía humana. Todo se reduce a la apología de la fuerza. “Somos fuertes; dominaremos el mundo; tenemos el derecho de aniquilar cuanto se oponga a nuestro paso”. Es el concepto del germanismo. El alma generosa de Francia contesta, por la voz de Maurice Barrès: “el oficio de la fuerza es proteger”.

La espiritualidad alemana padece, en efecto, de una grave deficiencia y es la falta de sentido moral. Los alemanes han llegado a creer que los hombres no se guían sino por intereses inmediatos y por móviles mezquinos, y este concepto miserable de la humanidad les hará perder la guerra. Así han creído que los belgas no osarían nunca oponerse a la intimación del imperio y no podían preferir el honor a la vida; han creído que Inglaterra, por egoísmo de nación comerciante o por voracidad de nación colonizadora, admitiría la “proposición infame”, abandonando a

---

(1) Dice el informe oficial de la comisión francesa: “Craignant, non sans raison, pour leur vie, Mlle. Procès, sa mère, sa grand'mère, âgée de soixante et onze ans, et sa vieille tante de quatre-vingt-un ans, Mlle. Laure Mennehand, tentèrent de franchir, à l'aide d'une échelle, le treillage qui sépare leur jardin d'une propriété voisine. La jeune fille seule parvint à passer de l'autre côté et put éviter la mort, en se cachant au milieu des choux. Quant aux trois femmes, elles furent abattues à coups de fusil. Le curé du village, après avoir ramassé sur le sol, où elle s'était répandue, la cervelle de Mlle. Mennehand, fit transporter les corps dans la maison Procès. Pendant la nuit qui suivit, les Allemands jouèrent du piano auprès des cadavres”. (Rapport officiel, dep. de la Meuse). — Hay en el relato oficial, como en los informes de la comisión belga, escenas más horribles, pero ninguna me parece más expresiva.

Francia a cambio de una parte de sus posesiones de ultramar; han creído que Francia, "nación corrompida", aceptaría, después de la primera derrota, una paz que la mutilaba mortalmente; han creído que los socialistas o los realistas franceses antepondrían las ideas de su credo a los sentimientos de su patriotismo; han creído que los dominios británicos traicionarían, en la hora del peligro, la causa de Inglaterra protectora; han creído que todo el mundo se mostraría indigno y desleal. Son errores de los que se pagan con la vida, pero son errores en que no se incurre sino cuando se carece de generosidad y de nobleza.

Si Alemania hubiera realizado su sueño, habríamos visto un imperio monstruoso que se extendería desde el canal de la Mancha y la bahía de Tolon hasta el mar Negro y el golfo Pérsico, que ocuparía el Mediterráneo, la mitad del Asia y la totalidad del Africa y dominaría además las rutas del Océano. Esta potencia, que dispondría de una escuadra incontrastable no tardaría en echarse sobre América. El estado que renueva las doctrinas de la Santa Alianza restauraría probablemente su política. La lucha con los Estados Unidos sería la continuación natural de la lucha con el imperio británico. Los publicistas del pangermanismo lo dicen con harta claridad: sólo la posesión del mundo puede saciar esa ambición desmedida. Antes de veinte años una nueva guerra de la Independencia, más terrible que la otra, nos hubiera obligado a tomar las armas, — para una nueva batalla de Ayacucho, creámoslo, — pero no antes de ver nuestras ciudades asoladas según el método de los que han bombardeado, incendiado, saqueado las ciudades belgas.

Acaso no necesitasen siquiera recurrir al poder de las armas. Dueña del mar, Alemania establecería, sin ninguna duda posible, el principio del monopolio — concorde con sus doctrinas nacionales — aboliendo el principio de la libertad oceánica, que es condición de nuestra existencia. Entraríamos a depender de Alemania, aunque por irrisión conserváramos nuestra bandera. Por la fuerza natural de los hechos, nuestra cultura nacional tendería a modelarse sobre la cultura alemana, pues la civilización tiende, como lo demuestra sobradamente el Imperio Romano, a adoptar un nivel común. La forma en que se apresuraría ese proceso de asimilación puede deducirse de las costumbres del ejército alemán, no menos que de un estudio, aun sumario, del estado social de la Polonia prusiana. En tanto que la cultura francesa

procede por persuasión, la cultura alemana procede por intimidación. En tanto que Inglaterra tiende a hacer del imperio británico una federación de democracias libremente unidas por el doble vínculo del interés y el sentimiento, Alemania concibe su imperio como una reducción de las naciones a la servidumbre.

Esa servidumbre sería dura: los alemanes lo proclaman con orgullo. "Nadie está obligado a aceptar la esclavitud, dice el profesor Lasson; si la fuerza no basta para asegurar la libertad, queda, como recurso, la muerte". Palabra horrible, de las que bastan para deshonar a un país, y que debe quitar la última ilusión a los cándidos admiradores de una Alemania sentimental. La muerte, en efecto, sería la única solución en una sociedad fundada sobre el servilismo de los débiles y la prepotencia de los fuertes. La victoria completaría la prusificación de Alemania, consagrando definitivamente esa forma brutal de la sociedad y esa concepción bárbara de la vida. Pronto la parálisis del militarismo ahogaría lo poco que aun hubiera de originalidad en las ideas y de dignidad en los sentimientos. Entre tanto, la destrucción de Inglaterra y de Francia representaría para la civilización una merma tan enorme que la humanidad no se repondría nunca de ella. El espectáculo a la vez grotesco, imponente y desolador de los batallones que desfilan al paso de la parada prusiana compone la alegoría exacta de lo que sería la suerte de los hombres sometidos al horror de esa tiranía.

La victoria alemana sería tan inicua, sería a tal punto una quiebra del derecho, una glorificación tan escandalosa de la fuerza brutal que todas las ideas morales quedarían trastornadas. El mundo entero se convertiría probablemente al materialismo. Este es el verdadero sentido de la palabra barbarie, que tanto sorprende a los alemanes cuando la ven aplicada a su país. Ignoran que la barbarie es compatible con el progreso de la erudición y con el desarrollo de una intensa cultura técnica y aun filosófica; y precisamente el dato que certifica la barbarie profunda de Alemania es que se ha asimilado el contenido intelectual de la civilización, que es la ciencia, y no se ha asimilado su contenido moral, que es la justicia.

Ha habido ya en la historia un fenómeno equivalente al del imperio alemán, y es el imperio asirio. La misma potente organización de la sociedad, la misma adoración de la fuerza, el mismo concepto de la cultura destructiva y de la expansión por ex-

terminio, una arquitectura análoga por el espíritu, igual manera de hacer la guerra; y podemos estar seguros de que, si los ejércitos del Kaiser hubieran aniquilado las civilizaciones contrarias, el aspecto del mundo no hubiera diferido del que le dieron las victorias de los sares de Ninive.

Pero apartemos los ojos de ese sueño, puesto que no es sino un sueño. Triunfará la civilización europea. Asistiremos, con la victoria inglesa, al espectáculo reconfortante de la fuerza aplicada al castigo de la iniquidad. Veremos restablecida en su dignidad y en su potencia a esa maravillosa Bélgica, santificada por su martirio. Veremos, otra vez, sobre las sienas de Francia, el laurel que sienta a su noble belleza. Veremos de nuevo a los cristianos en Bizancio.

La influencia de esta guerra será decisiva, y se dejará sentir necesariamente en nuestro país. Porque somos sensibles a los actos de Europa, con la misma profundidad con que el europeo es sensible a la memoria de las civilizaciones asiáticas. Así como el triunfo de los alemanes hubiera determinado una depresión de la moralidad, el triunfo de los aliados representará una exaltación de los grandes sentimientos humanos. La guerra, que suscita instintos horribles, descubre también las más valerosas virtudes. Morir por la patria es, en definitiva, la forma más concreta del sacrificio individual. Creo que los hombres saldrán de esta guerra con ideas más graves y con sentimientos más nobles.

Habremos visto, gracias al heroísmo de Bélgica y de Servia, que no hay pueblos débiles y que las naciones que defienden su independencia son invencibles. Habremos visto, por la victoria francesa, que el heroísmo puede improvisar, en una hora, la fuerza equivalente a la que prepara, en medio siglo, la perfidia paciente. Habremos visto que las naciones justas triunfan de las naciones injustas. La guerra determinará, seguramente, en todo el mundo, una reacción religiosa, es decir, una reacción idealista. Será un triunfo del cristianismo, revelado, como signo material, por la reconquista de Constantinopla.

Tienen razón los directores de NOSOTROS cuando dicen que no podemos ser indiferentes. Antes de la declaración de guerra creían algunos que podíamos asistir, como meros espectadores, a la contienda, dispuestos, por lo demás, a sacar provecho de la sangre. Este utilitarismo horrible ha recibido ya su castigo: perdemos dinero. La conciencia de la solidaridad humana se impone bajo su

forma financiera a los que no quisieron admitirla como deber moral. Por mi parte, no sólo no soy indiferente, sino que ni siquiera soy imparcial. No entiendo como se puede ser imparcial entre alemanes y belgas, entre un imperio que provoca la guerra y un pueblo que defiende, a costa de un sacrificio espléndido, su dignidad de estado y su independencia de nación. Nosotros americanos no admitiremos nunca que un estado poderoso pueda destruir a un pequeño estado: perderíamos nuestra razón de ser nacional. No entiendo cómo podemos tener simpatía por un país que profesa públicamente, por la voz de sus estadistas, que el interés de un imperio puede justificar el aniquilamiento de la libertad de un pueblo: no sabemos cuándo llegará el turno de nuestra libertad. La cultura alemana parece a muchos admirable: confieso que me entusiasma menos una cultura que se jacta de su bibliografía y que concluye en el desprecio del hombre. El mismo país que produce tan grandes jurisconsultos es el que vota las leyes indignas contra los polacos. <sup>(1)</sup>

No, no podemos ser indiferentes en una guerra de la cual depende el espíritu de la civilización europea, que es la nuestra. Esta es una guerra de ideales más que de intereses. Los dioses invisibles combaten aquí al lado de los hombres, como en la batalla homérica.

Es el último asalto contra el Imperio Romano, es decir, contra la comunidad de las sociedades nacidas de la libertad latina, en tanto que, en el otro extremo de Europa, la fraternidad de los eslavos restablece la fuerza del imperio de Bizancio. Así se restaura, ante nuestros ojos, la unidad magnífica de Roma, tal como existió bajo los emperadores antoninos, la unidad que manifestaron como símbolos sucesivos las águilas consulares y la cruz de los misioneros, y a la cual pertenecemos también nosotros, los argentinos, en la solidaridad de las naciones romances.

No es posible entender el sentido de esta guerra si no se la concibe como una contradicción profunda y trágica. Es la lucha del principio de las nacionalidades, es decir, la agrupación de los

---

(1) Supongo que la guerra pondrá coto a la admiración de los snobs por la disciplina prusiana, deprimente de la imaginación y del carácter. No pierdo la esperanza de ver a nuestro congreso aprobar una ley que castigue con la pena de muerte el ejercicio público de la pedagogía alemana y prohíba el regreso al país de los instructores alemanes de nuestro ejército.

hombres según sus afinidades electivas, contra el principio de los imperios, es decir, la agrupación de los hombres según la voluntad arbitraria de las dinastías o los intereses egoístas de los estados. Es la lucha del principio de la fuerza, según el cual priman los valores materiales, contra el principio de la justicia, según el cual priman los valores morales. Es el choque de dos civilizaciones.

Es, sobre todo, la oposición de dos morales. No se toma partido en esta guerra por opiniones tanto como por una disposición natural del temperamento. La admiración por Alemania es hoy el mejor reactivo de que dispongamos para inducir el carácter y conocer la sensibilidad de los contemporáneos. Un hombre que, sin ser alemán, aprueba lo que los alemanes han hecho en Bélgica, es el más despreciable de los hombres.

**Del señor Alfredo López Prieto**

#### ANTE LA GUERRA

Trataré de responder y de expresarme con la mayor simplicidad, en el deseo de ser claro para todo el mundo; pero antes de tocar el fondo mismo de la encuesta, deberé establecer un primer punto de partida. De tal modo, hay que investigar las causas profundas de la guerra.

No me ocuparé, por cierto, de las ocasionales e inmediatas, que con muy buen juicio quiere excluir del tema la Dirección de NOSOTROS. Patentizados los orígenes del conflicto, demostraré a mis compatriotas que el peligro de toda guerra radica para un pueblo en las situaciones que le son previas. Si nosotros, americanos, logramos evitar el proceso prodrómico, habremos conjurado por el mero hecho esas violencias extremas. A "las influencias de los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de América", habrá que sumar o restar las influencias o contrainfluencias americanas. Para el efecto, sabremos de antemano en qué consistirán unas y otras. Y esto me remonta a investigar las causas de la guerra.

El sacudimiento europeo no debe ser considerado un fenómeno anormal en la sucesión indefnida de los hechos sociales. Es una catástrofe cíclica, sin duda. Las guerras y las revoluciones son sucesos normales y hasta benéficos en la sociedad de los

hombres, como son acontecimientos corrientes y necesarios en la naturaleza los meteoros y la acción de las fuerzas sísmicas. Me apoyo hasta cierto punto en Recius.

El hombre se dió a domesticar la naturaleza y está consiguiéndolo: somete en su casi totalidad el mundo animal, corrige y da nuevas formas a los vegetales, opera directa e indirectamente sobre la atmósfera y logra regir los fenómenos del aire; es decir: se mete con las nubes también, después de ordenar en la superficie de la tierra el régimen de las aguas y el de la población vegetal. Y observemos que allí donde el hombre interviene como ayo y como alma de la naturaleza, ésta cambia su agresividad en dulcedumbre: la selva antes salvaje ríe en vez de rugir, las aguas moderan sus ímpetus, se hace maternal la tierra, la fiera abandona el desierto y queda uncida al trabajo. Semejante maravilla es, en substancia, la obra del amor. Por el fruto se conoce el árbol y el fruto de ese esfuerzo doloroso, es la mansedumbre de los elementos.

Obra del amor. Así, el breve cuadro muestra al hombre acercándose y ligándose a los reinos inferiores y compenetrado con las leyes naturales: le describe solidarizado con esos reinos y con esas leyes, en suma. Digamos entonces que el portentoso resultado es sencillamente un efecto cordial, la consecuencia práctica de la solidaridad <sup>(1)</sup> con la naturaleza. Un terremoto, un ciclón, un maremoto, pueden interrumpir el acercamiento solidario del hombre a su origen, o sea el trabajo inteligente, pero estas excepciones no anulan la regla, como es lógico. Son simples accidentes dentro de la evolución absoluta.

Sin embargo, observemos de igual modo cómo en los momentos en que la evolución regular se interrumpe, un instinto regresivo interviene pretendiendo hacer retornar las cosas a su pasado oscuro. La selva a la cual no enmienda la varonil cirugía del hacha, se abandona a las fuerzas siniestras, — esas fuerzas enemigas de la luz — hácese bravía y puéblase de fieras; el río se torna tenebroso en la anarquía de su régimen; el hombre mismo degenera, regresa hacia la bestia. (Al fenómeno último le consagra la autoridad de Ameghino).

---

(1) La palabra verdadera es fraternidad. Pero en general no se admite sino una fraternidad restrictiva: la hermandad humana. Se la rechaza entre calidades diferentes. No pensaba de este modo aquel que decía al agua, *sora acqua* y tenía por hermanos al sol y al viento y al lobo y a la piedra.

Aceptado lo anterior, comprendemos que la solidaridad sea el ambiente moral del progreso y sistema imperativo en la vida de relación aun entre factores desemejantes. Apliquemos, ahora, y por analogía el sistema "solidarista" a los hombres en sociedad; (el *homo* no es sino naturaleza hecha voluntad, sensibilidad e inteligencia: el átomo multiplicado y espiritualizado; el aspecto culminante de la materia y de la fuerza) apliquemos esa analogía para contraste de la civilización y aquélla nos llevará de la mano a la comprobación de que el viejo continente <sup>(1)</sup> suscitó la guerra al romper la solidaridad indispensable entre sus miembros — las naciones. Con efecto, los de Europa no se reconocían pueblos hermanos: odiábanse sistemáticamente los unos a los otros, se recelaban, preparándose a sí mismos "el castigo" que todos merecerían en mayor o menor grado, al violar la más sensible de las leyes naturales.

Ocurrió, en consecuencia, que el odio de éstos despertó el de aquéllos. (Las pasiones responden a afinidades rítmicas. Mi amor o mi odio al vecino promueve en él la pasión consonante, como el *lá* de un violín provoca el *lá* de otro templado idénticamente). Y cuando el odio estuvo acumulado en nubes gigantes, fué la guerra, y comenzó su tarea el hosco e indispensable segador, cuya administración profusa de la muerte no debe excluir la meticulosidad ni la exactitud. <sup>(2)</sup>

Mas la solidaridad en Europa no ha desaparecido, se me dirá. El hecho de batirse en masa los individuos de cada haz nacional, está probando la unión de los pueblos dentro de sus fronteras. El argumento, en realidad, tiene un valor precario. Esos pueblos vivieron en el error y fueron a la guerra engañados, tanto los del este como los del oeste. Todos se conciben únicos y mejores, todos se manifiestan atacados y creyeron atacante a la nación prójima. Por eso, una necesidad suprema de defensa auna las

---

(1) Entiendo por civilización la cultura espiritual del ser humano, en relación de verdad y de belleza con el ambiente social y natural.

(2) En cuanto a nosotros, espectadores de la tragedia, que nuestra piedad se muestre. El dolor ajeno está requiriéndola; pero no nos agitemos demasiado ante las proporciones del flagelo: morirá exactamente quien deba morir. Fiémonos a la naturaleza pródiga. Unas inflexibles matemáticas rigen el ajuste y el desajuste del universo. Y observemos el cuadro sin juicios "contra" nadie. No juzguemos... La solidaridad sólo nos indica la compasión para quienes están sometidos a sufrimiento. Por lo demás, la justicia no es cosa de los hombres, sea dicho con perdón de los jueces...

fuerzas para aniquilar a los que cargan, según cada cual, en nombre de la barbarie y de la muerte. Tal agrupamiento de aparente solidaridad, es sólo un accidente fortuito.

Pero ayer nomás esas sociedades nacionales se mostraron esencialmente anárquicas. Practicaban el egoísmo, vale decir, el aislamiento y cultivaban el más bajo interés. Fué en ellas normal la miseria, aun el hambre y la denegación de misericordia. En una paz varsoviana, la autoridad mantenía los milenarios absurdos del viejo continente — lo inamovible. Y las masas, imbuídas también de egoísmo, repudiando el espíritu de sacrificio, no podían aprender la sencilla táctica de una acción conjunta. Era Europa una armazón insostenible. Si la guerra internacional no estalla, hubiéranse, al fin, conflagrado los pueblos dentro de sus fronteras, ahitos de sufrir y a fin de dar expansión a una ira secularmente contenida. (1)

Analicemos un poco todavía. Existe otro sistema de la naturaleza contra el cual la organización del mundo europeo atentó constantemente: la libertad. Ahora bien: libertad y solidaridad son consecuentes y no pueden separarse, que tampoco se concibe sueltos los lados de un ángulo. Y así como en la naturaleza y en la sociedad humana campea un instinto fraterno regulado por afinidades cualitativas, de igual manera preexiste la “desafinidad” de esta divergente ley de hierro.

Sin libertad física no podría efectuarse el intercambio atómico, ni el de las ideas sin libertad política. La libertad invita al trabajo a los mundos desde el primer día del cosmos y al hombre a su aparición sobre el planeta. “Haced”, parece decirles. Y la solidaridad aislada, como todo método obediente a la imperfección infinita del universo, tiende, sin la libertad, a exagerar sus funciones, porque exagera el impulso centrípeto y así llega a inmovilizarse por propia defectuosidad. Por eso es necesario que la libertad, condición del movimiento, contraste a su sincrónica. Sólo del juego regular de las dos resulta la armonía. Es la coexis-

---

(1) Se puede afirmar, en demostración inversa, que de existir en el seno de cada nación europea sociedades fraternas, el amor humano habría fundido las divisiones y, en su expansión, transpusiera fronteras, ligara los pueblos distintos y creara la solidaridad salvadora. No sucedió esto, es claro, porque la división fué dogma de individuos y de naciones. Por tanto, todos son más o menos responsables en la catástrofe, aun las nacionalidades no conflagradas que, en mi opinión, nunca escapan, en su hora, al condigno revulsivo.

tencia sincrética, la lucha continua de principios que se coin-tegran.

Se me puede decir — sin razón — que estoy enunciando una doctrina; que las necesidades están por encima de las doctrinas; que aquéllas y los intereses creados habían establecido, con hechos y no con principios, ese *modus vivendi* europeo, el proceso anterior a la guerra. Lo último es cierto, hasta el extremo de probar que ese proceso se originó en la ausencia de reglas morales, sea de solidaridad y de libertad. Por lo demás, puedo agregar que no expongo una doctrina y sí que describo la acción evidente de dos sistemas de la naturaleza, ineludibles sin disputa. Tan ineludibles, que ninguna necesidad ha de primar contra ellos mucho tiempo y deben constituir, en cambio, la necesidad fundamental de la vida. Eso es todo.

Europa alcanzara un estado crónico de utilitarismo y de materialidad, disimulados malamente en las formas. Estaba roto el equilibrio, resultado de un balance entre fuerzas morales y animales. El europeo, en general un representante de la bestia bien hablada, bien intelectualizada y bien vestida, fué el único en barruntar mal las consecuencias de su propia obra. Caminaba por sobre la mina que cargara sin percatarse completamente del peligro: en cambio, otros continentes sabíamos, sin error posible, lo que iba a suceder y sucedió. El aun confiaba conjurar el desastre... Y aquella parálisis mental, reacciona en este movimiento armado. Semejante induración del alma colectiva, estaba necesitando una alta frecuencia emocional: y he ahí la potente vibración requerida. He ahí la guerra con su impulso flagelante. Las conciencias sometidas a su influjo se purificarán por el dolor.

Porque el dolor es la espuela de la vida. Y no hago una frase. Sin esa espuela no se marcha. Sin dolor no hay progreso, no hay creación posible. "Parirás con dolor", dice la escritura. Si fué dicho a la mujer únicamente, es porque élla simboliza en la tierra a la materia que trabaja sobre sí misma y es madre de lo creado. Parir, alumbrar o crear, todo es uno y por eso cuando va a ocurrir un alumbramiento, el dolor le anuncia. Creamos en el dolor y así debe ser. Lo que no lleva su sello nace con incurable fealdad. Belleza no es sino sublimación de dolor. Acaso en alguna etapa del porvenir infinito, el dolor, embellecido al extremo, constituya el placer para el hombre...

Pero, entretanto, héle fiero y sin alma devorando la corrup-

ción de Europa. Está corrigiendo lo excesivo, reduciendo a polvo la carne en preponderancia. La tierra rezuma sangre y dijérase que existe un sobrante de materia animal, cuya anulación importa, a objeto de reintegrar al polvo lo que carece de espíritu; lo que abortó y no evolucionó debidamente. Estamos hoy en plena siega, en culminación de tragedia: *estamos aprendiendo...* Que la lección no se nos olvide, pues lo que Europa nos muestra es algo definitivo. Que América abra los oídos y los ojos: como un sacerdote, el dolor está oficiando en un gran momento de la historia.

De lo expuesto se desprenden varias conclusiones: todo pueblo cuyos miembros eluden la solidaridad, va al dolor y a la muerte. La solidaridad no existe sin la libertad. Toda sociedad que estratifica en exceso, impide con ello el propio devenir y, por reacción, el progreso regular de sus iguales, y al ultrapasarse la flexión máxima de leyes vitalísimas, rompe en choque — sufre violencia. Porque, además, la naturaleza odia las trabas. La naturaleza perdura por el trabajo continuo y el continuo transformarse en procura de aspectos que ignoramos. Quien pretenda paralizar su acción, es un enemigo de la madre todopoderosa y está condenado.

Luego, las causas de la guerra europea residen en la transgresión sistemática de dos leyes primas de la naturaleza. Y las consecuencias, se deducen: el mundo recogerá una alta enseñanza y ésta va a producir en los órganos jóvenes de la Humanidad efectos vivos y duraderos. Tales órganos iniciarán enseguida funciones más en consonancia con las dos leyes enunciadas. La condición estructural de los pueblos nuevos, es la plasmabilidad.

\*

La situación europea ofrece al mundo enseñanzas preciosas. De modo implícito nos está señalando la necesidad de rever ciertos valores, de rechazar algunas doctrinas, de iniciar la partida a más nobles finalidades. Aprendemos ahora, a són de cañones, cómo es deleznable el derecho fundado en la fuerza. Y no porque la fuerza sea pernicioso en sí misma. Puesta al servicio del genio y de la piedad, construye ciudades, horada montañas, centuplica la eficacia del trabajo. Puede crear las armadas del orden

y el material militar de los ejércitos de paz, para que en ellos, como Hércules en su clava, se apoyen las naciones del derecho: aquéllos "gendarmes del mar", tales cruzados de la tolerancia y del heroísmo y, por último, esos admirables constructores de la América inglesa. Todos ellos casi han llegado a saber manejar la fuerza armada cordial y cuerdamente. Pero también la guerra nos invita a recordar que la fuerza será constantemente peligrosa mientras los hombres establezcan sus relaciones sobre intereses materiales. Hoy por hoy las armas lo son de doble filo en manos del mercantilismo y de la soberbia. Sabemos que de cada diez veces, una tan sólo está la fuerza al servicio del derecho.

Ahora comprobamos que la acción social solidaria no puede estar basada en la justicia. La justicia es, materialmente hablando, la *justeza* social derivada de lo justo absoluto. Y lo absoluto no lo administra el hombre, animal limitado e ignorante. La justicia es el instrumento de los dioses, poseedores de omnisciencia. Así, nuestra justicia debe llamarse piedad. Piedad que perdona el error y es dulce ante el delito, y que perdona una vez, y diez, y *setenta veces siete*, como reza la máxima. Nuestra justicia humana es la misericordia, desde que los hombres no podemos juzgar a los hombres ni en nombre de los principios ni en nombre de los intereses. La organización actual de la justicia en el mundo, es la invención más ignominiosa de la autoridad fundada en la fuerza.

La evolución moral y material de América, influida por los acontecimientos de hoy, tenderá, en reacción franca, a organizar las sociedades fraternales del cristianismo. Pero, entiéndase bien: cristianismo nuevo, el de los hechos y no el de las palabras; cristianismo sin doctores, ni dogma, ni ritual, ni liturgia; cristianismo interpretado libremente, practicado sin temores y según el leal saber y entender de cada uno. Mas cristianismo a través de Lamennais, o de Tolstoï, o del de Asís, o de Esquíú, basta con que diga: ama a tu prójimo y haz bien a tu enemigo. Que resulte, de un modo o de otro, caridad en acción, ya ardiente y religiosa como la de San Pablo, o suave y laica como la de Sócrates. Esta interpretación piadosa de la convivencia no es, por cierto, para las férreas sociedades de Europa.

Una palabra antidogmática constituye el dogma de América. Esa palabra es tolerancia. Va implícita en los preceptos de la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Y esos prin-

cipios son los de nuestra democracia liberal. Una sociedad de hermanos, iguales y libres, no puede ser sino tolerante, y no exclusivamente en el sentido político. Debe ser tolerante con el pensamiento laico y caritativa con el sentimiento religioso. Tolerancia o caridad son dos caras de la misma moneda: una el anverso legal, otra el reverso místico. Con moneda semejante podríamos pagar un tributo al Creador, si le admitimos, aunque vaya en ella grabada la efigie del César. . .

Aleccionada por los sucesos de la actualidad, América evitará reincidir en la imitación servil de Europa. Creará, entonces, el tipo de su propia civilización, tomando aquí y allá, eclécticamente, los elementos y los valores morales de futura y estable prevalencia. El viejo mundo fracasa ante la vida ideal en esta hora solemne, por haber falsificado la naturaleza. Los países del orbe americano tendrán el ejemplo en vista. Saben que su obra es de redención y no querrán reeditar la historia europea. ¿Qué errores humanos podríamos redimir siguiendo las huellas de Europa?

Hay tres Américas: la América de los Estados Unidos, espléndido florecimiento de razas en evolución solidaria hacia destinos entrevistos; la América del tipo argentino, muy inmigrada y anárquica todavía hasta en las orientaciones de sus genios; la América de la serie venezolana, que aunque emancipada de España vive aún a la española. Marchan, pues, a la cabeza de esta evolución continental nuestros hermanos yanquis, a quienes seguimos los pasos nosotros en compañía del Brasil y del Canadá, que un día será políticamente americano, como lo es de hecho.

Nuestro maestro natural es la Unión Americana. Sigamos al maestro, siempre que avance con la vista elevada a su destino manifiesto. Y al caminar todos unidos, fundaremos, de jornada en jornada, en nuestro continente, la política internacional de la fraternidad, enunciada, entre otros, por Mr. Wilson, cuyas palabras no perecerán:

“Debemos probar que somos amigos y campeones de los países latinos de América, sobre bases de igualdad y de honor. Esa amistad debemos probarla mostrando que comprendemos sus intereses, sea que esos intereses se avengan o no se avengan con los nuestros, *porque es muy peligroso fijar el rumbo de la política extranjera de una nación por consideraciones de interés material.* En cuanto a mí, preferiría pertenecer a una nación pobre y libre,

más que a una nación rica que hubiera cesado de amar la libertad.

“No nos debemos desviar del principio de que la moralidad y no la conveniencia ha de ser nuestro guía y jamás habremos de aceptar la iniquidad porque ello cuadre mejor a nuestra conveniencia”.

Palabras de oro que juntamente con otras: “jamás los Estados Unidos buscarán la adquisición de un solo palmo de territorio por medio de la conquista”, pueden constituir el cimiento adamantino de un nuevo derecho, el derecho americano, fundado en la solidaridad y la libertad continentales, pues que en verdad la Europa en sangre nos autoriza a afirmar que es bien peligroso fijar el rumbo de la política exterior en consideraciones de interés material... Ya vemos los resultados del egoísmo nacional, tan culminante en los imperios teutónicos. (1)

De la Europa muy pronto exhausta, vendrán a nuestros países hombres de trabajo y de empresa. Algunos capitales, al radicarse, tomarán ciudadanía en América, porque el viejo continente será, acaso por muchos años, suelo de ensayo de nuevos sistemas de convivencia, con su secuela de revoluciones, y por consiguiente, mal escenario para la sistematización del trabajo. Y si hay

---

(1) Por todo lo dicho, debemos desaprobamos la política norteamericana con respecto a Filipinas y su “proyección” al Pacífico, política que es una mala herencia del anterior imperialismo de la Unión, en pugna abierta con los anhelos renovadores de América.

Además, la guerra entre el Japón y Estados Unidos, aunque no afectara de modo vital nuestros intereses materiales, herirá gravemente el sentimiento americano en todo el territorio del nuevo continente, pues la existencia moral de las naciones, en el sur y en el centro de América, está entrañablemente unida a la vida de la Unión. Para permanecer dignos de nosotros mismos, no podríamos desentendernos de una guerra entre esos dos países. Por eso nuestro celo actual debiera ser activísimo en este asunto. La guerra americanojaponesa puede evitarse, evitando el proceso que está planteándola. Que el consejo de la América de origen ibérico vaya un día y otro a golpear las puertas de nuestros hermanos del norte, llevando en las palabras la independencia de Filipinas, la circunscripción de esa política caprichosamente expansiva y excesivamente comercial hacia el norte y el oeste, y un acento de paz inconfundible, con la demostración de los horrores que sobrevendrían en el choque de Asia y América.

Si no conviene al nuevo continente adoptar los métodos políticos de Europa, si hay que condenar a los Bismarck y a los Guillerms, también debemos renegar de los Roosevelt, los Río Branco y los Walker Martínez.

una afluencia a nuestro territorio, que no nos tome desprevenidos. Porque si nuestro destino es contrahacer la civilización europea, debemos empezar por la aplicación de la fórmula social que equilibre los derechos individuales y los colectivos. Así la tierra argentina estará lista para recibir muchos huéspedes. Aceptémosles con los brazos abiertos, pero tengamos cuidado de rechazar, hasta por la fuerza, <sup>(1)</sup> las ideas viciadas que nos aportarán y el egoísmo ancestral de que vendrán sobresaturados. No nos dejemos influenciar que, por otra parte, el genio de América, fraternal y libérrimo, curará el alma enferma de esas inmigraciones. <sup>(2)</sup>

Sintetizando: Las influencias de los acontecimientos actuales de Europa en la futura evolución moral y material de América, podrán ser en parte cualificadas y cuantificadas por el ambiente americano, al actuar a manera de potencial sustantivo o neutrali-

---

(1) La fuerza no puede excluirse aun de las relaciones humanas. El cristianismo no la excluye y hay de ello un ejemplo típico en la vida del Cristo. La serenidad de una Arcadia ideal, no puede ser, por cierto, el ambiente espiritual de una Humanidad todavía semisalvaje. El planeta, a mi ver, está en su edad más constructiva, en plena lucha de eliminación. El cristianismo, como toda doctrina *a realizarse*, no puede evitar las situaciones de hecho. Así, a pretexto de piedad, no debemos admitir los vicios europeos traídos por las inmigraciones y si ellas quieren imponerlos por la fuerza, habrá que oponerles la fuerza, naturalmente.

(2) Si la República sabe mantenerse en una paz digna, preveo para ella un resurgimiento económico, acompañado tal vez de conmociones sociales poco profundas. Aminoraremos el peligro, al encontrar la manera de poner en consonancia el interés particular y el general, las garantías del capital y las del trabajo, la tensión de la energía directriz y de la fuerza dirigida, el valor moral y el interés material. Lo antitético de esos enunciados sólo está en las apariencias. El átomo no se opone a la molécula, ni el símbolo a sus constituyentes, ni el esfuerzo mental al físico, ni, bien considerado, la materia al espíritu, si se acepta por materia la energía en relativo reposo y por espíritu, materia imponderable en movimiento.

Por lo demás, estas dualidades, siempre en contraste *formal*, van eliminándose a medida que se resuelven. Así, no es difícil que esté por terminar en Europa la era del socialismo y del nacionalismo. Ambos sistemas han fracasado ya, pues siendo reacciones consecuentes entre sí en la vida de una nación y procausas de la guerra, ésta las disipa al rever toda causa. Sin la exageración socialista, en efecto, no tendríamos la exageración nacionalista, exclusivismos tendenciosos cuya sola acción de presencia demuestra su unilateralidad. Y me refiero especialmente al socialismo a la alemana y al nacionalismo a la francesa, dos expresiones características del egoísmo regional, tan detestables como el latinismo imperial de D'Annunzio, Ferri y Ferrero, otro prejuicio de raza que no puede aceptar la América de los iguales, ampliamente ariá.

zante. Puede preverse también una época de incertidumbres y el peligro de conmociones sociales, que serán de escasa importancia en la Argentina.

He tratado de contestar las dos importantísimas preguntas formuladas por la Dirección de NOSOTROS.

**Del señor José H. Rosendi**

Apreciados amigos: Evacuando la consulta que, como a otros muchos más meritorios que yo, se han servido ustedes dirigirme, trazo estas líneas.

Las preguntas son:

1.º ¿Qué consecuencias entrevé usted para la Humanidad como resultado de esta guerra?

2.º ¿Qué influencias tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?

La contestación de la primera se enlaza íntimamente con cual de los grupos de las naciones saldrá triunfante. Tal como está sentado ahora el problema creo sin titubear, más que antes, en el triunfo de las naciones de acuerdo inteligente (que lo hiciesen para oponerse a los gestos de la soberbia ensimismada en el puro progreso material y simbolizada en una dinastía y en una casta que no representan nada para el progreso humano), lo cual implica una gran etapa hacia adelante de la civilización general que empezó a desarrollarse formando eslabones de esa cadena hace 25 siglos; y que prusianos, austriacos y turcos pretenden detener para sólo el provecho del trino matón y atropellador cuando consideran la cosa fácil que encarnan.

Yo considero que para el pensador y el amante del progreso — vocablo tan rico en las lenguas cultas, bien analizado — no podía haberse puesto la partida de manera más hermosa que como se ha establecido y cuyo jaque definitivo se hará, según creo, a mediados del corriente año. La raza a'emana saldrá ganando encauzándose en la corriente de la cultura general que tiene que ser de tres aspectos y con el respeto de todos los derechos. La rusa empezará su evolución que todos deseamos para el equilibrio de la balanza de las naciones.

Esta guerra es consecuencia del desequilibrio que empezaba a

ener formas visibles; sucede como en el cuerpo humano, en el cual, cuando las acciones y reacciones no juegan normalmente, sobreviene la enfermedad.

La grandiosidad de esta función en la que somos pigmeos espectadores ha hecho que la lucha sea múltiple: filosófica y doctrinaria, étnica, financiera, económica, estratégica y táctica; y que se haya hecho de interés mundial analizar todos sus factores. ¿Cómo prescindir de un factor cuando todos son importantes?

A mi modo de ver la lucha de pluma, la polémica, ha dejado bien establecido ya el triunfo moral de Inglaterra, Francia y Bélgica, y esto tiene gran trascendencia aunque el triunfo material (que considero imposible) fuera de los contrarios. Me parece que a través de lo escrito y de lo que diré voy contestando las preguntas de la circular de ustedes. Es difícil enlazar lógicamente los motivos que preceden y siguen a las preguntas y aun usando lenguaje de dulcamara difuso o de politiquero criollo.

Tal como es la situación y la lucha está empeñada, no es posible eludir en las contestaciones puntos que se desearían eliminar para no herir susceptibilidades.

Unas cuestiones están precisamente involucradas en otras.

En las sesiones de fin de año de los parlamentos europeos fueron notables los discursos que se pronunciaron en los de Inglaterra, Francia, Italia y aun en la Duma, y un mamarracho el que se pronunció por el canciller alemán en el Reichstag de Berlín. Amenazaba al mundo si se llegaba a tocar el pelo de un alemán! En idioma teutónico esto debe ser de gran comicidad lingüística. A estas proclamas tonantes habrá que unir las paradojas insinceras de Bernardo Shaw y los artículos sin jugo de Maximiliano Harden.

Sólo en carácter militar están los estudios fundamentales de Hilario Belloc. No nombro a los paladines de la justicia, el derecho y la libertad — no sólo en las naciones beligerantes sino en todas — porque son tantos, tantos, y ustedes los conocen bien como todos los lectores por la prensa diaria; esto entona, tonifica, pues pone de manifiesto que a pesar de todos los golpes y eclipses, el progreso a la larga es cierto, aumentando aunque sea aritméticamente el número de sus creyentes, convertidos o afiliados.

Vaya lo anterior para apreciar la vista panorámica.

Derrotada Alemania desde el principio de la guerra en el te-

reno político y diplomático quedó la parte bélica en el sentido estratégico y táctico. Los triunfos tácticos si no prosiguen para convertirse en estratégicos no valen nada para el resultado final, máxime en una guerra de la naturaleza de la presente. No llegando ni a París, ni a Varsovia, ni a Calais, Alemania está derrotada estratégicamente desde el mes de Septiembre próximo pasado (retirada del Marne, embotellamiento de la escuadra en Kiel y ataque de los rusos hasta Koenigsberg), si bien hay que reconocer que han triunfado tácticamente en las primeras fases del problema.

En el orden naval está derrotada estratégicamente no obstante esfuerzos inauditos y pequeños triunfos tácticos, no de frente sino a la sordina. En los de cara a cara, a excepción de Coronel hablan elocuentemente Heligoland, las Malvinas, el Mar del Norte y el "Emden"; veremos qué hacen para obtener éxitos grandes después de la declaración del bloqueo a Inglaterra, aunque sospechamos que sólo aumentará los sacrificios inútiles de vidas y haciendas.

¡Hermosa dinastía la de los Hohenzollern, que para desaparecer cuesta torrentes de sangre a la humanidad!

¡Gran pueblo cegado el alemán! Es que la prédica interesada de cincuenta años le ha torcido la conciencia y obscurecido la razón.

En conjunto, en Abril próximo empezará la segunda fase táctica de la guerra, y entonces veremos lo que se desarrolla en los tres meses Abril, Mayo y Junio. Aunque después de este mes Alemania siga luchando, serán ciegos los que no vean desde ya su aplastamiento final.

Los discípulos talentosos que dejaron sembrados los sabios profesores militares alemanes toman muy dogmática y literalmente el principio de que *hay que vivir del territorio enemigo* y admiran la pujanza del coloso que está situado en Bélgica, parte del norte de Francia y en la Polonia rusa. No vemos motivo de admiración: 100 millones de alemanes (los austriacos también lo son), teniendo como objetivo primordial la preparación para la guerra durante cincuenta años, deduciendo las aplicaciones a este arte de todos los descubrimientos e invenciones que se hicieran, étnicamente homogéneos, en situación conveniente, central y unidos, obrando por líneas interiores, por sabios ferrocarriles estratégicos, han logrado sólo dominar a uno y otro lado de sus fron-

teras con sus mejores esfuerzos una extensión de territorio muchas veces menor y también muchas veces de menor población. ¡Vaya, la diminuta Bélgica, porción del norte de Francia y la parte de la Polonia rusa que entra como martillo en el territorio Alemán! ¿Para esto se preparaban la poderosa Alemania y la soberbia Austria?

La máxima citada hay que interpretarla; Napoleón se movilizaba, se movía avanzando, no se *empantanaba* en casa ajena. Las crueldades cometidas por Alemania — sobre lo que es superfluo insistir — justifican desde ya las represalias sobre todo en la reconstrucción del mapa político europeo.

En resumen, si triunfara el grupo teutón la línea en zig-zag, o sea con retroceso y avances, que representa la marcha de la Humanidad sufriría un atraso que podría ser de bastante longitud; y si triunfa el grupo latino-anglo-sajon-eslavo se evita tal demora y se adelantá grandísima jornada en una recta del zig-zag.

En consecuencia, en la primera hipótesis los países ibero-americanos detendrán sus progresos morales y por ende nuestro país; lo que no es difícil puesto que pasándose por una época de transición, de larga duración todavía, no habiendo orientación fija ni rumbos estables en las generaciones nuevas, no es gran tarea hacerlas admirar dioses falsos y darles caminos equivocados.

En la segunda hipótesis, la menos probable, seguirá más fácilmente la marcha de las cosas como hasta ahora y como se demuestra en un artículo sustancioso del primer número de la reciente revista filosófica argentina, no hay más que retomar el hilo de la tradición prosiguiendo la evolución continua del progreso indefinido sin admiraciones falsas que significan detenciones.

No creo que la entera armazón social, — con sus corolarios, — se desplome; sólo se sacude reciamente con más fuerza que el manto que recibió Sancho en la venta y así como éste no salió descuajeringado lo mismo pasará con aquél; se perfeccionará mejorando en todo el orden humano el armazón social; es conveniente lograr que se pongan en circulación todos los humores que degeneran en males amenazando el organismo en estado de quietud.

Las ideas madres quedan fijas e impulsan a todas las subsiguientes que son inestables y que van buscando su lugar o son desalojadas del todo.

En otra parte hemos dicho: "Si treinta (30) generaciones o mil (1000) años hacen falta para que se formen nuevas modalidades e idiosincrasias en la humanidad (nueva raza), decididamente el siglo XX marcha hacia el XXX, habiendo sido esta guerra de una necesidad fatal".

"Decididamente el siglo XX marcha hacia el XXX, con el cristianismo y la ciencia en conciliación y con los dos emblemas: † y X, o sea la moral religiosa y el estudio".

"La marcha hacia una humanidad mejor, basada en la distribución de la felicidad, en las sanas creencias del más allá, en el trabajo, en la tolerancia inteligente, y en la bondad cariñosa".

Tal vez esté errado, pero en mí hay lógica y convicción, y tan es así que con fecha 5 de Agosto ppdo., — a raíz de la declaración de guerra actual — llevé a un popular diario un articulillo que no salió, en el que sin pretender ser Mad. Thèbes, pronosticaba mucho de lo que está pasando o pasará; y para el cual reclamo desde ya la hospitalidad de la revista NOSOTROS, si es que llega en instante oportuno.

Desde mediados del mismo mes hasta fines de Noviembre en el moderado y bien escrito diario *Tribuna* desarrollé en una serie de artículos consideraciones sobre la guerra, que desde ya ofrezco y doy para un folleto a quien lo quiera hacer, ofreciéndome también para corregir y ampliar algunos puntos.

Creyendo dejarlos satisfechos a ustedes en lo posible, pongo punto final suscribiéndome de ustedes afectísimo.

**Del señor Vicente D. Sierra**

Señores directores: Previa la salvedad de que pese a la importancia que tienen los problemas que nos plantean ustedes en su encuesta (perdone el maestro Unamuno), su resolución se encuentra "más allá de las fuerzas humanas" y de mi protesta por el no embanderamiento de NOSOTROS, penetro en el fondo de la cuestión.

La primera pregunta requiere un sintético estudio previo de los problemas que plantea la actual contienda europea para asentar en él nuestra respuesta.

Ante todo, nosotros no podemos ver en la actual guerra, un hecho, fruto de determinada voluntad, de determinado régimen,

de tal o cual institución militarista o de las aspiraciones económicas del pueblo A o del pueblo B.

La guerra actual al ser aceptada sin protestas, y con entusiasmo en cambio, por hombres de las más opuestas tendencias, por todas las religiones, por todos los internacionalistas y por todos los antimilitaristas, nos revela que el estado de espíritu del momento se encontraba condicionado; admirablemente dispuesto para ir a la guerra.

Por ello es esta guerra la crisis de la civilización. Como dicen ustedes en su circular, "la entera armazón social, ideológica, económica, moral y artística del siglo XIX se desploma en estos momentos; la humanidad está en una encrucijada de la historia".

¿Pero qué es esta civilización que se desploma? Yo creo que no era otra cosa que método; nuestra mil veces cantada civilización no era más que eso: método, investigación; fórmulas con la que formábamos el amplio traje que vestía nuestro exterior visible, dejando intacto nuestro interior incognoscible.

¿Y qué es el método? La explicación resulta difícil; sentimos y conocemos lo que es, pero no sabríamos describirlo. Método — digamos — es el trabajo que durante los últimos años viene haciendo la humanidad para hacer del hombre un ser antinatural, cargándolo con un pesado bagaje de derechos y deberes, sumiéndolo en los irracionales dualismos de bien y de mal; método es la obra de los hombres tendiente a reformar al hombre haciendo de él una máquina toda exteriorización; método es el determinismo que tuvo la historia en una "cosa" donde el hombre no era nada, matando con ello toda energía individual; método son las artes, las letras y los números transformados en puro procedimiento; el internacionalismo, porque no era más que un convencimiento impuesto a base de procedimiento; las campañas antimilitaristas, en las cuales junto al discurso incendiario se hablaba de la "santa y metódica evolución (!)"; método es lo que ha hecho creer al mundo que Alemania era un pueblo culto, cuando toda su cultura no era más que estadística, procedimiento, exteriorización, (basta comparar sus hombres de estudio de hoy, con los de antes del 70), pura metodización, insoportable pedantería encubierta bajo el título de ciencia; método, al fin, es toda nuestra vida de mentiras; mentira el socialismo, porque al metodizarse mató las energías individuales, resolviendo, materialismo histórico y estadísticas en la mano, todos los problemas sociales; men-

tira el antimilitarismo y el internacionalismo, simples posturas académicas, como el cristianismo, por el método transformado en una fuente de estudios a lo Harnack.

Y así, cuando los hombres pudieron ver que la guerra se desencadenaba en toda su barbarie, recordando las prehistóricas luchas que describiera como nadie el genio de Darwin, la humanidad notó con asombro, que el espíritu, aquel espíritu antieuropeo, aquel espíritu internacionalista o aquel otro religioso, no sólo no protestaban, sino que iban a la guerra con entusiasmo.

Y es que ese "espíritu" no existía, no existió nunca, era una de las tantas mentiras que vivíamos; teniendo en cambio en el cerebro un *maremágnum* de fórmulas algebraicas para resolver, como ecuaciones, problemas sociales; no teníamos más que un traje de método, civilización metodizada; así, como se hace hablar a un loro, por método, pero sin darle espíritu, sin darle alma ni sentido de la vida y de las cosas.

Todo esto es lo que derrumba la guerra actual: la ciencia, el arte y los libros en su característica actual. Y digo derrumba, porque *triunfarán* los aliados.

Si al fin de la guerra, el triunfo fuera alemán, la civilización actual con toda su artificiosidad que hemos reseñado, sería impuesta, porque en el fondo, es de origen tudesco. Alemania es de las naciones que creen en la misión de los pueblos; creen en la misión de Alemania; dentro de sus textos se contaba con esta guerra, por lo cual para ellos no derrumba nada; es de las naciones que imponen sus cosas y nos impondría su "Kultura", su civilización, que no es más que la metódica que vivimos, intensificada.

Pero *triunfarán* los aliados y por ello, porque éstos no impondrán nada espiritual, creo que como resultado de la guerra volveremos a un romanticismo místico, donde el hombre lo sea sin corazas que lo tengan preso, sin dualismos que le torturen el cerebro, sin método que le ilustre la epidermis y que deje intacta al alma, sin cultura que permita destruir bibliotecas, y asesinar mujeres y niños; retornaremos a un vivir que deseche el procedimiento para amar la acción: a un vivir que repudie los pesimismo y los optimismos, para pensar que la vida es buena o mala, según sea vivida; volveremos a soñar, a delirar, si se quiere, pero para ser hombres, para ser pedazos de la naturaleza en plena libertad de desarrollo, en pleno apogeo de la verdadera verdad: la naturaleza, el amor, la acción y la vida. Pese a los latinos

que aspiran a la seriedad de los profesores del manifiesto de los intelectuales...

Para responder a la segunda pregunta fuera menester estar en el conocimiento del espíritu americano junto al conflicto europeo; no estoy en ese caso; pero respecto a nuestro país, mi opinión modesta es la siguiente:

Creo que la guerra europea plantea, para la economía de nuestro país un problema de gran gravedad.

Los capitales sobre los que está asentada nuestra vida financiera, son extranjeros: ingleses, franceses y alemanes en su mayoría. Terminada la guerra, en Europa harán falta esos capitales, que por las mejores condiciones de colocación huirán de nuestras arcas, dificultando más la ya angustiosa situación económica de nuestro país.

Por otra parte harán falta en Europa, hombres; esta falta, aparte de significarnos un corte a la corriente inmigratoria, dará por resultado una gran salida de nuestros puertos de hombres válidos para el trabajo, atraídos por los jornales que se pagarán en Europa y por la falta de trabajo en las industrias nacionales.

Creo que son dos problemas de importancia que se plantearán fatalmente; el resultado ¿quién puede predecirlo?

En cuanto a las influencias morales, creo que frente a la renovación espiritual que se producirá en Europa, pasaremos por mucho tiempo indiferentes a ella; el carácter de nuestro pueblo tan indiferente por todo, ese criterio de nuestra suficiencia, llevado al ridículo que nos caracteriza, son las bases de esta mi opinión.

No tengo otras cosas que agregar a las dos preguntas de ustedes; temas de libros más que de simples artículos y cuyas resoluciones, como decía al principio, están "más allá de las fuerzas humanas" no permiten ser resueltas como nuestra voluntad lo deseara.

*Hasta la fecha en que cerramos este pliego (20 de Marzo), hemos recibido, después de las contestaciones publicadas, las de los señores Alfredo Colmo, Víctor Mercante, Horacio C. Rivarola, M. Kantor, Miguel Angel Rizzi, Albreto Mendióroz y Victorio Delfino. Nuestros distinguidos colaboradores querrán disculparnos, si la falta absoluta de espacio nos obliga a dejar sus interesantes respuestas para el próximo número. LA DIRECCIÓN.*

## L'OUBLI

Je te suivais, trompé par de folles instances,  
le long du bois rempli de ton orgueil vainqueur ;  
un clocher fredonnait le vœu des pénitences  
et le Désir priait au cloître de mon cœur.

Tu devançais mes pas vers la douce clairière  
(C'était l'endroit chéri de notre égarement,  
où tant de fois, plus tard, sur le vieux banc de pierre,  
j'ai pleuré ton absence inconsolablement).

Dans le recueillement de la brune incertaine,  
par un soleil couchant aux paisibles émaux,  
brillait ta silhouette à la lueur lointaine  
que voilait vaguement l'abat-jour des rameaux.

Soudain, tu t'inclinas sur l'égantier rustique  
dont je cueillais pour toi les rameaux empourprés ;  
les roses exhalaient un parfum érotique  
comme un appel d'amour réveillé sur les prés.

Hélas ! Si tu savais par quel effort suprême  
je maîtrisai l'élan d'oubli et d'abandon  
qui, te croyant aussi pleine de foi toi même,  
m'aurait mis à tes pieds, débordant de pardon !

Ce ne fut qu'un instant de rêve et de folie  
qui faillit me trahir, éphémère frisson  
trop vite évanoui comme une fleur qui plie  
surprise par l'orage à l'ombre du buisson !

Ta main fière et mutine, ignorant mes souffrances,  
écartait, sans émoi, l'églantier indiscret :  
une épine, hasardant d'amères remontrances,  
acrochait ton foulard alourdi de regrets !

Le soir bleu déroba dans son pieux mystère,  
au monde indifférent, ma peine et ta rancœur ;  
tu laissas ton écharpe au rosier solitaire,  
moi j'y laissai aussi les lambeaux de mon cœur !

Et pendant que tes yeux, impassibles phalènes,  
s'envolaient, nonchalants, vers le ciel affaibli,  
le soleil, rassemblant ses dernières haleines,  
maquillait de rougeurs ton front pâle d'oubli !

RICARDO DEL CAMPO.

---

## LA EVOLUCION DE LA MUSICA (1)

### TERCERA PARTE

Los géneros y las formas que habían ido individualizándose, poco a poco, durante los dos siglos anteriores al XVIII, así como la formación de las nacionalidades musicales, alcanzan en éste, del que se puede afirmar que es el siglo de oro de la historia de la música, su desenvolvimiento supremo, su desarrollo final, y, por decir así, como el punto más alto y luminoso de la parábola descrita por toda su existencia.

No puede asegurarse, como lo he leído en la "Enciclopedia de la Música", publicada en París bajo la dirección del profesor Lavignac (tomo II de la Historia, pág. 815), que todo el siglo XVIII fué una manifestación puramente escénica, puesto que en esta centuria aparecieron las grandes obras de Felipe Manuel Bach y las sinfonías de Haydn y de Mozart, para no citar otras obras que ilustran la historia de la música puramente instrumental y sinfónica y de la música religiosa. Pero no es menos cierto que durante este mismo siglo XVIII, las brillantes calidades de los géneros melodramáticos — ópera bufa, ópera seria y tragedia lírica — alcanzaron el nivel más esplendoroso de su apogeo y su completa expansión por toda Europa.

Muchas oportunidades he tenido ya en el curso de este Ensayo sobre la evolución de la música europea, de señalar la gloria indiscutible que recae sobre Italia por haber sido el hogar generador de todas las formas en que se manifestó el espíritu musical, y en estos nuevos números se me presenta la oportunidad de señalar la importancia primordial que los artistas italianos tuvieron en la creación de los distintos géneros del teatro melodramático, in-

---

(1) Damos en este número otro capítulo de esta interesante obra, de la cual ya se publicaron extensas partes en los números 44, 55, 56 y 57 de NOSOTROS. — *N. de la D.*

fluencia tan grande que puede asegurarse que la ópera francesa o la tragedia lírica francesa como suele llamarse, la ópera cómica, la ópera romántica, la rusa, y todas las subdivisiones que el sentimiento nacionalista de los críticos e historiadores quieran hallar en el teatro musical, no son más que derivaciones, transformaciones o adaptaciones de las obras italianas.

Esta supremacía del teatro musical italiano, que sirvió de modelo al teatro universal, se explica en primer término por las cualidades infinitamente superiores del genio italiano, por la mayor espontaneidad e inventiva de sus artistas, por su mayor fecundidad y por la mayor belleza de su inspiración melódica.

He dicho ya en otros números que los artistas italianos fueron los verdaderos creadores de la Sonata, del cuarteto, del concierto instrumental con acompañamiento del cuarteto de arcos o de orquesta y de las formas sinfónicas que antecedieron la creación de la ópera; pero la música teatral, en la que desaparecieron o se fundieron, aunque extraño parezca, aquellas primitivas formas de la música instrumental, es mucho más que ninguna otra manifestación del arte sonoro, creación puramente italiana, producto del alma, del idioma, de la sensibilidad, del ambiente de la patria incomparable y gloriosa de Rossini. Un musicógrafo italiano, D'Arienzo, si mal no recuerdo, hace notar muy justamente que Beethoven no pudo crear nunca un acto de verdadera música teatral; que Mendelssohn, tan espontáneamente melodioso, careció casi por completo de verdadera aptitud para el canto melodramático. ¿Y Berlioz? Berlioz, sigue diciendo el mismo autor, el fantasista y culto Berlioz, imponía silencio a sus personajes mientras hacía cantar al clarinete y al violoncelo. Haydn tampoco consiguió acabar una obra teatral perfecta. Y Wágner... con Wágner — tengamos al fin la franqueza de decirlo de una vez — nos encontramos en pleno y nuevo florecimiento de la transcripción y de la variación sinfónicas. Mozart es una divina excepción...

Pero no debo apresurarme para no perder el método del que debe resultar la claridad de mi exposición. Ya me iré ocupando de casi todos los problemas que entraña la historia de la música teatral y sinfónica durante el siglo XIX, y dejaré hasta entonces el discutir los desvariados conceptos que circulan hoy sobre los artistas y el arte del último siglo.

Al genio superior de los artistas italianos, hay que agregar como causa de la expansión rápida de su teatro, sus continuas y perpe-

tuas emigraciones y viajes a través de todas las numerosas cortes de Europa, en las que iban dejando el vivo recuerdo de su paso, la sugestión de sus personalidades y el brillante ejemplo de sus obras que los artistas locales trataron de imitar.

Cuando la escuela romana, ilustrada por los nombres de Rossi, Marazzoli, Abbatini, Carissimi, fué suplantada, alrededor de 1700, por la escuela veneciana, los Cavalli, los Cesti y los Legrenzi no heredaron el gusto musical romano por los grandes conjuntos polifónicos y su sentido profundo de la poesía y de la unidad del drama; pero llevaron a su perfección el arte del canto solo y del *aria* dramático, que iba a tener una influencia extraordinaria sobre el desenvolvimiento de toda la música teatral.

Fué Venecia, precisamente, el punto de intersección entre el arte de los pueblos del norte y el de los pueblos meridionales, entre el arte idealista germánico y el arte sensualista de Italia, entre los cuales el arte francés iba a colocarse como una manifestación ponderada de equilibrio y conciliación.

Desde el viejo maestro flamenco Adrián Willaert y sus discípulos inmediatos, Cipriano de Rore, Niccoló Vicentino, Francesco della Viola; desde Zarlino y el audaz innovador Gabrielli y el genial revelador Monteverdi, se continúa una tradición, y en la capilla ducal la serie de los *maestri* es completa como la serie de los dogos y la serie de los patriarcas. Las tentativas se sumaron; se realizaron experiencias nuevas en todo sentido, de tal manera que en el siglo XVIII Venecia, con su larga y gloriosa tradición, y con su capilla de San Marcos, y con sus cuatro conservatorios, y con sus siete teatros y con sus célebres canciones de gondoleros, es el verdadero país de la melodía. Venecia, que abrió a la ópera la primera sala de espectáculos, fué el hogar de la escuela de ópera que tuvo más importancia en la historia. Fué, con Nápoles, el mayor seminario europeo de música vocal, y vocal iba a ser casi toda la música teatral italiana. Venecia fué, con Tartini, la patria del instrumento italiano por excelencia, el que Rafael colocaba en las manos de su Apolo del Parnaso, y con el cual el divino Corelli tocaba como Apolo: fué la patria del violín.

Lotti nació en Venecia en 1655. Marcello en 1685. Galuppi en 1703. Bertoni en 1737. Furlanetto en 1738. Tartini, Vivaldi, maestro de Bach, Pescetti, fueron venecianos.

En Venecia, los mejores maestros extranjeros enseñaban en

los conservatorios: Domenico Scarlatti, el primer clavicordista de su tiempo; Pórpura, que aconsejó los principios de Haydn; Hasse vino a Venecia a estudiar y a inspirarse, y casó con una veneciana ilustre, la Faustina; Jomelli y Sacchini escribieron en Venecia sus mejores obras. Al borde de las aguas recogidas de Venecia, Haendel, Gluck, que había estudiado antes en Milán cuatro años bajo la dirección de Giovan-Battista Sanmartini, uno de los creadores de la sinfonía clásica, Piccinni y Paisiello vienen a escribir algunas de sus más tiernas óperas. En Venecia los maestros más ilustres dan las "primeras" de sus obras. Cimarosa muere en Venecia, y Mozart, el exquisito adolescente, festeja en ella el carnaval. "Todos los teatros del mundo y hasta los de Italia tienen músicos venecianos", escribe el viajero Lalande. Algarotti recogió en Venecia documentos para su "Ensayo sobre la Opera". Allí se inició Jean Jacques Rousseau en la música italiana. Metastasio editó allí sus libretos. Los melómanos llevaron de Venecia el más rico tesoro de partituras manuscritas. Niña aún là Banti, cantó por primera vez en los cafés venecianos. Y veneciana fué Faustina Bordini, la mujer de Hasse, idolatrada por la Europa entera, que retratara la Rosalba al pastel y cuyo retrato se hallaba en la galería de Dresde en medio de las obras maestras del arte italiano adquiridas a Sajonia por la munificencia del rey de Polonia Augusto III. (1)

En Venecia estudió Adolfo Hasse que tuvo una influencia decisiva sobre el genio de Mozart; Hasse, que al escuchar la primera obra de este divino genio exclamó: "Este niño nos eclipsará a todos"; el autor de "Don Juan" dió las primeras pruebas de su genialidad a los quince años, bajo el cielo luminoso y propicio de la feliz Italia, produciendo en menos de dos años cinco obras teatrales. A Italia fué Grétry para iniciarse en todos los secretos del arte divino al que iba a consagrar su vida... Y de Venecia, de Italia, Gluck partió para Viena y luego para París ya preocupado con su reforma teatral, cuyos principios habían nacido en su espíritu al contacto del genio italiano; de Venecia partió Haendel para Hamburgo y para Inglaterra a legarla su teatro y su oratorio; de Venecia Hasse fué a Dresde a crear la ópera nacional y luego a Londres a competir con Haendel; de Italia partieron Traetta, "el más trágico de los italianos", a San Petersburgo; Jom-

---

(1) Ph. Monnier — Vénise au XVIII siècle — Paris — 1911.

melli hacia Viena y Stuttgart; Piccinni a París, a oponer contra las tragedias de Gluck las creaciones del puro genio italiano; Pórpورا a Dresde, a Londres, a la corte de Carlos VI, de la que habían sido antes estrellas Antonio Caldara, Juan José Fux, Giuseppe Porsile y los hermanos Conti; Sarti a Copenhague; Sacchini a Londres, de cuyo público fué el ídolo durante algún tiempo; el elegiaco Paisiello hacia París y San Petersburgo, donde pasó ocho años consecutivos; Cimarosa hacia Viena, Varsovia, San Petersburgo; Cherubini a París, para dirigir el Conservatorio Nacional de Música; todos, y mil más, partieron de la península para expandir en el mundo entero las inspiraciones, los inimitables ejemplos y las fecundísimas enseñanzas del genio inmortal de Italia.

Sucedió así que la primera obra teatral con música que se representó en París fué "La Finta pazza", de Strozzi, dada, por indicación del cardenal Mazarino, con motivo de los esponsales de Luis XIV, en 1645. Más tarde, en 1647, se representó, con grandísimo éxito, "Orfeo e Euridice", de Rossi.

El entusiasmo que provocaron en todas las clases de la sociedad los modelos del nuevo arte inventado por los italianos, decidieron al rey a crear la Academia Nacional de Música, de la que fueron encargados el abate Perrin y el organista Cambert, autores de un drama musical "Pomone" que había obtenido algún éxito bueno.

Hacia este tiempo apareció en París el músico italiano Juan Bautista Lulli (1633-1687), que escribió y representó en la capital de Francia unas veintidós obras de diferentes géneros, que le conquistaron el renombre de gran creador del drama lírico francés. Lulli, como más tarde Gluck, no hizo más que reforzar los elementos de la obra concebida y creada por los italianos. Pero al ser transplantada a París la invención del genio italiano, debió sufrir necesariamente las influencias del nuevo medio, plegarse, transformarse, adaptarse a los gustos e inclinaciones de una sociedad que difería tan profundamente de la italiana.

Hablando de las famosas reyertas entre gluckistas y piccinnistas, Gustavo Desnoiresterres, dice <sup>(1)</sup>: "El italiano es más sincero y más justo que el francés por el solo hecho que es más

---

(1) *Gluck et Piccinni* (1774-1800) — París — Librairie Académique — 1875.

apasionado: no se divierte en discutir; se le conmueve y aplaude: mientras que nosotros damos mucho valor a las argucias, aguzando el espíritu con lo que no se lo merece". (1)

El pueblo francés es sobre todo inteligente y sus pasiones son inteligentes; es razonador espontáneamente, como el inglés es observador. Trata que en sus artes, como en todas las manifestaciones de su vida pública, predominen siempre las leyes de la razón común. Su genio racionalista, realista, lógico, enamorado del orden y de la claridad expresiva, carece de verdadera imaginación creadora, de sensibilidad profunda, y se complace particularmente con las obras que se dirigen a las facultades reflexivas y al entendimiento más que con aquellas que hablan a la sensibilidad y al corazón. Ello explica que el francés posea en grado eminente el instinto del drama, el sentimiento innato de la verdad, de lo natural, de lo lógico, que ha desarrollado con exceso. (2) La adaptación de la ópera italiana se redujo para los franceses al problema de introducir la música vocal e instrumental en la tragedia clásica, (3) de manera de complacer a los aficionados a los *ballets* (género en Francia constantemente en boga), sin menoscabo de los derechos del poema literario. "Convenía tener la balanza igual entre tres necesidades, dice Lionel de la Laurencie en su obra sobre *Le Gout Musical en France*, discreción de la traducción musical que no debe impedir la audición de los versos, admisión de bailes y *divertissements*, y justedad y nobleza de la expresión musical".

No podría definirse mejor la tragedia lírica francesa. Lulli se aproximó mucho a este ideal con la música monódica y silábica que escribió para las piezas trágicas de Quinault. El célebre armónista Rameau (1683-1764), Campra (1660-1744), y otros escribieron obras semejantes a las dejadas por Lulli, sin modificar absolutamente nada de la estructura general de sus piezas. Hacia 1752 Rameau era el monarca absoluto de los escenarios de París. Su ópera "Castor y Pollux" (1737) hábale colocado a la

(1) "Los italianos — escribe Nietzsche — quieren por intermedio de las artes reposar de sus pasiones verdaderas; los franceses buscan en el arte ocasiones de demostrar su juicio y lo convierten en una fuente de elocuencia, en pretexto para hacer discursos".

(2) "Nuestra nación tiene la cabeza dramática, pero carece de oído musical", ha dicho La Harpe, citado por Desnoiresterres, que agrega: "... y al menos en esto La Harpe tenía razón".

(3) En la tragedia de Corneille y de Racine.

cabeza de los compositores franceses, y su autoridad era tan absoluta como fué la de Lulli o la de Haendel en Londres. Pero en 1752 una compañía italiana, popularmente conocida con el nombre de *Les Buffons*, obtuvo autorización para ocupar el hall de la Opera de París, y dieron en él una temporada de graciosos *intermezzi*, que revelaron las mejores producciones del estilo vocal italiano. París, indeciso un momento, se dividió prontamente en dos partidos furiosos. Los viejos conservadores se reunieron alrededor del estandarte de Rameau y de lo que se llamaba el arte nacional; el partido revolucionario se puso de lado de los extranjeros; durante algunos meses la *Guerre des Buffons* apasionó a todos y hasta adquirió importancia política. Llovían panfletos sobre panfletos; se lanzaron infinidad de sátiras y se publicaron miles de libelos. Grimm en el *Petit Prophète de Böh-mischbrod*, amenazó al pueblo francés con su extinción si no se convertía de una vez a la música italiana; el *Coin du Roi* contestó con menos juicio pero con más acritud; Diderot, que abominaba a Rameau por los ataques de éste a la Enciclopedia, tuvo excelente oportunidad de vengarse; Rousseau, que acababa de producir su *Devin du Village*, se volvió a sí mismo la espalda con sublime inconsecuencia, y proclamó bien alto que la lengua francesa no se prestaba de ningún modo para el canto y que "música francesa" era una contradicción en los términos. Una escuela completa de ópera cómica surgió de esta controversia. Poetas como Marmontel, Favart y Sedaine se pusieron a escribir sobre los modelos italianos; Duni trajo de Parma su *Ninette à la Cour*, y la hizo seguir, en 1797, de *Le Peintre amoureux*: Monsigny dejó su *bureau* y Philidor sus cálculos y tablas de ajedrez para seguir las huellas de Pergolese; por último, en 1768, llegó Grétry de Roma, donde había pasado muchos años, y dió el golpe de gracia al viejo estilo francés de ópera con "El Cuadro Parlante" y sobre todo con su ópera "Zémira y Azor" que es su composición más célebre.

Así, pues, la victoria de la *Guerre des Buffons* estuvo de parte de los italianos.

Estas reyertas literarias provocadas alrededor de Rameau y los "Bufones italianos" constituyeron los antecedentes directos de la gran lucha entre los partidarios de Gluck y los de Piccini. Con excepción de algún filósofo, como Jean Jacques Rousseau, que fué convertido por Gluck a sus principios estéticos, los par-

tidarios de los Bufones sostuvieron el arte de Piccini, mientras que los defensores de Gluck fueron los que se tenían por clásicos y conservadores, admiradores del arte de Rameau.

Pero el verdadero creador del conjunto escénico que se distingue con el nombre de "Tragedia lírica" fué el músico alemán Cristóbal Willibaldo Gluck (1714-1787). Después de largos años pasados en Italia, Inglaterra y Austria, Gluck se estableció en París, en 1774. Había empezado su carrera, como todos los grandes artistas y creadores intelectuales, escribiendo sus obras sobre los modelos que más satisfacían el gusto público de su época; pero las reflexiones sugeridas por el fracaso de algunas de sus obras, el conocimiento de las óperas de Haendel, de Rameau y de Lulli, y sobre todo la influencia que ejercieron sobre su espíritu las ideas de su amigo Raniero Calzabigi, le decidieron a modificar por completo la concepción y el estilo de sus obras teatrales. La "nueva manera" de escribir de Gluck, su concepción de la tragedia lírica fué revelada en tres obras: "Orfeo y Euridice", (Viena, 1762), "Alceste" (Viena, 1767), y "Páris y Elena" (Viena, 1770).

¿En qué consistía la doctrina de Gluck? La ha definido claramente en el manifiesto-dedicatoria con que envió al Gran Duque de Toscana su partitura de "Alceste". Me parece útil reproducir aquí la teoría de Gluck con sus propias palabras:

"Cuando emprendí la tarea de poner en música la ópera de "Alceste", escribe Gluck, me propuse evitar todos los abusos que la vanidad mal entendida de los cantantes y la excesiva complacencia de los compositores <sup>(1)</sup> habían introducido en la

---

(1) Esa vanidad y esa complacencia alcanzaron extremos increíbles. En los siglos pasados el cantante hacía lo que quería con las obras, realizaba en ellas las transposiciones y substituciones más caprichosas.

Mil ejemplos podría citar de estos atentados de la arrogancia imbecil de los cantantes, alentados por el culto que el pueblo italiano les rendía, y de que fueron víctimas hasta los compositores más ilustres que estaban a merced de aquellos seres anormales e insolentes. Bastará citar dos o tres casos para ver a qué extremos llegaba la vanidad enfática de los cantantes. El más significativo es el siguiente por tratarse de una artista cuya celebridad ha llegado hasta nosotros en alas de la gloria.

Después del grandísimo éxito que obtuvo la partitura de Bellini *I Capuleti ed i Monteschi*, asunto dramático que había servido ya a los compositores Zingarelli, maestro de Bellini, y Vaccai, la obra fué acogida naturalmente por todos los teatros italianos y constituyó uno de los triunfos de la Malibran, intérprete entusiasta de las obras de Bellini. Sin embargo, esta cantante, juzgando por sí superior el último acto de Vaccai, lo

ópera italiana, y que, del más pomposo y bello de los espectáculos, habían hecho el más aburrido y el más ridículo; traté de reducir la música a su verdadera función, que es secundar la poesía para fortificar la expresión de los sentimientos y el interés de las situaciones, sin interrumpir el interés de la acción con superfluos

substituyó al de Bellini, provocando la indignación del músico y del poeta.

Y esto era común.

En un tiempo en que los artistas estaban lejos de ganar las pagas que se les dan hoy, cuenta Desnoiresterres en su interesantísima obra, Cafarelli, célebre soprano, había acumulado una enorme fortuna que le permitió la fantasía de comprar un ducado a su sobrino. Cuando le atacaban veleidades de modestia, su modestia no era como la de todo el mundo. Sobre la puerta de un palacio que se había hecho construir había grabado la siguiente inscripción: *Amphion Thebas, ego domum*. (Amfion edificó Tebas, yo construí esta casa).

Las mujeres ayudadas y sostenidas por los más grandes señores, eran de un orgullo pueril, inflexible y monstruoso. Grétry en sus "Memorias y Ensayos sobre la música", ha reproducido graciosamente una escena de todos los días, que presencié entre una actriz y el director de orquesta, durante un ensayo de su ópera "Céphale et Procris":

"La actriz, *sobre las tablas*. — ¿Qué quiere decir eso, señor? Me parece que vuestra orquesta se encuentra en plena rebelión.

El director, *con amabilidad* — Todos estamos aquí para servir al rey y lo servimos con celo.

La actriz — Lo mismo digo, pero vuestra orquesta me tapa y me impide cantar.

El Director — Sin embargo, señorita, vamos a compás.

La actriz — A compás! ¿qué quiere decir eso? Seguidme, y sepa usted, señor, que vuestra sinfonía es la muy humilde sirvienta de la actriz que recita y canta.

El Director — Cuando recitais, os sigo, señorita; pero estabais cantando un aire medido, bien medido.

La actriz — Basta de tonterías, y seguidme"...

Hasta las bailarinas y bailarines, hoy tan humillados y olvidados, eran antes de una arrogancia agresiva: Desnoiresterres cita casos divertidísimos, y cuenta las exigencias que tuvieron algunos con Gluck y Piccini. Las Memorias, Anales y Recuerdos del tiempo abundan en escenas edificantes como las siguientes relatadas por La Harpe en el tomo II de su *Correspondance littéraire*:

"El espíritu de disciplina de Devismes, nuevo director de la Opera, era resistido por todo el personal. Mlle. Guimard, bailarina, había roto sus vestidos, para que le dieran otros nuevos, y se negaba a prestar sus servicios profesionales. Devismes amenazaba con el Ministro: "¿El Ministro quiere que yo baile?, gritaba airada la Diosa Terpsícore; pues que tenga mucho cuidado porque yo le haré saltar!" Vestris, primer bailarín, no era más moderado, ni menos audaz. (Vestris hizo víctimas de sus caprichos a Gluck, a Piccini y otros compositores de aquel tiempo). Un día que había respondido con insolencia, Devismes le dijo: "Señor Vestris ¿sabe usted con quién habla? — ¿A quién hablo? Al locador de mi talento..." Esta salida es del género sublime: Vestris no empleaba otras jamás". Y etc., etc.

ornamentos; creí que la música debía agregar a la poesía lo que a un dibujo correcto y bien compuesto agrega la vivacidad de los colores y la composición feliz de las luces y de las sombras que animan las figuras sin alterar sus contornos.

“Me he cuidado, pues, de no interrumpir a un actor en el calor del diálogo para hacerle esperar un ritornello, o detenerle en medio de su discurso sobre una vocal favorable para desplegar en un largo pasaje la agilidad de su bella voz, o para esperar que la orquesta le diera tiempo de tomar aliento para sostener un calderón.

“Tampoco he creído deber pasar rápidamente sobre la segunda parte de un aire, cuando era la más apasionada y la más importante, para repetir regularmente cuatro veces las palabras del aire; ni concluir el aire donde el sentido no concluye, para brindar al cantante la facilidad de hacer ver que puede variar a su agrado y de muchas maneras un pasaje.

“En fin, he querido proscribir todos estos abusos contra los cuales, desde hace tanto tiempo, gritaban en vano el buen sentido y el buen gusto.

“He imaginado que la overtura debía prevenir a los espectadores sobre el carácter de la acción que iban a presenciar; que los instrumentos debían ser empleados en proporción del grado de interés y de las pasiones, y que había que evitar, sobre todo en el diálogo, una disparidad demasiado grande entre el aire y el recitativo, con objeto de no quebrar sin sentido el período e interrumpir sin motivo el movimiento y el calor de la escena.

“He creído, además, que la mayor parte de mi trabajo debía reducirse a buscar una hermosa simplicidad, y he evitado las dificultades que perjudican la claridad; no me ha preocupado el descubrimiento de ninguna novedad, a menos que no fuera naturalmente provocada por la situación y ligada a la expresión; en fin, no hay regla que no haya debido sacrificar en bien del efecto dramático.

“Tales son mis principios; felizmente el poema se prestaba a las mil maravillas a mis intenciones; el célebre autor de “Alcestes” ha concebido un nuevo plan del drama lírico, substituyendo las descripciones floridas, las comparaciones inútiles, las frías y sentenciosas moralidades, por pasiones fuertes, situaciones interesantes, por el lenguaje del corazón y un espectáculo siempre variado. El buen éxito ha justificado nuestras ideas, y la apro-

bación universal en una ciudad tan inteligente, me ha demostrado que la simplicidad y la verdad son los grandes principios de lo bello en todas las producciones del arte.” (1)

Esta concepción lógica, simple, de la ópera, se amoldaba admirablemente al instinto dramático de la nación francesa y al carácter de su lengua tan poco musical desde el punto de vista de la vocalización y del “virtuosismo”. Gluck, en sus obras llamadas “francesas”, trató de amoldarse a aquella concepción, escribiendo una música dominada por la verdad, la claridad y la precisión expresivas, desprovista de todas las fiorituras y ornamentos que abundan en las más célebres óperas italianas. Gluck quería que la música fuese traducción fiel y sincera de las pasiones, de las situaciones, del carácter de los personajes, en una palabra, de la acción dramática. Gluck afirmaba que su mayor cuidado — lo mismo que dirá un siglo después Ricardo Wágner — al ponerse a trabajar era olvidar por completo que era músico. Es divertido y curioso leer los refinamientos y sutilezas que prodigaba Gluck para explicar todas las intenciones y verdades dramáticas y expresivas de su música, lo que hizo decir a La Harpe, a propósito de la de “Alceste”, que era música en prosa, es decir, sin poesía alguna, ni invención, ni riqueza. . .

Tales eran los principios que guiaron a Gluck; pero ¿cuáles fueron sus méritos? Hasta muy cerca de sus cincuenta años de edad había escrito Gluck óperas italianas en el estilo de Jommelli, Traetta, Piccini; pero la nueva concepción que aplicó al escribir sus óperas llamadas francesas, era también una concepción italiana hasta cierto punto. El mismo Gluck ha reconocido la importancia que tuvieron sobre su espíritu las ideas de su amigo el poeta italiano Raniero Calzabigi.

Calzabigi, en una carta escrita desde Nápoles al *Mercure de France*, para reclamar la paternidad del libreto de las “Danaides”

---

(1) Una nota de Black, traductor de Burney, atribuye la redacción de esta epístola al abate Coltellini: “Este prefacio, dice, que es una obra maestra de gusto, de erudición y de razón musical, fué escrito por el Abate Coltellini, poeta distinguido que se hallaba entonces en Viena. El autor inglés que la atribuye a Gluck ignoraba seguramente esta circunstancia como lo había hecho en Francia el autor del *Mercure*, año 1779, que atribuyó este prefacio al compositor alemán, cuyas ideas y concepciones dramáticas habrán sido a lo más traducidas por el poeta-prologuista”. CH. BURNEY. *De l'état présent de la musique en Allemagne, dans les Pays Bas et les Provinces-Unies*, traduit de l'anglais par Ch. Black; citado por Desnoiresterres.

de Salieri, dice expresamente sobre su colaboración con Gluck, lo que se va a leer:

"... Al hablar de la música de las "Danaides", observa usted que se ha reconocido fácilmente en el espíritu general de la composición, la manera grande, poderosa, rápida y verdadera que caracteriza el sistema del creador de la música dramática (Gluck).

"He aquí lo que tengo que decir al respecto:

"No soy músico; pero he estudiado mucho la declamación. Se me reconoce talento para recitar muy bien los versos, particularmente los trágicos, y sobre todo los míos.

"He pensado, hace veinte años, que la única música conveniente a la poesía dramática, y sobre todo al diálogo y para los aires que nosotros italianos llamamos *d'azione*, era la que se aproximara más a la declamación natural, animada, enérgica; que la declamación no era más que una música imperfecta; que se podría notarla tal cual es, si hubiéramos hallado signos en suficiente cantidad para marcar los tonos, inflexiones, brillos, suavidades, los matices variados, por decir así, al infinito que la voz produce al declamar.

"Imaginé que en ello estaba todo el secreto para componer música excelente para un drama, pues, según mis ideas, la música, escrita sobre la poesía que se quiera, no es más que una declamación más sabia y más estudiada, y enriquecida además con la armonía de los acompañamientos; que cuanto más precisa, enérgica, apasionada, tocante y armoniosa fuera la poesía, más lo sería también la música que tratara de traducirla fielmente, según su verdadera declamación, y que vendría a ser la música verdadera de esta poesía, la música por excelencia.

"Meditando sobre estos principios creí descubrir la solución de este problema. ¿Por qué existen aires como *Se cerca, se dice*, de Pergolese, en la "Olympiada"; *Misero pargoletto*, de Leo, en el "Demophoon", y tantos otros a los cuales nada se puede modificar de su expresión musical sin caer en el ridículo, sin verse forzados a volver a la que estos maestros primitivamente les dieron? ¿Y por qué una infinidad de otros aires admiten variaciones, notadas ya por muchos compositores?

"La razón, a mi entender, es que Pergolese, Léo y otros, encontraron para esos aires la expresión poética, la declamación natural, de manera que se les estropea cambiándolos; y si hay

otros que son susceptibles de cambio, es que ninguno ha encontrado hasta aquí su verdadera música de declamación.

“Llegué a Viena en 1761 preocupado con estas ideas. Un año después, S. E. el conde Durazzo, entonces director de los espectáculos de la corte imperial, a quien había recitado mi “Orfeo”, me aconsejó adaptarlo para el teatro. Consentí a condición de que la música fuera escrita a mi fantasía. Me recomendó Gluck, quien, me dijo, se amoldaría a todo.

“Gluck no contaba entonces entre los grandes maestros. Hasse, Buranello, Jommelli, Perés y otros ocupaban los primeros puestos. Nadie conocía la música de declamación como yo la llamo; y a Gluck, que no pronunciaba bien nuestra lengua, le habría sido imposible declamar algunos versos de seguido”.

“Le hice lectura de mi “Orfeo” y le declamé muchos trozos repetidamente, indicándole los matices que ponía en mi declamación, las suspensiones, los retardos, la lentitud, la rapidez, los sonidos de voz ya cargados, ya debilitados, que yo hubiera querido emplear en la composición de una música apropiada. Le rogué al mismo tiempo que evitara *i passaggi, le cadenze, i ritornelli*, y todo lo que tiene de gótico, de bárbaro, de extravagante nuestra música. Gluck accedió a todo”.

“Pero la declamación se pierde en el aire y con frecuencia no se la vuelve a encontrar; sería necesario estar siempre igualmente animado y esta sensibilidad constante y uniforme no existe. Los rasgos más notables se escapan cuando el fuego y el entusiasmo se debilitan. Por eso se nota tanta diversidad en la declamación de diferentes actores en el mismo trozo trágico, en un mismo actor en días distintos, en escenas diversas. El mismo poeta recita un día bien sus versos y otro mal”.

“Busqué algunos signos para señalar al menos los rasgos más notables. Inventé algunos; los coloqué en las interlíneas en todo el manuscrito de “Orfeo”. Sobre este manuscrito acompañado de notas escritas en las partes en que los signos no eran de fácil inteligencia, Gluck compuso su música. Hice otro tanto para “Alceste”. Tan cierto es todo esto que habiendo estado indeciso el éxito de “Orfeo” en las primeras representaciones, Gluck me echó la culpa”.

Gluck no negó nunca estos hechos; por el contrario los corroboró plenamente; pero si el honor de su creación debe compartirlo con el poeta de Livorno, él puso de su parte lo más esencial, la

inspiración y la inventiva de su música, de una gran belleza patética. (1) Sus partituras tuvieron partidarios apasionados y enemigos acérrimos; se le reprochó todos los defectos que se iban a encontrar más tarde a Ricardo Wágner. Se le acusó de estropear las voces francesas y de sobreponer el drama a la música. Uno de sus más encarnizados enemigos, Marmontel, escribió un "Ensayo sobre las Revoluciones de la música en Francia" solo para atacarlo. Le reprochaba su falta de melodía, mientras Jean Jacques Rousseau, convertido a la nueva música, hallaba que el canto le salía por todos los poros; decía que su orquesta era demasiado rumorosa; (2) le negaba su carácter de innovador o de reformador, desde que su recitativo es el mismo que el que usan los músicos italianos. Entre éstos y Gluck la diferencia consiste en la brutalidad y en la exageración de la expresión; sus coros no son más dramáticos que los de Rameau; sus duos se esfuerzan en parecerse a los que se oyen en Roma y en Milán. El carácter distintivo de su música es el predominio de una armonía *escarpada y áspera*, es la modulación quebrada e incoherente de sus

(1) Gluck se estableció por primera vez en París, en 1773, para poner en escena su "Ifigenia en Aulide", que había compuesto sobre una adaptación de la tragedia de Racine.

"Esta "Ifigenia" es la más pura de las obras que Gluck haya compuesto. No menos apasionada que "Orfeo" y "Alceste", es mucho más noble y majestuosa que estas: su melodía es más pura y digna, ininterrumpido su interés dramático, los caracteres firmemente trazados aunque presentados con reticencia y moderación verdaderamente artísticas. Gustave Chouquet, en su artículo sobre Gluck del "Diccionario" de Grove, compendia su juicio sobre esta obra en una frase feliz cuando habla de su "calidad sofo-cleana": la dorada transparencia de su estilo, todo su trazo épico, su grandeza y proporción la hacen comparable con la "Antigone" y el "Edipo-Rey". En una palabra, es una obra verdaderamente clásica, de gran vitalidad e inspiración, dominada toda ella por una evidente aspiración hacia un elevado ideal". *The Oxford History of Music* — Vol. V.

(2) El mismo Marmontel le dedicó este gracioso epigrama:

Il arrive le jongleur de Bohême,  
 Il arrive précédé de son nom,  
 Sur les débris d'un superbe poëme, (a)  
 Il fit beugler Achille, Agamemnon,  
 Il fit hurler la reine Clytemnestree,  
 Il fit ronfler l'infatigable orchestre.  
*Du coin du roi* les antiques dormeurs  
 Se sont émus à ces longues clameurs,  
 Et le parterre éveillé d'un long somme  
 Dans un grand bruit crut voir l'art d'un grand homme.

(a) De la "Ifigenia" de Racine.

aires, los rasgos mutilados y disparatados que la componen, la negligencia, voluntaria o no, con que escoge sus motivos, que ha querido imponer con el tumulto de su orquesta y los pulmones de sus cantantes.

Marmontel tiene párrafos que parecen escritos por un crítico contemporáneo de Wágner contra el autor de "El Anillo del Nibelungo". Léase el siguiente, que contiene algunas apreciaciones, por demás curiosas, que revelan el gusto literario de la época:

"Hay que confesar que nadie jamás hizo zumbiar a las trompas, gruñir a las cuerdas y mugir a las voces como él. ¿Pero quién sabe si la melodía y la armonía italiana no tienen también en su simplicidad alguna fuerza, aunque con menos esfuerzo? Sobre todos los teatros de Europa se han experimentado los efectos de mil trozos patéticos, cuyo canto no era más que ruido; y aunque las impresiones del canto no fueran tan violentas como las del ruido y de los gritos, ¿los oídos y el alma de los franceses son tan poco sensibles que para ser conmovidos tienen necesidad de esas conmociones profundas? (1) Quien no quiere ser conmovido preferirá Shakespeare a Racine: así, por la misma razón que se da a la música de Gluck una preferencia exclusiva sobre la música italiana, se ha puesto al trágico inglés por encima de todos nuestros trágicos; pero esta nueva escuela del gusto no ha podido aclimatarse en el suelo de Francia. Haciendo, pues, al músico alemán un honor excesivo, y que debe halagarle infinitamente, considerándole como el Shakespeare de la música, me parece justo agregar que no se debe excluir, para favorecerle, de nuestros teatros los Racines de Italia."

Comparándolo a Shakespeare, Marmontel creía hacer un agravio a Gluck y los partidarios de éste, dice Desnoiresterres de quien tomo estas informaciones, fueron singularmente chocados de tal asimilación!

Marmontel en su "Ensayo" llegaba a esta conclusión, que dentro de ciertas reservas me parece justa, que la ópera francesa ofrecía un plan de espectáculo magnífico, en el cual nada había que cambiar, nada que agregar, pero al que le faltaba la música; mientras que si el plan de la ópera italiana es defectuoso, lo hace valer por la belleza de su música que sería perfecta si se la

(1) El mordaz La Harpe decía: "Los oídos de los italianos no son más que un simple cartílago; pero los franceses tienen los suyos forrados en marroquí" — *Correspondence littéraire*.

descargara un poco de la tiranía del *aire de bravura* del que han abusado los compositores de la península.

Los enemigos del alemán Gluck opusieron a sus tragedias las óperas de Piccinni, <sup>(1)</sup> y los gluckistas pudieron convencerse con muchos aires de las obras del fecundo compositor italiano, sobre todo con los de la ópera "Rolando", que el canto podía acordarse perfectamente con la escena y que los aires de corte tradicional podían igualmente tener gran relieve y verdad dramáticos.

Esta querrela de gluckistas y piccinnistas no fué una vana disputa retórica entre los literatos y filósofos que se agruparon alrededor de los dos grandes compositores, para oponer los méritos del uno a los defectos del otro. Agitó el fundamental e insolucionable problema que acaloraría a wagnerianos y antiwagnerianos y que había preocupado seriamente a los artistas de la *Cammerata fiorentina* que creó en 1600 la ópera clásica. Se trataba de determinar, no la superioridad de Gluck o de Piccinni, sino cuál debía triunfar de las dos tendencias extremas de la naturaleza humana, de las dos manifestaciones exclusivas del arte: el espiritualismo o el sensualismo, la verdad dramática y expresiva o las bellezas y ficciones de la fantasía y de la imaginación que sólo quieren satisfacer los sentidos del público.

En París, dada la índole y el carácter del pueblo francés, pareció triunfar el "sistema" de Gluck; a lo menos todo lo que

---

(1) "Niccolo Piccinni, conciudadano y contemporáneo de Traetta, nació en Bari, cerca de Nápoles, en 1728. A la edad de catorce años ingresó al Conservatorio de Sant'Onofrio, y estudió allí doce años bajo la dirección de Leo y Durante, y en 1754 debutó en uno de los más pequeños teatros de Nápoles. Halló el teatro cómico en posesión de Logroscino (1700-63) un escritor chispeante y versátil de farsas musicales que le conquistaron entre el público que le admiraba el título de *Il Dio dell'Opera Buffa*. De un sólo esfuerzo privó a su rival del favor popular de que gozaba, y se hizo una reputación que traspasó en seguida los límites de su provincia nativa. Fué en Roma, en 1760, que obtuvo el más grande y notable de sus triunfos. Su ópera "La Cecchina, ossia La Buona Figliuola" tomó la ciudad por asalto; se dió en todos los teatros, se cantó en todas las calles. fué el inagotable tema de la conversación callejera. En un año fué cantada en todas las capitales de Italia, y en una década se dió en casi todas las capitales de Europa. Este rápido e incalificable éxito no fué superado en toda la historia de la música durante el siglo XVIII. Las cualidades de la obra son, una trama divertida, abundancia de brillante y agradable melodía, mucho sentido del color, y una escritura orquestal de una riqueza y elaboración poco comunes... Estos antecedentes de "la Cecchina", las cualidades de su música, sus limitaciones no menos que sus méritos, ayudan a explicar el entusiasmo de la recepción que se hizo a su autor en París". — *The Oxford History of Music*, tomo V.

aspiraba a imitar a Gluck, y no a luchar contra él, como dice La Harpe, estaba seguro de contar con el favor del público. Ese sistema, que es el mismo de Wágner en sus proposiciones generales, atravesó la revolución francesa y dominó en el teatro lírico francés hasta 1826, fecha que marca en la historia de la música el triunfo radioso de Rossini.

Los sucesores e imitadores de Gluck, Sacchini, Salieri, Grétry, Méhul y sobre todo Spontini (1774-1851) — todos extranjeros con excepción de Méhul — fueron fieles a las leyes del viejo modelo, perfeccionado sucesivamente por Lulli, Rameau y Gluck. Desde Lulli hasta Meyerbeer, la gran ópera francesa fué enriqueciéndose en los números de conjunto, y adquiriendo mayor desenvolvimiento orquestal.

Lo que creo haber dejado plenamente establecido, es que la "escuela francesa", que en realidad no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo XVIII, es hija de la escuela italiana. Francia, como Alemania, recibió de Italia el germen de su música, las formas de su teatro lírico, a los que comunicó tan sólo las fecundas propiedades de su gusto y de su espíritu.

Igualmente el género de la ópera-cómica sufrió constantemente la influencia de la música italiana, desde la mitad del siglo XVIII casi hasta nuestros días. Monsigny, Philidor, el belga Grétry, encantadores músicos que perfeccionaron la comedia lírica, fueron felices y espirituales imitadores de Pergolese, Vinci, Léo y Piccini. El doctor Burney, en su "Historia de la música europea", había, ya en el siglo XVIII, señalado la derivación de la comedia lírica francesa de la ópera bufa creada por la escuela napolitana. Paisiello, Anfossi, Cimarosa y sus sucesores, tuvieron también una influencia directa sobre Dalayrac, Bertón, Boieldieu y Niccolo, compositores franceses que llenan el período de tiempo que va desde principios de la revolución francesa hasta el advenimiento de Rossini. Boieldieu, el más "francés" de todos, es precisamente el más impregnado de la gracia de Cimarosa. Su "Dama Blanca", verdadera joya del género, acusa también de modo evidente que la música del autor de "El Barbero de Sevilla" había llegado ya a los oídos de los compositores franceses. Pero los dos compositores cuyas obras revelan más sensiblemente la influencia de Rossini son Auber y Herold, los que los franceses consideran los más típicos representantes del espíritu nacional.

## VERSOS (1)

### Así.

Por qué he escuchado tu filosofía!  
Tú dijiste: Tus rosas son tempranas  
y la rosa es mejor cuando es tardía.

Así, escuchando tu filosofía,  
yo arrranqué mi rosal de mis ventanas,  
el buen rosal que en mi ventana ardía.

Hoy he visto, al pasar, rosas tempranas  
en tu balcón donde hasta ayer no había.

Ve lo que valen tus palabras vanas,  
ve en lo que para tu filosofía!

### Dísticos de amor.

*En el álbum de Teodora de Laferrère.*

Das amor lo mismo que el rosal da rosas,  
y así vas pasando las horas ociosas.

Amor que recuerdas y amor que adivinas...  
del amor viniste y al amor caminas.

Ya tu amor maldice, ya tu amor perdona;  
pero siempre es cierto que amor te alecciona.

---

(1) De *El Poema de Nenúfar*, libro próximo a aparecer, editado por NOSOTROS.

En vano te enojas con su tiranía.  
Primero el elixir el mago hallaría!..

No impedirá nunca ningún amuleto  
la voz misteriosa que te habla en secreto.

Y así mientras pasan las horas ociosas,  
das amor lo mismo que el rosal da rosas.

Pero estás seguro, amante gazmoño,  
si al fin cuando soplan los vientos de otoño,

el rosal no mueve las ramas tediosas,  
diciendo, diciendo: Para qué dí rosas?

#### Claro.

¿Quién culpará a tu amor trocado en sombras  
que en el ocaso vagan,  
ni a dónde está el artífice que inventa  
lámparas de virtud que no se apagan?

¿Qué culpa tendrás tú si se te seca  
una rosa en la mano,  
si en el reloj fatal giran las horas,  
si el sol se oculta en el alcor lejano,  
si cada golondrina al fin se va,  
si amor que se me dió no se da?...  
¿Qué culpa tendrás tú de lo que sufro  
porque así escrito está!..

ARTURO CAPDEVILA.

# LAS ALMAS

## CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Por EULOGIO R. DE LA FUENTE

(Continuación) \*

---

### La lógica de Nelia

Miecio Orowitz era un joven presbítero polaco, sonrosado, de ojos vivos y cándidos, muy inteligente, dado a las ocupaciones más infantiles, teólogo concienzudo, horticultor, músico, emigrado que componía versos a la patria desgarrada, amante de los grandiosos símbolos, bohemio de las jerarquías eclesiásticas, tan buen predicador como animoso comensal e infatigable coleccionista de insectos. Más por ideas racionalistas que por economía, mi padre había dejado vacante el puesto de capellán de Noormy al morir el padre Szemere, tan viejo que se le daba la comida en la cuchara. Mi madre, en sus últimos meses, deseando confortarse en la religión de sus mayores, pidió a sus hermanas de la Bukovina que le buscasen un sacerdote dispuesto a exceder en Noormy la edad del padre Szemere... La única víctima que se presentó fué Miecio, cuya persona me agradó desde el día en que llegué.

Yendo de mañana a los Laboratorios, una semana después de mi malhadado viaje a Tahor, hallé a nuestro capellán, en el camino de los frutales, montado en la horquilla de un manzano, provisto de una podadera y una brocha de alambre con la que barría semilleros de un pulgón oculto bajo capas de falsificada resina.

---

(\*) Ver los números 68, 69 y 70 de Nosotros.

— Buenos días — le saludé, mirándole con la extrañeza que causa un río seco o un clérigo sin sotana.

— Buenos días, señor barón, buenos días... Estaba de vigía esperando a su excelencia. Voy a dejarme caer, con todo respeto, porque tengo que hablarle.

— Suprima las ceremonias — le dije, ayudándole a incorporarse — y hábleme cuanto guste. ¿Por qué se encarniza usted de tal modo con las larvas?...

— Demasiado honor, señor barón, demasiado honor... ¡Son tan contadas las veces que veo a su excelencia! Pues bien: sin ceremonia... creo que... estoy aquí de más. ¡Con todo respeto! Estoy de más, haciendo el holgazán en esta noble casa.

— ¿Por qué lo cree usted, padre Miecio?

— Porque no hago nada ¡vaya!... nada.

— Pero puede hacer cuanto le convenga...

— ¡Cómo!... Señor barón, yo... sé decir algunas malas homilias, misa, sermones... puedo administrar los santos sacramentos y reconciliar las conciencias de los fieles en la bondad de Jesús... pero los fieles ¿en dónde hay? Con todo respeto, no hago nada. La molicie es pecaminosa; muy bien lo sabe su excelencia, que tanto trabaja en las cosas humanas.

— ¿Necesitaría, entonces, padre Miecio, tener a mano sin descanso las sobrepellices y el misal y los óleos, la casulla, el viril, la pila bautismal, y predicar a derecha e izquierda y bendecir y exorcisar...

— ¡No tanto, no tanto! — rió como un niño que se agacha al chubasco. — Su excelencia se ha subido al manzano ¡demonche! y ha hecho un epílogo mejor que mi prólogo...

— Voy a detallar, padre, lo que constituye su sacerdocio en Noormy. Usted resistirá evangélicamente el tedio, nos amará como amigo, nos bendecirá cuando no le veamos... Usted se habituará a transigir con las lobregueces del doctor Flamingt y con las excentricidades de Nelia. Y el día en que la decrepitud de esta casa esté también en el corazón de sus amos y usted lo adivine... saldrá a cazar mariposas y cantará en el parque una alegre diana, que así conoceremos que algo flota aquí del buen cielo.

— ¡Bendito Dios! ¡hondas palabras son esas! De manera que... ¿no seré un grandísimo holgazán? ¡Ay! ¡ay!... ¡ni el órgano!...

— Pediremos un armonium para su exclusivo uso, padre.

— ¡Para mi uso exclusivo!... Y la baronesa Vilma ¿no se

molestará con mis pésimas ejecuciones? ¡Por nada quisiera!  
¡Tantas condescendencias!

— Bien, bien. La brocha y la podadera están reclamándole... Pero, ¿por qué para salvar las manzanas, que aun no existen, ha de matar el pulgón, que está ya creado?

— Defiendo al más inofensivo, señor barón — volvió felizmente a reír. — ¿Me ataca su excelencia en puntos teológicos?

— No, padre Miecio. Mi amigo Maurus Aranios se enternece con esas distinciones, que nos guían hacia una humanidad superior; pero, a más, es cazador que no yerra un tiro. Una vez le vi descargar casi a un tiempo los dos cartuchos y cayeron dos piezas: eran una paloma y un milano... Maurus Aranios declaró que había matado primero al milano cruel que iba a apresar a la inofensiva paloma... pero mató en seguida a la paloma para su cazuela. Pienso, padre, que usted es aficionado a las inofensivas manzanas y que ellas no tendrán mejor fin que el pulgón. Y eso quiere decir que con un argumento o con otro matamos siempre.

— ¡Admirable! ¡Admirable! Cuando Moisés atravesó el desierto con su pueblo y reinaba el hambre, el Señor mandó una lluvia de perdices y no hubo más que comerlas... Pero, señor barón, lluvias así no caen sino en épocas muy extraordinarias... A mi manzano me vuelvo.

Me entretuve una hora en el primer piso de la torre, probando con sólidos y líquidos la posibilidad de contar con un aislador absoluto de la energía del imán, investigación infructuosa y muchas veces reanudada. Desanimado de descubrirlo, fuí a la sala de vivisección: el doctor Flamingt estaba allí. Abstraído intensamente, inclinada la espalda sobre la mesa de mármol, tenía puesta toda la atención en uno de mis perros, inmovilizado con cuerdas de algodón y que presentaba en un lado del abdomen la carne descubierta en un triángulo sin piel. Los ojos azorados y furibundos del animal decían que era operado en la plenitud de su conocimiento y de su dolor. Mis pasos no desviaron al sabio de su tarea concentrada, pues llegué hasta él sin que moviera la cabeza ni diese señales de notar mi presencia. Tenía en las manos una bobina para altas tensiones eléctricas y aplicaba en aquel momento el cordón distribuidor, estudiando la mirada del perro.

— Un minuto más y la gran catalepsia habrá sobrevenido — murmuraba. — Aguanta otro poco "Lot" y verás el mundo negro

durante media hora. Serás después un perro filósofo y sapiente. ¿Vas a enfurecerte? Calma, calma... volverás a tu perrera y mirarás con desprecio a los hombres...

— ¿Importuno, doctor Flamingt?

— ¡Ah!... ¿es usted? — pronunció largamente. — He invadido su dominio...

— Usted es el dueño y el maestro... ¿Es electricidad?

— Energía tensiva...

— ¿De dónde la trae?

— Nelia está arriba manipulando los interceptores... Me basta con tres y ha enviado ya tres electricidades de una batería; vaya a verlo.

— “Lot”, ¿caerá en estado cataléptico?

— Es posible... ¿Qué habría con ello? Comprobaba otros fenómenos que pueden importarle más. ¿No es usted quien afirma, como el egipcio Hermes, que cada hombre tiene una doble subjetividad? Pues bien: lo mismo hay en “Lot”, dos sujetos perrunos, de los cuales uno es casi idéntico al oscuro sujeto humano...

— ¡La individualidad! — dije, empezando a sudar de misteriosa alegría.

— No me atengo a nombres... Yo le llamaré el “yo” venoso. Es el sujeto del sueño y del placer genésico... es el “yo” del beso, de las fruiciones y de los amables impulsos. Voy a aplicar la corriente: mire usted los ojos de “Lot”... lamen la mano, se amodoran amorosamente; gruñe la caricia como la voz de una amante... ¿Y ahora?... Es perro guardián, está alerta, le reconoce y, sin embargo, amenaza hacia todas partes...

— ¡Es la personalidad!

— Le llamo el “yo” arterial.

— Sospechaba algo de eso, doctor Flamingt...

— Yo... lo demuestro, que es mejor. Está todo maravillosamente aprovechado en las máquinas de la animalidad... Las venas, que hacen una tubería magistral, son a la vez cuerdas de placer, de optimismo, de abandono en la dulzura de vivir: el placer se apila en los aparatos orgánicos de acumulación de esa sangre casi negra, claustral, de palpitations presentidoras, de bondadosas inclinaciones. Es el “yo” interior, cuyo contacto con el mundo exterior se orienta por la simpatía y se completa en la copulación, que no necesita la luz...

— ¡Es el Ser!

— En cuanto la sangre es bautismada por el ambiente de afuera, por el aire, se hace sangre arterial, nutre para la vida al exterior: las arterias son cuerdas de lucha y de sufrimiento, de vigilancia, de acaparación y de mortandad.

— Es la Misión en el mundo exterior... ¡Era cierto! — exclamé orgullosamente. — He ahí desdoblados el sujeto feliz de la Necesidad divina... y el sujeto desventurado de la Superfluidad...

— ¡Nada hay superfluo! — dijo el doctor Flamingt brevemente.

— Superfluo en la creación, no; superfluo para la individualidad, sí, hay. Si los impulsos de mi “yo” arterial me ordenan aplastar la araña que estoy mirando, me inducirán a cumplir una misión exterior completamente superflua para mi individualidad. Obra la personalidad, el sujeto al exterior...

— Sin duda, sin duda... Así, pues...

— Así, pues, — dije, temblando de proclamar este colosal enunciado, — la Individualidad crea en la Naturaleza y la Personalidad destruye...

— ¡Oh! ¡oh! — aprobó el doctor Flamingt a regañadientes... — Es mi teoría.

— ¡Es mía... fué mía! — afirmé, conociendo que se me desencajaba la cara.

Nos miramos biliosamente unos segundos. Me preguntó:

— ¿Qué es el hombre, según usted?

— Es el animal en quien se realiza y se equilibra lo superfluo.

— ¿Cómo? ¿cómo?... ¿Lo superfluo se equilibra en el individuo humano? ¡qué desatino!

— No he dicho eso, — repliqué, amoscado. — Los individuos realizan lo superfluo... y lo superfluo se equilibra en la especie humana. ¿No es evidente?

Se inclinó sobre “Lot” sin contestar. Me pareció que en la mesa de mármol había una granada con la mecha prendida. Al cabo de cinco minutos muy pesados, dije con la voz más suave que me encontré:

— La catalepsia de “Lot”... vale mucho más que mi definición... ¿Está usted actuando con la fuerza vital o sobre el principio de la vitalidad?

— ¡Fuerza vital!... — se burló, descargando la bobina a una parte y a otra en cortos hilos de luz violeta, oscilante y cantora.

— ¿Otro desatino?... — le pregunté riendo interiormente.

— Vaya usted con Nelia... con ella todavía, — me dijo con perfecta impasibilidad. — Yo perdería mucho tiempo. ¿Es de creer que usted, en tan avanzado período de sintetización, me distraiga con semejantes cuestiones?...

Traté de fortificarme contra la arremetida que venía.

— ¡Fuerza vital! ¡un principio vital! ¿es razonable?... ¿Se basamenta la vida en un elemento unilateral, en una energía única?... La vida es funcionalidad... ¡es funcionalidad!... y eso ya requiere tres categorías complejísimas de elementos, que son: Órgano, Fuerza e Impresionabilidad. Dígame usted: ¿no tiene cada órgano masa plasmal de distinta composición? ¿no reaccionan por energías diferentes? ¿no son baterías potenciales con fenómenos propios, con excitadores particulares, con sensaciones inconfundibles, con juegos especiales de acumuladores, aisladores, conductores y descargadores? ¿Y entonces?...

— No es posible negarlo.

— Haga usted, — siguió, irguiéndose más, — las aplicaciones que quiera de energías y obtendrá fatalmente de cada una las nutriciones o los trastornos de su voluntarioso ensayo. Si la fuerza germinativa se transborda de su acumulador enfermo, verá producirse la crisis de la gran histeria. Si los acumuladores de la fuerza dinámica perdiesen la pureza de sus elementos de aislación, la epilepsia se presentaría en el acto. ¿Qué lograríamos dando a un ahogado cargas de fuerza tensiva si el ahogado nada ha perdido de la suya? ¿Cómo sería posible alimentar la función encefálica con fuerza cardíaca? Hay ¡claro es que hay! derivaciones, fluencias que pasan al ambiente individual de la materia tensiva hasta grados tolerables...

— La catalepsia de "Lot"... ¿Qué es lo que caracteriza la fuerza tensiva?

— La frecuencia. La luz negra tiene la profundidad, la coloreada tiene la amplitud, la infra-roja tiene la frecuencia. Si referimos eso a las dimensiones, diremos que la materia tensiva es el volumen. Esa materialización, en estado elemental, llena el ambiente del universo, domina en los vacíos más perfectos que se intenten y sus siete categorías son conductoras de las que hay en la materia de radios negros y en la materia de ondas esféricas coloreadas. Si excedo la tolerancia de fuerzas negras de un ambiente interno animal, le fosilizo; si aumento las de la

escala coloreada, le abraso; si excedo las infra-rojas, le daré la tensión del acero.

—¿Qué es un explosivo?... —me aproveché, para sondar más.

— Una materialización de la cual son abstraídos instantáneamente los rayos negros... La materia se transmuta en energías libres y residuos. Lo que nosotros entendemos por efectos de la explosión, es el empuje de las ondas libres esferoidales y no el de otras. Volviendo a la tal energía o principio...

— He comprendido, doctor Flamingt. El principio vital se halla en el Todo, en la Materia Absoluta que es intrínsecamente energía y masa, la integridad de las fuerzas y de las materializaciones. Pero... ¿la forma? ¿la sensación?

— Nelia está arriba. Trabaje usted con ella; pueden ayudarse.

—“Lot”... ¿Cómo se descarga la catalepsia?

— Por la única materialización que crece en el ataúd emplomado. Trabaje con Nelia. Voy a coser a “Lot”...

Llegué en pocos instantes al departamento de generadores de electricidad, conquistado por la corriente de pensamiento establecida de continuo entre el padre y la hija, escrutadores de los mecanismos de la inmensidad, con mayor constancia que la que yo ponía en la aclaración de mis propias ambiciones. Era temperamento ya establecido entre Nelia y yo el de la disparidad. Nunca habíamos entablado una conversación que llegase a buen término. Nos dirigíamos, pues, uno a otro por líneas parabólicas y desusadas, con indiferencia completa. No viniendo a nada las fórmulas corteses, estaban radicalmente suprimidas. Recorrí dos veces la extensión desocupada de aquel depósito y entré en materia:

— Lucas me comunica que vendrá para fin de año... ¿Se ha olvidado de Hermæning?

— Es el compañero más divertido. ¿Por qué no vendrá antes? — dijo, suavizando un poco los tacs de algunos inmanipuladores.

— No puede o no quiere. Se disculpa con el Policlínico, donde dirige la sala de enfermedades nerviosas, de mujeres. A cambio del atraso, me promete estar con nosotros seis meses.

— Traerá sus valijas llenas de disparates. ¡Es tan poco juicioso!

— ¿Poco juicioso, Hermæning? Le tengo por uno de los hombres más serios del mundo.

— Será porque el mundo esté lleno de locos mucho más desagradables. ¿Cree usted que no me acuerdo de todas sus niñerías?

— Es que usted, Nelia... es la caja de las mil sorpresas, un arcano... con demasiado juicio.

— ¿A quién otro puede haberle oído que la Energía se está transformando a cada paso que hace, como un cómico que cambia de traje? Sólo al doctor Hermæning. Un día entró en frenesí. Viéndome reír, me dijo que no había estudiado doce años seguidos para ser un craso ignorante y que podía probarme, como dos y dos son cuatro, que la función engendra el órgano... ¡Qué divertido! Graciosa cara puso cuando le pedí que me explicara la caída de los dientes en plena función y por qué cayendo por segunda vez no sale nueva dentadura aunque se mastique cien años seguidos... Me gusta que venga.

Su voz tenía la armonía más variada de tonos, comparable a la armonía de colores fríos de una aurora boreal.

— Supongo que por usted viene, principalmente — le dije sin ambigüedades.

— ¿Por mí? ¡es divertido!...

— ¿Se casaría usted con Lucas? ¿Tengo o me confiere, Nelia, algún derecho a la franqueza?

— ¡Casarse! ¿para qué? ¿Qué es casarse? Su amigo solamente hace balsas... sabe correr y hace pitos con las cañas de las lagunas... ¡Casarse! ¿qué es?

— ¡Diablos! Usted me ha probado muy bien que las energías son estados simples de la Materia desintegrada y que, por consiguiente, no hay la transformación sino la subdivisión de la electricidad... Usted me ha demostrado que una pila eléctrica ordinaria encierra más de trescientas energías simples distintas... ¡y no sabe qué es eso de casarse! ¡No ha visto nada de ello en sus libros, en el parque, en su naturaleza!...

— Bien que lo sé por los libros; pero lo sé peor que todo. Lo sé en los demás; no lo comprendo en mí. Claramente me explico por qué llueve: no me explico por qué los demás se casan. Me gustaría saberlo, aunque nada sacaré de ello. ¿Quiere usted enseñármelo?

Alelado me habría quedado de oírlo, a no tener ya un concepto de las excentricidades de Nelia. Puesto que, ostensiblemente, ella carecía de un pudor, tal como el doctor Flamingt me lo había

dicho, no me turbé más de lo que hubiera podido turbarme delante de una bella estatua.

— ¿No ha amado nunca, a nadie? — le pregunté.

— No me acuerdo de haberlo sabido jamás.

— Bien, muy bien... Pasemos a otra cosa. ¿Sebe usted si hay aislador para la fuerza del imán?

— Y usted, Edgar ¿se casaría con Vilma?

— ¡Con mi hermana!... ¡Usted sí que es divertida!

— ¿Para qué desea el aislador?

— Para curarme.

— ¿Curarse de qué?

— Del alma. Deseo meterme en las grandes invenciones... Ando en busca del movimiento continuo.

— ¿No está inventado ya?... .

— ¡Cómo! ¿ya está? ¿Por quién? ¿en dónde?

— Para no ir lejos... en el movimiento de la Tierra.

— ¡Gran volante! — me eché a reír. — No es eso, Nelia. Quiero una máquina de movimiento espontáneo y continuo que pueda ser guardada en una valija de mano y no que esté en el baúl sin fondo ni tapa del espacio... Expondré mis puntos de vista.

— ¿Se relacionan con el amor?

— Usted lo descifrá, puesto que Lucas es tan poco juicioso y yo no me precio de aventajarle. Veamos: dos polos de imanes se atraen y dos se repelen; si montásemos series radiadas de aceros imantados en dos ejes de una sustancia aisladora, encerrándolos en una caja de absoluta aislación, resultaría que las puntas de imantación contraria se rechazarían sin cesar unas a otras estableciendo el movimiento de los ejes hasta que la imantación se perdiera del todo. No se perdería, porque la libertad de las energías gastadas en la repulsión mecánica no pasaría nunca de las paredes aisladoras de la caja; y no pudiendo escapar, las fuerzas volverían a ser continuamente capturadas por las puntas, confirmándose el evidente principio de conservación de la energía. ¿Se puede disponer de ese aislador?

— Primeramente ¿sabe usted qué es la fuerza de imantación? ¿Sabe usted en qué consiste la cualidad de una sustancia para aislar una energía?... .

— No, Nelia.

— Porque si usted — siguió, imperturbable — no fuese dirigido a su objeto por nociones ciertas, sólo la casualidad le ayudaría... .

y es probable que la casualidad no le ayudara en mil años. Pero, ¿de qué le curaría la invención por ese procedimiento de eventualidades, que le dejaría tan a oscuras como antes acerca de las leyes eternas?... ¿Por ventura la fama y el oro del descubrimiento enriquecen a esa sombra que usted me dice que tiene enferma? Oro, cosa fácil es hacerlo desde aquí. ¿Quiere convertir las invenciones en su pasatiempo? Le serían fatales y usted alteraría en sus fundamentos nuestro trabajo. Usted inventaría para la industria... mi padre investiga para su potencia. Llegue hasta la verdad, sin mancharla con el interés.

— Yo he hablado así hace un mes y usted, Nelia, se ha reído de mí, — le reproché.

— ¡Calle! ¡es exacto!... ¿O solamente a medias es cierto? Usted me decía que todos los aparatos imaginables no explicarían el para qué estamos en el mundo... Yo le contesté que es menester saber una cosa para saber dos. ¿Qué me preguntó hoy? No me acuerdo...

— Nada. Me convengo de que usted es...

— Concluya.

— Es una batería cargada de sabias máximas... Al azar se descargan. En usted hay el genio; pero no hay la lógica.

— Usted, yo, sus caballos, mi cotorra... tenemos lógica únicamente para quien nos hizo; él y nadie más nos conoce.

— Habla ahora su genio, Nelia... y esas verdades sencillas que salen de su batería pesan más que cien absurdos.

— Con sus alabanzas o sin ellas la misma soy y lo mismo sabré reír. Y usted anda siempre con sus retortijones, con problemas en los cuales yo no veo, es así, pero donde usted tampoco ve. Si a mí me falta lógica en su terreno, a usted no le sobra en el mío... ni en el suyo, que es peor. ¿Qué me había preguntado? La imantación... ¿el aislador?... Existe, necesariamente. Los orbes no tendrían gobierno sin esas cosas que rigen su formación y su marcha. Pero la fuerza del imán es el principio mecánico elemental de la Tierra y... usted tendrá que enviar un mensajero a otro globo para que le traiga el absoluto aislador... o tendrá usted que tomarlo de las radiaciones puras del Sol, puesto que allí está todo.

— ¿Cómo es eso, Nelia? ¿No hay en Mercurio o en Urano o en la Luna nuestra fuerza magnética?

— Obra en cada planeta una fuerza originaria y elemental

de su movimiento: es su principio mecánico actuante sobre el esqueleto de su masa. Cada mundo tiene esqueleto diferente y, aunque el movimiento sea siempre movimiento, las energías elementales que lo producen son también distintas. El esqueleto terrestre ha sido atomizado con los materiales del hierro... Si usted alcanzase a determinar la íntima naturaleza del hierro respecto de la naturaleza de los soles de que salió, en seguida sabría lo demás.

— ¡Adelante, Nelia, adelante!... — le rogué, casi levantado del suelo por la fijeza inexpresable de su mirada.

— Es tan claro... — dijo, yendo hasta el pizarrón de anotaciones que colgaba de la pared. — Tomo para el caso cualidades sencillas, las radiaciones visibles del Sol, las energías representadas por los siete colores del prisma, nada más... ¿estamos entendidos?

— Entendidos, Nelia, — le contesté con la humildad de un alumno hacia su profesor.

— Si descendiéramos en un lago profundo con el prisma y una cámara oscura especial, sucedería esto: a ochenta brazas de la superficie, en el espectro de la luz, faltaría un color, el rojo; a ciento sesenta, faltarían dos colores, el rojo y el anaranjado; a doscientas cuarenta brazas, faltaría también el amarillo... y por el orden espectral todos los colores irían desapareciendo al bajar, hasta no verse más que el violeta, a cuatrocientas cincuenta brazas, más o menos. Desde ahí, la luz negra, únicamente, profundiza. ¿Qué probaría eso? Probaría que las ondas coloreadas tienen todas diferente poder de penetración, pudiendo decirse que los rayos violeta profundizan tantas o cuantas veces más que los rojos.

— Ya lo sabía, Nelia.

Dibujó en el pizarrón dos esferas distantes y continuó:

— Sigo refiriéndome, nada más, a las radiaciones coloreadas o visibles y supongo que éstos son dos soles. Así como cada energía tiene su color y su profundidad, tiene igualmente una velocidad, una repercusión, un círculo de otras acciones que los reflejan, los refractan, los incorporan... Y he aquí algo de lo que resultaría: La radiación roja del sol A forma su aureola de polaridad a un millón de leguas, por ejemplo, zona a donde llega la aureola de polaridad violeta del sol B...

— Clarísimo, Nelia!... La línea de encuentro formaría la ór-

bitá del planeta más próximo al sol A, atomizándose originariamente las radiaciones roja y violeta, que constituirían su esqueleto polarizado... Un millón de leguas después se hallaría la zona de coincidencia de las aureolas anaranjada del sol A e índigo del sol B... Y cada globo constituido sería diferente, aunque, en la nomenclatura, acumularían radiaciones incorporadas por intercepción, del mismo índice... Y ahora... ¡Nelia!...

— ¡Qué!

— Si usted es un mundo constituido... que no obedece a las fuerzas mecánicas de la feminidad, sol A... ni a las de la virilidad, sol B... ¿qué hace en nuestro sistema? ¿cómo se mueve? ¿qué es usted? ¿quién la gobierna? ¿cómo se orienta? ¿de qué vive?...

— ¡Oh!... — dijo heladamente. — ¿Yo?... Vivo del Espíritu... Soy más que el sol A y el B, puesto que les conozco. ¿Quién me mueve?... ¡Nadie!

— Señor — dijo Martón asomando por la puerta. — Está un niño que no quiere retirarse sin ver a su excelencia.

— ¡Un niño! ¿Quién es, Martón?

— Por lo tanto — concluyó Nelia, soltando la tiza, — cada corporización posible tiene en los soles de donde emane sus imantaciones de atracción y de repulsión, que presiden el proceso de la materia desde el origen hasta otro nuevo origen. Pero, ¿qué hay de hecho en la apariencia de los movimientos de atracción y de repulsión...?

— ¿Qué hay, Nelia? — le pregunté, asombrado de su brillante lógica.

— Hay la ley de las universales polaridades; los rumbos iguales y equidistantes de las radiaciones de la misma clase y los rumbos contrarios en cuyos raudales las radiaciones complementarias se soldarán entre sí para las infinitas unidades atómicas y aun ultraatómicas. Si me refiero a dos agujas imantadas y mantengo la hipótesis anterior de las radiaciones de escala coloreada, digo: cada aguja aprisiona energías despolarizadas y complementarias, roja y violeta; tengo, pues, dos puntas con radiación roja que se repelen entre sí y dos puntas con radiación violeta que se repelen también; se atraen, en cambio, las puntas de radiaciones complementarias, rojo y violeta o violeta y rojo... De donde se deduce que es preciso que, por análisis espectral, halle usted la individualización de las energías de polaridad del imán...

Eso estaba por encima de mi esfuerzo.

— ¿Viene de Tahor? — pregunté al criado.

### Rosal silvestre

— Se niega a hablar, si no es con su excelencia. Le hemos dejado que espere en la sala de los espejos... Parece que viene con un encargo.

— ¿De Pecs?... .

— Señor, nada ha dicho.

— Ve y llévale a mi escritorio.

Salí trás de Martón, pensando en esquelas mortuorias y en invitaciones a un lecho u otro de la mal sufrida viudedad. Prefería a Lea. ¡Cómo sería su compensación!...

No bien abrí las dos ventanas que daban al parque, se presentó en el escritorio el niño, de unos seis años, vestido al uso de los campesinos ricos, bien desarrollado.

— ¿Qué te trae?

— Tengo que hablar con el barón Edgar.

— Ya puedes hacerlo, pues soy yo.

— Le traigo ésto — se acercó con el brazo estirado.

Era una bolsita, toscamente bordada con sedas.

— ¿Quién lo manda?

— Mi mamá.

Hice correr el cordón de la bolsita y metí los dedos. ¿Qué era aquéllo?... Extraje una cuantas hojas resecas, de olivo.

— ¿Nada más?..

— Mi mamá me está esperando.

Miré mejor al niño. Tenía ojos negros y grandes, era altivo, desenvuelto y serio.

— Tu mamá ¿se llama Alda?... .

— Sí, señor, Alda Huszar — respondió con apresuramiento, dejando salir el suspiro de su opresión; — mi papá, Felipe Huszar... yo, Edgar Huszar.

— ¡Edgar Huszar! — hice eco, conmovido, sobresaltadísimo... Conque ¡Edgar Huszar!

— Sí, señor; mi mamá, Alda Huszar; mi papá...

— Ya sé, ya sé.

No acertaba a ver en el fondo de esa sorpresa. Mi mirada debió

hacerse muy vidriosa y desconfiada, pues el niño se sintió zozobrar y dijo:

— ¡Me quiero ir a mi casa!...

Palabras aleteadoras que llegaron al pecho como piedras tiradas con honda...

— ¿Quieres darme tu mano de amigo? — le pregunté, asustado de que fuese a negármela.

— ¿Cuál es? — tardó un poco para resolverse.

— Esa — le señalé la derecha.

— Sí, señor.

El contacto con mi mano le hizo enrojecer y ponerse más serio.

— ¿Tienes miedo de estar aquí?

— Me dijo mamá que no tuviese miedo... ¡no tengo!

— Siéntate en esa silla... Te subiré. Somos amigos, Edgar... te llamas como yo... ¿por qué?

— Mi hermano se llama Wenzel y las dos niñas... ¡son chiquitas!... aun no saben jugar con el gato.

No eran sus ojos sino su voz lo que me tenía en suspenso. Mi ser, que parecía disperso en el aire y en la luz del día, se reconcentraba, volvía a soldarse... ¿podría dar crédito a eso?

— Aquí — ponderó el niño — hay un perro grande... ¿muerde a todos los que entran?... Yo tiré de la cadena antes de entrar... En mi casa no hay perro, pero tengo una cabra.

Toqué el botón del timbre eléctrico. ¿Cómo era que aquel niño me resultaba más grande que yo?

— ¿Verás antes de marcharte los pavo-reales y nuestros conejos? Hay un caballito pequeñito, que juega en el patio con el perro.

— Los cisnes... es lo que más me gusta — dijo, admirado. — Yo tengo un ganso blanco y Sandor tiene dos patos... Los cisnes son más señores que el ganso... ¡más!

— ¿Y reloj? ¿y anillos? ¿tienes?...

— Me comprarán. Pero tengo que ser mayor... Ahora sólo tengo mi bastón con bola de plata... ¡costó mucho dinero!

— ¿Hay bizcochos, Mikos? Tráenos algo semejante... ¡ah! y pídele a Martón un joyero de ópa!o que está en mi tocador... De manera, Edgar, que con tu gran bastón de bola de plata, serás el gobernador de todos los muchachos de Hascell...

— Gobernador no quiero ser.

— ¿Qué quieres, pues, ser? ¿general?

— Águila. Estas sillas tienen terciopelo de mi gorra... se pueden hacer muchas gorras.

— ¿Por qué águila?...

— ¡Chó, chó! a las águilas nadie les retuerce el pescuezo.

— ¡Hola! ¿quien anda por retorcerte el pescuezo? ¿Te peleas en la escuela?

— Poco me peleó ¡poco!... Ayer, mamá se lo dijo a papá, porque quería ir a pelearse... ¡A las águilas no se les retuerce el pescuezo!... Seré águila, yo.

Era bellissimo, expansivo y tenía la confianza en sí mismo como gracia nativa.

— Tu mamá ¿está satisfecha de ti?

— Me está esperando... — se desconsoló, bajándose de la silla.

— Está en el carrito esperando...

— Vamos, entonces, pronto. Le dirás...

— Sí, señor... ¿qué le digo?

— Que te traiga a Noormy muchas veces. Ahí vuelve Mikós. Comerás tu bizcocho en el carrito... Y esta cajita se la das a tu mamá. Vamos.

Fuí hasta el portón con él, ensortijando los dedos en su pelo largo y oscuro. No me atreví a más. ¡Conmovedora delicadeza de campesina! ¿Quién habría hallado un recurso más expresivo y menos apremiante para que conociese a mi hijo? ¿Dudaría de que lo era? Su presencia me agitaba, como una fausta noticia sin comprobación. ¡Ramilla de mis venas, embrión de mi juventud, alma para mi linaje!... Desde el portón le acompañé con los ojos. Era una promesa de hombre. Pero... ¡Edgar Huszar!... ¡odioso Huszar!

Muchas veces, en lo restante del día, hice ademán de ensortijar con pelo los dedos. Y al ir a dormir bien comprendí que mi alma había retoñado, pues me puse a escuchar, a la distancia de Hascell, una respiración ya dormida y rimada por hadas.

Aún no eran las ocho de la mañana siguiente cuando "Lais" dejaba a la espalda velozmente las últimas arboledas de Noormy, llevándose hacia la aldea. A las nueve llegué. Jeremías Bem, arrendatario de parte de nuestro olivar, me proporcionó algunos informes. Felipe Huszar había aparecido en Hascell unos doce años atrás; todos le tenían por honrado traficante; compraba en la comarca ganado vacuno que iba a vender a la Eslovenia y traía

asnos y muías, cobertores y lienzo doméstico. Su mujer le había aportado en dote la Granja de Chell y la casa. Tenían un buen pasar y no necesitaban de nadie. La casa estaba en el primer cruce, a la izquierda del charco...

“Lais” batió el suelo con tanto brío que no sería posible pasar inadvertido con ella en el pacífico lugar. El rodeo del charco fué cosa de instantes y al llegar al cruce dos mujeres estaban ya a la puerta de la vivienda de los Huszar.

— ¡Edgar! ¡Edgar!... — gritó hacia el interior de la casa una de ellas.

Se adelantó, se arrimó a “Lais” palmoteándole el cuello.

— No es Urím! — dijo temblorosamente, mirándome con la más sumisa lealtad. — ¡Siete años sin venir una vez!

— Sí, Alda. ¡Malas cosas han sucedido en ese tiempo!

— Muchas más que buenas! — me rectificó con alguna ansiedad, miedosa de que la hubiese aludido en su hijo.

Estreché su mano y me apeé. Al punto medí toda la indiscreción con que estaba conduciéndome dando tal notoriedad a mi visita, que sería comentada un año entero, sin duda, por los habitantes de Hascell, y volví a montar.

— Eres valiente como antes, Alda — le dije. — Veo que ningún odio me guardas... y yo he venido para dañarte más. Perdona, Alda. Necesitaba confirmar... ya sabes qué.

— Sí, es suyo, mi Edgar...

— ¿Estás sola?...

— No sé a dónde habrá ido... Pero usted puede bajarse y entrar...

— No, Alda. Está dicho todo... Edgar es tuyo y mío.

— ¡Oh! ¡sí! de los dos...

— ¿Por qué estás tan desmejorada? ¿Quién es la mujer que estaba contigo?

— Es una sobrina de Felipe.

— Bueno, Alda, hasta otra vez. Dile a Felipe que a él he venido a ver; le propongo la poda del parque a cambio de toda la leña.

— Es soberbio... No le diré una palabra.

— ¿Te maltrata?

— No; no es malo conmigo... ni con Edgar. ¿Usted no me desprecia?

— ¡Mujer! Yo soy quien hizo tu...

— Mi día... el único día. En cuanto pueda, llevaré el niño otra

vez. Yo no sé escribir... pero cuando Felipe vaya a Farman o más lejos, mandaré al castillo un regalo, una pareja de hurones y usted... ¿vendrá?

— Sí, vendré. Cada noche, besa por mí a nuestro hijo.

— Yo lo hacía — me miró con los ojos húmedos.

— Adiós, Alda. Te confío la mitad de mi porvenir...

— ¡Es mi vida!

Me tendió las manos y se las apreté contento del valor de su corazón. Piqué espuela y refrené a "Lais", bordeando al paso el charco. ¿Acaso una multitud obstruía el camino? ¿Eran verdaderas las voces que me gritaban que volviese? Llegué de esa suerte al paraje hondo, al arroyuelo donde "Urím" y el perro de Alda habían bebido a la vez, aniquilados por un mediodía de Africa... Mis recuerdos se densificaron. La misma loma se alzaba allí como un vientre de mujer acostada; y un olivo, nuestro olivo de sombra raquíca, continuaba en su paz de emblema, sin reconocer mi cabeza coronada afortunadamente bajo su copa. ¿Cuántas veces la semilla que se siembra se pierde? Allí no se había perdido. Una planta había crecido en el bosque de mis abortaciones, tan poco obra de mi voluntad y de mi inteligencia como el trigo. La Naturaleza había cobrado con una vida más sus dedaladas de almíbar; mi trabajo había sido ricamente pagado. Yo no pensara más en Alda... ¿Cómo habría de ser sino una mujer vegetativa, fornida, redonda y velluda, reluciente con las grasas de la bien provista despensa?... Y, en vez de eso ¡qué curso de refinaciones y de torturas había necesitado vencer para que mi hijo sobrenadase en el ambiente del pajar y los cobertizos! ¡cómo había encauzado las cualidades del niño por el amor y hacia la altura de las águilas!

Un tiro de escopeta me bumbé en los oídos. "Lais" se alzó de manos relinchando agudamente y echándome a tierra. Sufrí el golpe con el hombro derecho, golpe tan chirriante como fuera desprevenida la caída. El cerebro ¿había saltado de su caja? Tardé tiempo en arrodillarme ¿cuánto? El suelo estaba regado con sangre.

— ¡Ah! ¡ah! ¡Felipe Huszar!... — hablé en alta voz mirando el anca de "Lais", acribillada por los perdigones. — ¡A tu guisa me saludas! ¿No tienes otro tiro? ¿Has echado a correr al punto?... ¡Bienvenido tu furor! ¡A tiempo vienes para desentumecerme!...

“Lais” volvió a levantarse, al oírme reír. Enlacé la brida al brazo izquierdo y nos pusimos en marcha. Faltaba una legua: era mucho. Con mis contusiones fuí contando los pasos de la mansa bestia, tardos, de desgraciada gimnástica, resoplantes. Saqué la cuenta de los pasos que faltarían... ¿Iba midiéndolos con mi cuerpo? ¿Quedaría el castillo en el fin del mundo?... Me rodeé de imágenes remotas. Ideas tétricas me formaron un nimbo de alejamiento... Ya no existía, yo, el barón de Noormy. Otro gran paño de luto cubría nuestra casa. Los criados velaban mi cadáver en la capilla, decorada con crespones y con franjas y borlones de plata. Las luces eran miradas graves y resignadas de dioses destronados; las columnas eran catedráticos castigados a sobrellevar el peso sordo de las tejas. Ví desde mi féretro la oscuridad, cernida sobre nuestras torres. En la cámara de mi madre, Vilma casi desaparecía en la inmovilidad hundida de su postración. ¡Sola, sin objeto en el mundo, sin nadie!... Las lamentaciones de la servidumbre se quebraban antes de penetrar en aquel silencio. Los rezos del padre Miecio enmudecían en la antesala de aquel dolor abismado en la catástrofe de los Noormy...

¡Eso llegaría a ocurrir! ¿No estaba pasando ya Vilma por ese drama? ¿No la contundían los preliminares de una ejecución resuelta por los hados sobre nuestra raza? ¿No hacíamos entre todos los habitantes del caserón una imperceptible comunidad de sombras?... Vilma era quien llenaba allí la atmósfera, mirando y sonriendo desde tan lejos que no se podía saber si no lloraba también. ¿No tenía ya impreso entre los ojos el cuño de las sentencias firmes?... Sin embargo, trombas de fuego le salían en algunos momentos de las pupilas... ¿eran de un incendio? ¿eran las llamas de un valor invencible?...

¿Qué hora sería? ¿Se anublaba el cielo? ¿Qué proyectos tenía que concluir en esa mañana?... ¡Había trabajado! ¡Tenía un nombre en la Literatura y en la Ciencia! ¡sería un inventor!... Pero Vilma ¿no miraba casi con el mismo despego mis papeles que mis experimentos? ¿No era ella quien se echaba sobre mis propósitos fluctuativos como un gran témpano sobre un “buque fantasma”? ¡Ah!... ¿Me sepultaban?

Un terrible caos se produjo. Mil lápidas negras se reemplazaron. Quise beber una montaña. Me agarré a humo... El pensamiento se hizo betún, nada.

(Continuará).

## CARTA ABIERTA AL SEÑOR I \* \* \*

Mitre, López, Groussac, y tras estos dioses mayores... toda la pléyade de nuestros diletantes en historia.

(*La Representación de los Hacendados*, etc., pág. 150).

En la *Revista de Filosofía*, año primero, número segundo, aparece entre las notas bibliográficas, una que usted diera sobre un trabajo que yo publicara, titulado: *La Representación de los hacendados, de Mariano Moreno. Su ninguna influencia en la vida económica del país, y en los sucesos de Mayo de 1810.*

Pocas veces me veré en la obligación de apuntar observaciones sobre juicios tan amables como el que usted ha tenido la fineza de manifestar. Pero me veo obligado a ello, porque, tras la aparente mundanidad de sus cumplidos, salta, al poco andar, un travieso doble sentido, que usted salpimenta con aguda intención irónica.

“La conclusión es evidente. Lo era, también, antes de que el autor escribiera este trabajo... Nuestros historiadores y sociólogos, de alguna autoridad, no han afirmado nunca que la Representación tuviera “influencia” como causa de la revolución o sobre la vida económica del país; dicen, todos, que ella es de gran valor documentario para apreciar las ideas económicas que se agitaban en la colonia en vísperas de la emancipación, cosa que no niega el autor. Su... trabajo, antes que a rectificar lo que ninguno admitía, viene a confirmar la opinión de los competentes”.

Y he aquí, que de buenas a primeras, resulta el trabajo que usted antes elogiara, falto de novedad; y el trabajador exento de honradez intelectual; dado que las conclusiones avanzadas por

él, eran ya conocidas por los "competentes" (?), y las referencias de autores citados, inexistentes, cuando no tergiversadas.

Pudiera excusármeme lo primero, pero es grave falta lo segundo; y si contra aquella imputación no me queda otro recurso que libramme a la apreciación serena del lector despreocupado, en cambio, contra esta otra, no me resta más camino que tachar de ligero un juzgamiento a todas luces precipitado.

Fácil es, en presencia de la producción ajena, darse aire doctoral, y encubrir la propia ignorancia, con la fatuidad de un "ya lo sabíamos, nosotros, los competentes!"... pero es difícil probar tal conocimiento por la mera y enfática exclamación de una sabiduría que se presume, pero que hasta ese momento no se ha manifestado de otra manera. ¿Quién no profetiza luego de haberse producido los hechos, o acaecido los sucesos?

Dejemos de lado otras observaciones que semejante vulgar contratiempo puede sugerirnos. Reflexionemos, sin embargo, cuidadosamente, sobre aquella otra imputación que mi amable e irónico vocero, se ha permitido: resguardando tras la inocencia de una sorpresa ingenua, el aguijón de un reproche amargo.

Semejante dictamen, cuando se disfraza, y rehuye la prueba, solamente resulta ser lindeza imaginativa. Y nada más.

Ahondando el examen, casi llegaría a creer que, o el señor I\*\*\* no ha leído los autores a que se refiere, y que menciono en el transcurso de mi opúsculo, o que, simplemente, no ha leído el trabajo que se permite juzgar.

Para evitar mayores digresiones me remito, pura y simplemente, a los textos que me han permitido formular la apreciación siguiente:

"La fuente histórica de donde ha surgido la interpretación individual de los hechos, son los relatos de Manuel Moreno en la *Vida y memorias* y en la *Colección de arengas y discursos*. Según la teoría allí establecida, tendríamos que la *Representación* habría producido el decreto, y que los efectos de éste habrían sido extraordinarios, sea bajo el punto de vista fiscal, como desde el económico social. Estos efectos, según otros, habrían sido los pródromos de los sucesos de Mayo de 1810". (*La Representación de los Hacendados*, etc., pág. 150).

Y en nota aparte me refiero a Mitre, López y Groussac, los dioses mayores de nuestra historia, seguidos por la pléyade de los diletantes.

Cotéjese con cuidado, y anótese de qué lado está la mala fe, frente a estos otros textos, que transcribo:

“Sólo un escrito de esta clase podía haber arrancado del gobierno de una colonia un permiso que las Leyes del País repugnaban; de un País que a más de las generales prohibiciones, era oprimido acaso más que otro alguno de la América del Sur por la triste codicia de los Españoles Europeos que lo habitan”. — (MANUEL MORENO, *Vida y Memorias*, etc., pág. 116).

“Los efectos beneficiosos de la variación, empezaron a sentirse muy pronto; y los que habían anunciado ma'es al Estado, quando sólo temían los suyos propios, quedaron confundidos. La tesorería de Buenos Aires necesitaba para sus gastos mensuales en el año de 1809, la cantidad de doscientos cincuenta mil pesos; esto es, tenía que pagar tres millones de pesos al año. De esta suma no podía reunir en el estado exhausto en que se hallaba sino apenas cien mil pesos al mes, o un millón doscientos mil pesos al año: abierto el Comercio, no sólo ha pagado sus deudas, sino que ha quedado a su favor un residuo de doscientos mil pesos en cada mes; y por consiguiente resulta que sus valores han ascendido a cinco millones cuatrocientos mil pesos; y que el Comercio libre ha producido el provecho de 4.200.000 pesos a los tesoros públicos”. (*Vida y Memorias*, pág. 125).

“Poco después se presentó la controversia sobre si debía continuar el sistema de exclusión y monopolio comercial de la Metrópoli, y seguir el país sacrificándose a la avaricia estéril, y nunca satisfecha de los negociantes de Cádiz: cuestión gravísima, cuya solución abrazaba todo el plan administrativo y político de las colonias españolas”. (*Colección de Arengas*, etc., pág. XCIX).

Mitre dice en su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*:

“La influencia de este notable escrito fué decisiva, y sus doctrinas no tardaron en convertirse en hechos, declarándose por el Virrey el comercio franco con los ingleses, en contravención de las instrucciones que tenía. Los resultados de la reforma correspondieron a las previsiones de sus sostenedores, y confundieron a

los que habían vaticinado la ruina del Virreinato si ella era llevada a cabo. Abierto el comercio, no sólo se sufragaron los gastos y se abonaron las deudas atrasadas, sino que quedó en caja un remanente de doscientos mil pesos mensuales, produciendo, por consecuencia la renta al cabo del año, un total de cinco millones cuatrocientos mil pesos fuertes, o sea un aumento de cuatro millones doscientos mil pesos sobre el monto de la renta ordinaria, hecho sin ejemplo en los fastos económicos del Río de la Plata. Las mercaderías ultramarinas abundaron en el mercado a bajo precio; los cueros, depreciados hasta entonces, tomaron un gran valor, llegando a exportarse cerca de un millón y medio de ellos, cuando en los tiempos de su mayor prosperidad la España había conseguido exportar poco más de la mitad de ese número. El bienestar se difundió en todas las clases de la sociedad, las buenas ideas económicas se acreditaron, los nativos pudieron apreciar la extensión de sus recursos, y todos se convencieron de que el único obstáculo que hasta entonces se había opuesto a la consecución de tan grandes bienes, había sido la dominación tiránica de la España, y el sistema de restricciones inmorales impuestos a sus colonias. Esta revolución económica, en que la colonia se emancipó comercialmente de la madre España, fué el primer paso atrevido dado en el sentido de la independencia. Así fué como triunfaron y se convirtieron en realidades las ideas adelantadas iniciadas por Belgrano diez y seis años antes, y sostenidas constantemente por él con tanta inteligencia como perseverancia". — (BARTOLOMÉ MITRE. — *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, cuarta edición, 1887, tomo I.º, págs. 291 al 292).

López, en su *Historia de la República Argentina*:

"Era ésta una causa que debía adquirir una grande solemnidad y una importancia vital desde el primer momento. La vida y los intereses comerciales estaban estancados. Una inmensa cantidad de cueros y de otros productos rurales estaba acopiada y sin valor desde 1804 en que había comenzado la guerra con los ingleses. Las mercaderías extranjeras, por las mismas causas, no habían podido entrar al país con regularidad. Pero los capitalistas del monopolio, Alzaga, Villanueva, Rezabal y los demás del gremio hacían con esta estagnación pingües ganancias por medio del contrabando, cuyos hilos y caminos tenían ocupados en el río y a través del territorio oriental. Nada les era, pues, menos agrada-

ble que el perder esta posesión absoluta del surtido, cuando de ese modo recibían sólo lo que querían, imponían los precios que se les antojaba, pagaban a la tasa que ellos mismos señalaban, y compraban los frutos de retorno por poco más que nada.

“El doctor don Mariano Moreno, que lo sabía y que conocía el poder y el influjo de estos magnates de la finanza colonial, tomó la defensa de los hacendados, o mejor dicho — tomó la Defensa de su País, sin desconocer que entraba en una lucha apasionada de intereses que había de convertirse en enemistad personal y en odios de muerte. Y así fué: los monopolistas que habían sido antes clientes y amigos suyos: que habían querido diputarlo a España para que los defendiese contra Liniers en la causa del 1.º de Enero, se alejaron de él con el acerbo tono de rencor y de despecho; y él, a su vez, llevado cada día más lejos por el entusiasmo de su causa, por el amor de las ideas que defendía, por el cariño que dedicaba a sus protegidos, y por el amor propio de su posición, comenzó poco a poco a comprometer sus terribles pasiones en la contienda. De abogado se convirtió en parte; de parte en tribuno, y de tribuno en entidad política y militante.

“Levantado así por todos estos estímulos, derramó una elocuencia torrentosa y atrevida en la discusión de un asunto que, aunque administrativo, inflamaba los ánimos por los intereses que promovía. Día y noche leía a Adam Smith, a Quesnay, a Tomás Payne, los memoriales de Colbert, los libros españoles y liberales de su tiempo, la Balanza comercial de Snüter, a Condillac sobre todo (Del Gobierno y del Comercio), preconizado hoy por Mac Cleod como superior a todos los modernos. Y de todos esos materiales, fundidos en la fragua de su inteligencia tan clara como expositora, tan ardiente como explosiva, salió esa famosa Representación de los Hacendados de las Campañas del Río de la Plata, que estalló como un estruendo, y que fué un golpe de luz eléctrica en medio de los grandes y vivaces intereses que de tiempo atrás venían conmoviendo la opinión pública.

.....  
“Cuando las revoluciones económicas se levantan como una necesidad suprema en los Estados o en las Colonias, puede decirse que se cierne ya en la atmósfera social la revolución política que debe regenerarlas. La Representación de los Hacendados de las Campañas del Río de la Plata fué la que caracterizó entre nosotros el síntoma crítico de esta grande evolución; y de ahí la im-

portancia que le dieron los solemnes momentos en que apareció!" (VICENTE F. LÓPEZ. — *Historia de la República Argentina, su Origen, su Revolución y su desarrollo político hasta 1852*. Tomo 2.º, Buenos Aires, 1883, págs. 431-435).

Groussac, en su *Santiago Liniers*:

"No hay viento propicio para la nave rodeada de escollos. En tal situación se hallaba el gobierno colonial, que todo impulso nuevo, siquiera fuese en sí mismo benéfico y plausible, conspiraba también al desenlace fatal. Si hubo providencia digna de encomio, fué sin duda la que las críticas circunstancias del Tesoro, tanto como la elocuencia de Mariano Moreno, arrancaron a la incuria de Cisneros, respecto del comercio libre. Pero llegaba tarde para salvar un régimen condenado, y sus excelentes efectos inmediatos sólo sirvieron para poner en realce el espíritu de ignorancia y rutina que a sus adversarios todavía animaba, a fuer de adalides del puro sistema prohibitivo. (2) La angustiada situación económica a que las trabas fiscales tenían condenadas estas provincias, había llegado ya al extremo límite de lo tolerable con la invasión de la metrópoli: vale decir, con la interrupción casi absoluta de toda actividad fabril y de todo tráfico comercial, a lo que se agregaban las exacciones patrióticas para el socorro de la madre patria y los gastos extraordinarios acarreados por la propia defensa. Bajo el peso agobiador de tales circunstancias, parecerá increíble que los monopolistas gaditanos persistiesen estúpidamente en su política de "perro del hortelano", y, con el agua a la garganta, protestasen con furioso ademán contra los salvavidas coloniales. La imperiosa necesidad, felizmente, si no abrió los ojos de Cisneros, empujó su mano para que firmara maquinalmente el decreto libertador. Los hacendados que confiaran la defensa de sus derechos, sólo atendían a sus intereses privados; pero, sobre el abogado se alzó el tribuno; la causa de un gremio vino a ser la de un pueblo, y la memorable *Representación* del 30 de Septiembre señaló a la par el advenimiento de la ley nueva y del genio encargado de promulgarla. No tengo que insistir en el extraordinario mérito de aquel escrito, que en otras páginas tengo señalado; ni tampoco en la reacción benéfica que el triunfo de la doctrina produjo. Aquello fué la ventana bruscamente abierta en un recinto cerrado: los pulmones dilatados absorbieron con avidez el aire y la luz reparadores. La salida

de los frutos del país y la entrada correlativa de los productos ingleses duplicaron en los primeros meses el tráfico de las aduanas: llenáronse las cajas reales y por vez primera la riqueza del fisco no fué el rescate de la miseria indiana, sino el reflujó de la pública prosperidad. (1) Empero, el primer paso dado impelía irresistiblemente a dar el segundo. No sólo era ya evidente que los pulmones hechos al aire puro no soportarían en adelante el ambiente confinado, sino que los anudados miembros anhelarían ahora el libre movimiento y el espacio: después de la ventana voluntariamente abierta iba a tratarse de echar abajo la puerta que no se quería abrir. Desde fines de 1909, la revolución estaba en marcha". — (GROSSAC. — *Santiago Liniers, Anales de la Biblioteca*. Tomo 3, págs. 177 y siguientes).

¿Hay base para su inculpación, señor I\*\*\*?

---

No es de extrañar que la ligereza acompañe al veredicto que sobre la producción ajena se pronuncia; cuando, a pesar de todo, ella acompaña, también, a la labor que, aparentando severidad de método, no pasa sin embargo de ser una distracción más o menos pretensiosa.

Como ejemplo, puedo aducir el caso del articulista, autor de una disertación, titulada: "Las direcciones filosóficas de la cultura argentina". (1)

Ha creído, de buena fe, que hacer historia era reproducir carátulas de libros, y extractar catálogos de librería. Como puede suponerse, así resultan las cosas al poco andar...

Entre las numerosas observaciones que podrían hacerse, elijo la que a mi parecer mejor evidencia la sagacidad del autor. En ambas ediciones, dice textualmente: "*A poco se introdujo la enseñanza del derecho (1701) y más tarde una real cédula le concedió la facultad de conferir grados en derecho civil (1795); por ese tiempo enseñó en Córdoba, fray Ciriaco Morelli, cuya obra "Elementos de derecho natural y de gentes", de efectiva importancia en cuanto se refiere al derecho hispanoindígena, fué publi-*

---

(1) *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año XI, tomos XXVI y XXVII, números 109 y 110. Luego se reeditó con el título: "El contenido filosófico de la cultura argentina", por José Ingenieros, en la *Revista de Filosofía*, año I, número 1, Enero de 1915, págs. 73 y siguientes.

*cada en Venecia (1791) y recientemente vertida al español por iniciativa de la Universidad de La Plata*". (1)

La enseñanza del derecho, a que se refiere, debe ser, por supuesto, la enseñanza de las Institutas de Justiniano. Se estableció cátedra de ésta, y no de derecho natural, como parece dejarlo entender la ambigua redacción de la frase. El catedrático debía explicar las instituciones de Justiniano, valiéndose del comentario de Arnaldo Vinnio, (2) "advirtiendo de paso las concordancias o discordancias que tuviese con el derecho real". (3)

Probablemente el texto que se usara, pudo haber sido el que Bernardo Joaquín Dánvila editara en 1779, concordando las institutas de Vinnio con el derecho real de España. (4)

El profesor de esta materia, en la Universidad de Córdoba, fué el doctor Victoriano Rodríguez, no habiéndose creado ninguna otra cátedra de derecho, entre 1791 y 1795. Queda, pues, destruído el aserto implícito, que está contenido en la sentencia "... por ese tiempo enseñó en Córdoba fray Cipriaco Morelli..." Derecho, por lo menos, no ha enseñado.

El articulista se ha valido para llegar a semejante conclusión, de la leyenda que trae la carátula de la reimpresión de los *Elementos*, etc., ordenada por la Universidad de La Plata, e incluida, en su versión castellana, como tomo III de la *Biblioteca Centenaria*. Dice: "... por el presbítero Ciriaco Morelli, profesor en la Universidad de Córdoba en Tucumán". En la misma obra se da como nota, al pie de la página 5, el siguiente dato: "Ciriaco Morelli, Rudimenta Juris Naturae et Gentium, Venettiis, MDCCXCI". La lógica simplista de nuestro autor ha atribuído, por un rápido movimiento del espíritu, una trabazón íntima, a hechos tan distintos como la impresión en Venecia en el año de 1791, la creación de la cátedra de Instituta en la Universidad de Córdoba en 1791, y la leyenda de la carátula de la obra, que hace de Morelli un profesor en la misma Universidad. Dato común, era solamente la fecha; y sobre ella se basó para conglomerar todos estos elementos.

(1) Pág. 260, del número 109, *Rev. de la Universidad de Buenos Aires*; pág. 78, *Rev. de Filosofía*.

(2) Jurisconsulto de la escuela holandesa. (1585-1657).

(3) *Anales de la Universidad de Córdoba*. II.º período. 1778-1705. Página 34.

(4) *Laserna y Montalban: Derecho Civil y Penal*. Tomo I, pág. 225, edición 1865.

Sin otros documentos, debió guardarse de inferir precipitadamente, conjeturas fáciles. Los impresos no son suficiente prueba para hacer de Morelli un profesor en Córdoba durante esa época; y mucho menos podían servir para convertirlo de "presbítero" en "fray".

Donde el asunto comienza a ser risueño es cuando tratamos de saber quién era Ciriaco Morelli. Este nombre fué un seudónimo que usara Domingo Muriel, último provincial jesuita en el Río de la Plata. Para que no lo dudemos, acudamos a Dobritzoffer: "*Cyriacus Morelli (vero nomine Dominicus Muriel Hispanus, meus quondam in Paraguaría socius)...*" (1)

Para mayor abundamiento, el seudónimo es noticiado por Backer, en su *Bibliothèque des écrivains de la compagnie de Jésus*; (2) y por Sabin, en su *Dictionary of books relating to America*. (3)

Cuando se produjo la expulsión de los jesuitas, de los dominios españoles, la orden sorprendió a Muriel en España. Como todo el mundo sabe, tal orden de expulsión se dió en el año de 1767. Ciriaco Morelli, o sea Domingo Muriel, ya no solamente no pudo enseñar derecho durante el período 1791 a 1795, sino que no estaba en condiciones para enseñar ninguna otra asignatura en la Universidad de Córdoba. Máxime, si consideramos que durante esa época residió en Italia, habiendo fallecido, al decir de Backer, el 23 de Enero de 1795, en Faenza.

De su estada en dicho país tenemos noticias seguras. El abate Nuix, autor de unas "Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, etc." dice: "... otra ventaja he conseguido en Italia... y es haber tenido la ocasión y el honor de conversar con más de cien sujetos discretísimos, que han pasado no pocos años en aquellas regiones... Entre aquéllos he seguido con bastante frecuencia como a una de mis guías más iluminadas al abate don Domingo Muriel, sujeto bien conocido en

(1) *Historia de Abiponibus*, etc. Tomo I, pág. 44. (Museo Mitre).

(2) 6.<sup>ma</sup> serie, pág. 301. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras). Backer da como fecha de edición de *Fastis Novi Orbis* (obra también de D.<sup>a</sup> Domingo Muriel) el año de 1766. La obra original trae la fecha de 1776 (Museo Mitre). Corroboro la exactitud de la indicación de Dobritzoffer, en su *Historia de Abiponibus*, etc. Tomo I, pág. 44.

(3) Sabin, Joseph. *A dictionary of books*, etc. Volumen XII, pág. 485. Cita a Rich, I. 107. (Museo Mitre).

la república de las letras". (1) El autor indica con toda precisión el país donde realiza su obra y donde consulta a sus consejeros: "... y en primer lugar escribo en Italia"... (2)

Sobre don Domingo Muriel, por otra parte, abundan noticias. Obras, tan conocidas y a mano como la del P. Hernández, "El extrañamiento de los Jesuitas del Río de la Plata. etc", traen una sucinta biografía y anuncian que existe "una vida escrita con gran copia de datos por el P. Francisco Javier Miranda, discípulo suyo y profesor que fué de Derecho canónico en la Universidad de Córdoba". (3)

El señor I\*\*\* ha ignorado totalmente este material al alcance del más modesto investigador. Es que parece haber olvidado que en historia es tan peligroso hacer decir a los textos lo que no dicen, e imputar aseveraciones que no existen, como necesario precaverse de reproducir servilmente lo que ellos manifiestan.

DIEGO LUIS MOLINARI.

---

(1) *Reflexiones imparciales*, etc., pág. XXXVII.

(2) *Ibidem*, pág. XXXI.—De la obra de Nuix, se hicieron, según Backer, tres ediciones: Venecia 1780; Madrid 1782; Bruselas 1788. Empleo la de Madrid, (Biblioteca de la Facultad de Derecho). Backer dice que Nuix nació en Castilla la Vieja (4.<sup>ma</sup> serie, pág. 485), en tanto que Nuix dice enfáticamente: "y que puntualmente no soy castellano, sino catalán". *Reflexiones*, etc., pág. XXXIII, ed. citada.

(3) *Hernández, P. Pablo*.—*El extrañamiento*, etc. Madrid 1908, página 306. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras).

## SARMIENTO Y UN SEÑOR INGENIERO

El señor ingeniero Antonio Babuglia ha publicado en los números anteriores de NOSOTROS dos artículos sobre educación, que, habiendo comenzado en tono de burla, han concluido en atmósfera de tragedia, como cualquier sainete nacional. (1) Hasta que el señor Babuglia bromeó, resultó pasablemente gracioso; cuando se puso serio, ya no hubo modo de sufrirlo. Eso por lo menos me ha pasado a mí, y me quedaría una espina en el corazón, si en mi doble condición de hombre respetuoso de la cultura y de director de NOSOTROS, no se lo manifestara al señor Babuglia.

Aunque por lo que a continuación diga, se verá que conceptúo monstruosas — tal como suena — ciertas opiniones del distinguido ingeniero, entiendo que esta revista ha debido publicarlas, pues siendo el sostenedor de aquéllas un publicista discretamente conocido por artículos y libros de crítica social que escribió bajo el pseudónimo de *Abul-Bagi* y le valieron un caluroso elogio de Unamuno en las columnas de *La Nación*, es natural y justo no negar hospitalidad a sus ideas, por peregrinas que parezcan.

No escribo esta nota para disputar con el señor Babuglia acerca de tantas cosas que él cree y yo no, sino sólo para observarle un punto de su lucubración. El distinguido ingeniero, “deseando no ser incluido en el numerosísimo ejército de los que hablan y escriben nada más que para criticar”, propone para los estudios secundarios el plan de Sarmiento con ciertas *ligeras modificaciones* que a su juicio, *serían oportunas y de conveniencia*. El lector puede ver en el número anterior de NOSOTROS, en el artículo a que me refiero, los dos planes frente a frente, el de Sarmiento y el del señor Babuglia, este último con las tales ligeras modificaciones. Aunque maldito si veo en qué se parecen ambos planes, tampoco es mi propósito confrontarlos aquí minuciosamente. Hágalo por su cuenta el lector, si quiere, que la tarea es fácil.

---

(1) *Cuestiones educacionales*, NOSOTROS, números 69 y 70.

A otra cosa voy. Sarmiento (¿o su ministro Avellaneda?) dispuso de esta suerte en su plan de seis años la enseñanza literaria: idioma castellano en primer año, ejercicios de composición en segundo, literatura en tercero, cuarto y quinto. El señor Babuglia concede bondadosamente al primer año un curso de "idioma nacional" y elimina toda otra enseñanza de éste y su literatura, de los cinco años restantes. ¿Y saben ustedes qué agrega como nota a esta *ligera modificación*? ... "Si la enseñanza de los idiomas vivos se hiciera en las escuelas — *porque en la edad escolar es cuando se aprende a hablar y a escribir, más fácilmente* (1) — el sitio de estos idiomas vivos en el Plan de los Colegios podría ser ocupado más provechosamente con la enseñanza de otras materias, por ejemplo, un curso general de agricultura, ganadería e industrias, relacionado exclusivamente con la riqueza nacional".

Quedamos entendidos. Por ahora el interesante reformador que se nos ha caído encima con su programa de "ritornare all'antico", libremente interpretado por él, le perdona la vida a la enseñanza del francés y del inglés (no a la del alemán del plan de Sarmiento), a la cual regala tres cursos; pero ya nos deja entrever que los días de estos idiomas son contados, pues ambos, si lo dejamos hacer al señor Babuglia, correrán pronto la misma suerte que el castellano. La escuela primaria dará cuenta de todas esas cosas, y vengan matemáticas, y venga contabilidad, y vengan agricultura y ganadería! Sin embargo el francés y el inglés pueden andar orgullosos; su triunfo sobre nuestra pobre lengua nacional, aunque transitorio, es sonado.

Pero, ¿qué creará este buen señor que se aprende del mecanismo de un idioma en los bancos de la escuela primaria? De contado a llamar *pain* al pan y *butter* a la manteca, a alargar los labios para intentar pronunciar la *u* francesa, a fruncir el hocico para la *th* inglesa, y posiblemente a no decir *yo cabo* y a no escribir *yo hera*. Mas dejemos aparte las restantes lenguas vivas para circunscribirnos a la nuestra, que es la Cenicienta del señor Babuglia. ¿Ignora él como escriben sus hijos o sus sobrinos? Puede afirmarse rotundamente que la escuela primaria no alcanza siquiera a enseñar al alumno una correcta ortografía; si bien, aun admitiendo que lo lograra, ¿es eso todo? No repetiré cuánto escribí en 1913, en el número 52 de NOSOTROS, en carta abierta al

---

(1) El subrayado es del articulista.

entonces ministro de instrucción pública, doctor Carlos Ibarguren, sobre el vergonzoso desconocimiento del castellano, común a la mayoría de las personas que aquí pasan por cultas, de nuestros universitarios; pero no puedo menos que levantar mi protesta indignada contra aquéllos que, precisamente cuando estamos luchando los bien intencionados porque se intensifiquen los estudios gramaticales y literarios en nuestros colegios, salen abogando por la total abolición de esos estudios! Aberraciones semejantes harían reír en otros países; aquí son peligrosas pues encuentran sostenedores y adeptos; conviene, sin embargo, que se exterioricen para combatir las y tratar de curarlas. Esta gente cree que con saber una persona echar cuatro letras sobre una hoja de papel, ya tiene de sobra para sus necesidades, y que todo lo demás es *literatura* — así dicen ellos con desprecio — y pura pérdida de tiempo, el cual sólo se gana, en beneficio de la riqueza nacional, forrándose de conocimientos agrícolas y ganaderos; ahora bien, esta gente no sabe — ¡qué ha de saber! — que la riqueza nacional depende precisamente de esa cultura lingüística que nosotros defendemos, pues esa cultura perfecciona y afina en el individuo el instrumento que más necesita: el pensamiento, y sin éste no tiene el hombre ni visión del presente ni del porvenir, ni aptitud para dominar las cosas y sacarles todo el provecho posible, ni capacidad para encauzar el país por los senderos que le convienen; ni hay, por consiguiente, riqueza nacional. Ha dicho Condillac que el lenguaje es un maravilloso instrumento de análisis: la afirmación, que ha podido parecer audaz, no es sino justa; así que, proveer a las generaciones argentinas de ese instrumento es la misión más importante de la escuela, y todo el que lo desconozca atenta contra la patria, que si habrá de ser grande será porque sus hijos sabrán pensar con hondura y discernir las ideas verdaderas de las falsas, las inspiraciones útiles de las perjudiciales.

A este respecto convendría decirle al señor Babuglia muchas otras cosas que parece ignorar; pero yo no tengo la obligación de darle lecciones sobre el valor cultural y lógico del lenguaje. El sí la tiene, en cambio, de no hablar sobre lo que no sabe. ¿Nos propone suprimir la enseñanza de los idiomas vivos, incluso el castellano? Pues yo propongo la supresión de la ingeniería, o por lo menos el destierro de los ingenieros que se echen a desbarrar en cuestiones educacionales.

ROBERTO F. GIUSTI.

## NICOLÁS GRANADA

El fallecimiento del conocido y bien podríamos decir popular dramaturgo, don Nicolás Granada, ocurrido en este mes, importa una pérdida positiva para las letras rioplatenses. El juicio póstumo ha reconocido unánimemente en esta figura que desaparece, cualidades de labor y de ingenio que perpetuarán su obra a través del tiempo, dándole el carácter de un precursor, de un preparador feliz y tenaz de los futuros éxitos del teatro nacional. Granada fué, efectivamente, de aquellos trabajadores a quienes no



arredra la hostilidad del ambiente ni aleja de sus ideales la indiferencia de sus contemporáneos. Más de cincuenta años ha persistido él en el cultivo de las letras y dentro de ellas, del género que cautivaba su espíritu; y aunque su obra no fuese tan perfecta como de desear hubiera sido de sus talentos, fuerza es aceptar que deja un surco considerable en el pensamiento y en el esfuerzo intelectual de un pueblo como el nuestro que busca crear en un justo equilibrio la corriente mental que corresponde a su desarrollo físico.

Granada nació en Buenos Aires y era un porteño de buena cepa. Pocos como él conocían la metrópoli y sabían presentarla en sus aspectos múltiples y variados. Capital en formación o urbe millonaria, Granada la fotografió en artículos pintorescos llenos de aquella observación que dan la sensación a través del espíritu cómico del autor, de una deliciosa realidad. Los azares de la vida que no fué en él nunca sedentaria, le llevaron a la otra orilla del Plata y allá en Montevideo actuó como elemento local, reconstituyendo en su persona el antiguo virreinato. Era argentino de verdad, no tuvo nunca carta de ciudadanía uruguaya. Pero argentino, hijo de militar nacido en la provincia cis-platina, ¿quién había de hacerle un cargo de extranjerismo? Fué diputado oriental, periodista, alto empleado administrativo y comenzó allí su labor literaria, que luego, en veinte años, a su regreso a Buenos Aires, había de continuar hasta su muerte.

En Montevideo escribió sus mejores obras teatrales, las mejores por la tendencia noble de los asuntos, por el respeto al estilo, por el rumbo que manifestaban. Fueron ellas el drama «Las flores del muerto» y la comedia «El lazo». Acaso se resienten un poco de la imitación extranjera en aquellos tiempos en que no había aparecido aún el teatro criollo, pero revelan, ya lo decimos, tendencias civilizadoras y refinadas.

De su labor realizada en la Argentina habría mucho que decir aunque no siempre en elogio. Resintióse algo a causa de precipitación; sufrió el vértigo de la fecundidad que a tantos pierde o extravía, y malogró frutos que en otra forma hubieran madurado en su espíritu y sazonado con mayor robustez. Pero es en conjunto que debe estudiarse este ingenio vivaz y ameno a quien todos los caminos eran familiares y accesibles. En la multiplicidad de actos teatrales producidos se encuentra mucho plausible. Retazos de admirable observación, cuadros de deliciosa amenidad que reviven al viejo Labiche, notas románticas y sentimentales que tocan las buenas fibras. En general, todas esas comedias retratan al autor y lo definen tal como fué: un hombre de inagotable esprit, mundano, «causeur» nacido en una época de romance y que trajo en su espíritu una dosis caballeresca, habiéndose desenvuelto luego en la atmósfera positiva de nuestra época que por fuerza torció las orientaciones de su inspiración.

Granada trabajador, preocupado hasta el último día del teatro, es el caso típico que conviene y debe ser apuntado como rasgo saliente de su biografía. Es decir, factor incansable, tenaz y constante de un propósito que va a su fin luchando con las dificultades del desenvolvimiento, pero que no tardará en llegar a tomar contornos propios e inconfundibles emulando con las viejas literaturas que nos han precedido como forma de arte y de pensamiento la más relevante y eficaz.

« NOSOTROS ».

(Fotografía de Fray Mocho)

---

# NOSOTROS

Año IX - Tomo XVII

## ÍNDICE

Páginas

### B

Babuglia Antonio.....	Cuestiones educacionales.....	60, 128
Baqué Santiago.....	Ciencias Sociales.....	206
Barreda Ernesto Mario. ...	La guerra europea y sus consecuencias . . . . .	159
Barrenechea Mariano A.....	La evolución de la música . . . . .	270
Becher Emilio . . . . .	La guerra europea y sus consecuencias . . . . .	243
Bunge Augusto . . . . .	La guerra europea y sus consecuencias . . . . .	139

### C

Calou Juan Pedro.....	Versos a mi enemigo . . . . .	175
Cancela Arturo . . . . .	El Teatro Nacional en 1914 . . . . .	102
Capdevila Arturo.....	Versos.....	287
Carner José . . . . .	Poesías. (Traducción de la señora G. B. de Llorens). . . . .	125
Cartey Guido A. . . . .	La guerra europea y sus consecuencias . . . . .	155
Colmo Alfredo . . . . .	El ambiente científico en los países latino-americanos . . . . .	109
Columba.....	Manuel Ugarte (caricatura)....	24
Corvalán Mendilaharsu D....	Bibliografía de historia americana . . . . .	196

### D

Del Campo Ricardo . . . . .	L'oubli (versos).....	268
Díaz Luis M. . . . .	La muerte en primavera (soneto)	25
Donoso Armando . . . . .	Manuel Ugarte . . . . .	5

## F

Fuente Eulogio R. de la.....	Las almas ( novela ).....	70, 178, 289
------------------------------	---------------------------	--------------

## G

Giusti Roberto F.....	La enseñanza secundaria.....	65
'    '    '.....	Sarmiento y un señor ingeniero.	317
Gondra Luis R.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	149

## H

Herrero Ducloux E.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	228
Hochstaetter Max.....	Ensayo sobre la obra de Romain Rolland. (Traducción de Maria- no A. Barrenechea).....	26

## L

La Dirección.....	Nuestra tercera encuesta: <i>La guerra europea y sus conse- cuencias</i> .....	138, 217
López Prieto Alfredo.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	240

## M

Mas y Pi Juan.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	151
Matharán Luis.....	Pectore ab imo (versos).....	58
Melián Lafinur Alvaro.....	Letras argentinas.....	95
Mireille.....	Celos (fantasía).....	194
Molina y Vedia Julio.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	156
Molinari Diego Luis.....	Mito Canning y doctrina Monroe	86
'    '    '.....	Carta abierta al Sr. I***.....	307
Monner Sans R.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	239

## N

"Nosotros".....	Notas y Comentarios.....	108, 212
'    '.....	Nicolás Granada.....	320

## O

Onelli Clemente.....	La guerra europea y sus conse- cuencias.....	161
----------------------	---	-----

		<u>Páginas</u>
<b>R</b>		
<b>Ricci Clemente</b> .....	La guerra europea y sus consecuencias.....	227
<b>Rosendi José H.</b> .....	La guerra europea y sus consecuencias.....	260
<b>S</b>		
<b>Sierra Vicente D.</b> .....	La guerra europea y sus consecuencias .....	264
<b>T</b>		
<b>Tena Alberto</b> .....	La guerra europea y sus consecuencias.....	232
<b>Torrendell Juan</b> .....	La guerra europea y sus consecuencias .....	170
<b>U</b>		
<b>Uriarte Gregorio</b> .....	La guerra europea y sus consecuencias.....	219

---